

ONCE DISCURSOS

para una novena que sirva de preparacion

á la fiesta

DEL NACIMIENTO DEL SALVADOR

POR

S. ALFONSO M. LIGORIO



BARCELONA

Imp.ta de los H.s de la V. Pla

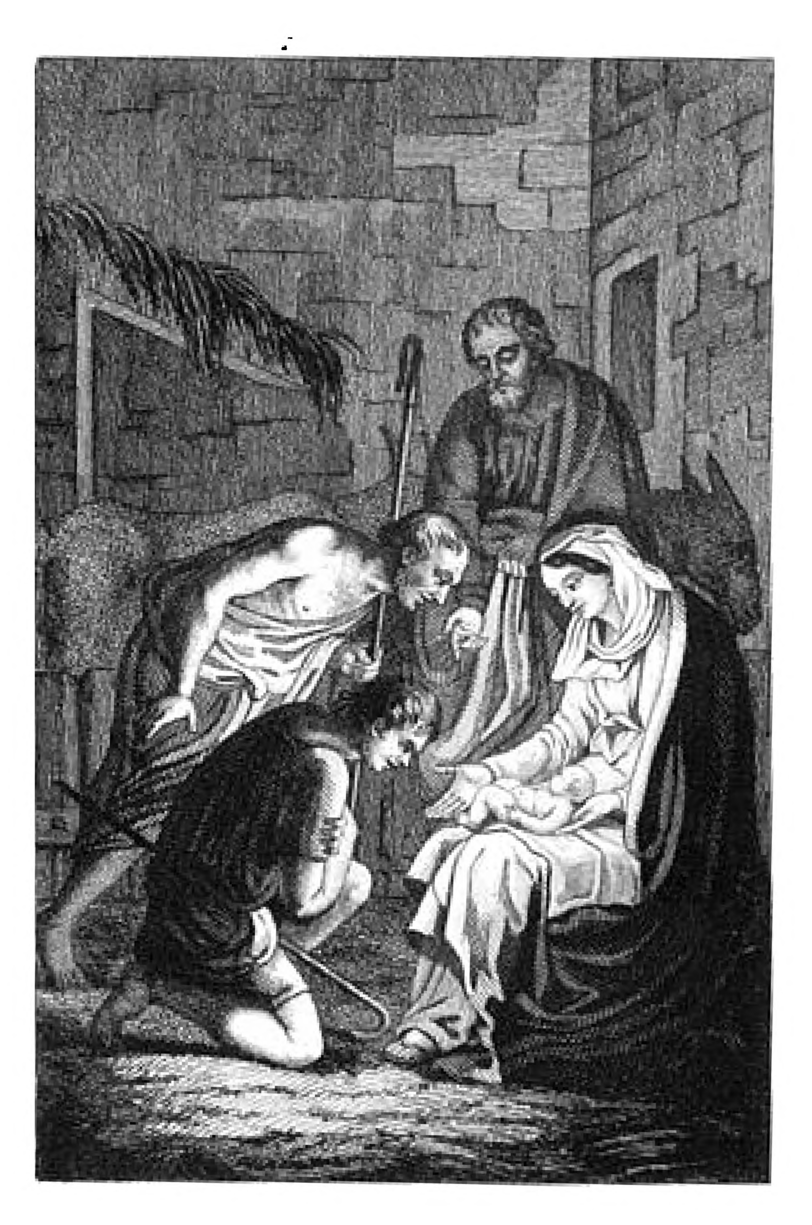
CON LICENCIA

1849

LIBRERIA

RELIGIOSA.

TOMO XII.



ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO.

Prefacio de los editores.	Pag.
Discurso primero.	9.
Discurso segundo.	41.
Discurso tercero.	62.
Discurso cuarto.	80.
Discurso quinto.	101.
Discurso sexto.	118.
Discurso séptimo.	138.
Discurso octavo.	162.
Discurso nono.	183.
Discurso décimo.	204.
Discurso undécimo.	224.
MEDITACIONES DEL P. LUIS DE LA PUENTE.	247.
De la jornada de la Vírgen.	249.
Del nacimiento de Jesucristo.	260.
Del regocijo de los ángeles.	276.
De la ida de los pastores á Belen.	287.
De la circuncision del Niño al octavo dia.	295.
De la imposicion del nombre de Jesus.	306.
De la salida de los reyes de Oriente.	322.
De la entrada de los reyes magos en Jerusalen.	331.
De la salida de los magos de Jerusalen.	337.
Adoracion de los magos.	343.
Ejercicio de las cuarenta Ave Marias.	353.

ONCE DISCURSOS

PARA UNA NOVENA

QUE SIRVA DE PREPARACION A LA FIESTA

DEL

SANTO NACIMIENTO

DE

NTRO. SEÑOR JESUCRISTO,

POR

S. ALFONSO MARIA DE LIGORIO.



BARCELONA.

IMPRENTA DE LOS HEREDEROS DE LA V. PLA.

1849.

Con licencia.

PREFACIO DE LOS EDITORES.

En todos tiempos ha procurado la Iglesia nuestra madre preparar sus hijos para la celebracion de sus grandes solemnidades, con el fin de que saquen de ellas todo el provecho espiritual que podrian, y no hagan inútiles las gracias especiales, que en ellas acostumbra derramar Dios sobre las almas que están dispuestas. Así vemos que les prescribe ayunos y vigilias; aquellos para descargar el cuerpo de superfluidades que lo hacen menos apto para los ejercicios es-

pirituales, y estas, para que empleando mas tiempo en la oracion, se dispongan para recibir los dones celestiales.

Pero hay dos solemnidades, que parece llaman de un modo particular la atencion de nuestra solicita Madre, y para las que dispone á sus hijos de una manera extraordinaria, por ser como los quicios del cristianismo, que son la Pascua de Resurreccion y el Nacimiento del Salvador. Y dejando á parte la primera, por no hacer á nuestro caso, hallamos ya en los tiempos mas remotos prescrita la celebracion del Adviento, ó preparacion para el advenimiento de nuestro señor Jesucristo, que en unas iglesias empezaba mas temprano y en otras mas tarde; pero en todas tenia el mismo fin, que era disponer los corazones de los fieles para que pudiese nacer espiritualmente en ellos aquel Señor, que por todos nació temporalmente en un establo de Belen. Era mucho el fervor con que lo celebraban antiguamente los fieles, fervor que contrasta tristemente con la indiferencia

con que lo miran muchos en nuestros tiempos.

San Alfonso de Ligorio, para dar un desahogo á la inmensa caridad que abrigaba en su corazon de apóstol, y para hacer desaparecer la insensibilidad é indiferencia de nuestros dias, y hacer que se renueve el fervor de los antiguos tiempos en la celebracion del Adviento, compuso estos once discursos, que presentamos á nuestros lectores. Su objeto, expresado en el título, es que sirvan para una novena, que puede empezar el 15 de diciembre por la tarde, en que se leerá y reflexionará bien sobre el discurso primero que sirve de preparacion. Los nueve siguientes serán para el 16 y siguientes hasta el 24, y el último será para el dia de Navidad.

Tambien presentamos á nuestros lectores las meditaciones que compuso el P. Luis de la Puente para las fiestas de Navidad: y como sus puntos en el autor son tan largos, los hemos puesto de modo que forman 21 meditaciones, que bastan desde la vigilia

de Navidad hasta la octava de Reyes. Quiera el Señor que todo esto aumente el fervor de nuestros lectores, y haga que juntos nos veamos en la gloria. Amen.

ONCE DISCURSOS

PARA CELEBRAR LA NOVENA DE LA

NATIVIDAD DEL NIÑO JESUS.

DISCURSO PRIMERO.

El Verbo eterno se hizo hombre.

Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?

He venido á poner fuego en la tierra, y ¿qué quiero sino que arda? (*Luc.* XII, 49.)

Celebraban los hebreos un dia que llamaban dia de fuego, *dies ignis*, en memoria de aquel que en tiempo de Nehemías consumió el sacrificio que ofreció después de haber vuelto con sus compatriotas de la

cautividad de Babilonia. Así, del mismo modo y aun con mayor motivo deberia llamarse dia de fuego el dia de la Natividad de Jesus, en el cual un Dios, hecho niño, vino á encender el fuego de amor en los corazones de los hombres: *ignem veni mittere in terram*; como así lo dijo Jesucristo, y realmente así fué. Antes de la venida del Mesías ¿quienes eran los que amaban á Dios en toda la tierra? Apenas era Dios conocido en un rincon del mundo, esto es en la Judea; en donde, sin embargo, eran muy pocos los que al tiempo de su venida le amaban. En lo restante de la tierra unos adoraban el sol, otros las bestias, estos las piedras, y aquellos las mas viles criaturas. Mas después que vino Jesucristo, el nombre de Dios ha sido conocido en todas partes, y amado de gran número de hombres, por manera, que á los pocos años de la venida del Redentor, era Dios mas amado de los hombres, que con este santo fuego habia inflamado, que no lo habia sido anteriormente en el espacio

de los cuatro mil años pasados desde la creacion del hombre.

Muchos cristianos tienen la costumbre de preparar en sus casas, antes de Navidad, un pesebre para representar el nacimiento de Jesucristo; pero son pocos aquellos que piensan en preparar sus corazones, á fin de que pueda nacer en ellos y reclinarse el niño Jesus. Mas entre estos pocos queremos ser contados nosotros, para alcanzar la gracia de quedar abrasados en este dichoso fuego, que hace á las almas felices en la tierra, y bienaventuradas en el cielo. Consideremos en este primer dia como el Verbo eterno se hizo hombre para inflamarnos en su divino amor, y pidamos á Jesucristo y á su santísima Madre se dignen iluminarnos, y empecemos.

Pecó Adan nuestro primer padre, é ingrato á tantos beneficios recibidos, se rebeló contra Dios, desobedeciendo el precepto de no comer del fruto vedado, obligando con esto á Dios á que lo arrojase del paraiso

terrenal, y lo privase en lo sucesivo, así á él, como á todos sus descendientes, del paraiso celestial y eterno, que les tenia preparado para después de esta vida. Con esto todos los hombres quedaron condenados á una vida de penas y de miserias, y excluidos para siempre del cielo. Mas oigamos el modo con que Dios, acomodándose á nuestro modo de entender, se lamenta por la boca del profeta Isaías (c. LII, 5), y como afligido nos dice: *Y ahora ¿qué es lo que yo hago aquí, dice el Señor, cuando mi pueblo de balde ha sido llevado?* Y ¿qué delicias, añade Dios, me quedan ya en el paraiso, cuando he perdido á los hombres, que formaban todas mis delicias? *¿Deliciæ meæ esse cum filiis hominum?* (Prov. VIII, 31.) Pero ¿cómo es posible, ó Señor, que os cause tanta pena el haber perdido á los hombres, cuando teneis en el cielo tantos ángeles y serafines? Y ¿qué necesidad teneis Vos de los ángeles y de los hombres para el complemento de vuestra felicidad? Vos

siempre habeis sido y sois felicísimo en Vos mismo; ¿qué es, pues, lo que podrá jamás faltaros para vuestra felicidad que es infinita? Es verdad, hace contestar á Dios Hugo-Cardenal, comentando las citadas palabras de Isaías; mas ¿qué importa? perdiendo al hombre, *non reputo aliquid me habere*, yo creo haberlo perdido todo, pues que yo hallaba mis delicias en estar con los hijos de los hombres: y ahora los he perdido, y ¡ay! los infelices están condenados á vivir perpetuamente lejos de mí. Y ¿cómo es posible que el Señor nos diga que los hombres son sus delicias? Con mucha razon, escribe santo Tomás, porque es tanto lo que Dios ama al hombre, como si el hombre fuese su Dios, y como sin el hombre no pudiese Dios ser feliz: *quasi homo Dei Deus esset, et sine ipso beatus esse non posset* (Opusc. 63 cap. 7). San Gregorio Nacianceno añade, que Dios por el amor que tiene á los hombres parece que se ha salido de sí *(Epist. 8)*: y es bien sabido el proverbio que dice, que el

amor saca de sí á los amantes: *amor extrà se rapit.*

Mas no, dice Dios, yo no quiero que el hombre se pierda; es preciso que se halle un redentor, capaz de satisfacer por él á mi justicia, y que así lo libre de las manos de sus enemigos, y de la muerte eterna que se habia merecido. Sobre lo que reflexionando san Bernardo, nos presenta como en lucha la justicia y la misericordia divina. La justicia dice: *estoy perdida si Adan no es castigado*; la misericordia al contrario responde: *soy perdida, si el hombre no es perdonado.* Interponiéndose el Señor en esta contienda, decide, que para salvar al hombre reo de muerte, *muera un inocente que no sea deudor de nada:* Y como en la tierra no habia quien fuese inocente, dijo el Eterno Padre: ya que no hay uno entre todos los hombres que pueda satisfacer á mi justicia ultrajada, vamos á ver ¿quien se ofrece á redimir al hombre? Los ángeles, los querubines, los serafines, todos se callan, y nin-

guno se atreve á responder: solo responde el Verbo eterno y dice: *ecce ego, mitte me*. Padre, dice el unigénito Hijo: vuestra Majestad, que siendo infinita, ha sido ofendida por el hombre, no puede ser satisfecha por un ángel, que no es mas que una pura criatura; y aun cuando Vos os contentaseis con la satisfaccion que os diese, pensad que hasta ahora, ni con tantos beneficios como hemos hecho al hombre, ni con tantas promesas, ni con tantas amenazas, hemos aun podido merecer su amor, porque no ha conocido todavía hasta donde llega el que nosotros le profesamos. Por lo tanto, si queremos obligarle á que nos ame sin escusa alguna, ¿qué mas bella ocasion podemos hallar, que la de que para redimirlo, Yo, vuestro hijo, baje á la tierra, me vista de carne humana, y pagando con mi muerte la pena que el hombre ha merecido, satisfaga cumplidamente á vuestra justicia, y quede al mismo tiempo el hombre bien persuadido de nuestro amor?

Reflexionad bien, ó Hijo mio, responde el Padre; reflexionad que, tomando sobre Vos la obligacion de satisfacer por el hombre, tendréis que llevar una vida llena de disgustos. No importa, le dice el Hijo; aquí estoy, enviadme. Reflexionad que tendréis que nacer en una cueva, que será el albergue de las bestias; que de allí, por mas que seais tan niño, tendréis que huir á Egipto para escapar de las manos de los mismos hombres, que ya desde tan pequeñito os buscarán para quitaros la vida. No importa: aquí estoy, enviadme. Pensad que volviendo después á la Palestina, tendréis que llevar una vida muy dura y despreciable, viviendo como un simple muchacho de un pobre artesano. No importa: aquí me teneis, enviadme. Pensad que cuando mas tarde saldréis á predicar y á manifestaros entre los hombres por mi Unigénito, habrá sí algunos, mas serán pocos los que os seguirán, porque la mayor parte os despreciarán, llamándoos impostor, mago, loco, samari-

tano, y finalmente, os perseguirán hasta el punto de haceros morir á fuerza de tormentos, clavado en el infame madero de una cruz. No importa: aquí estoy, enviadme. Habiéndose, pues, dado el decreto de que el divino Hijo se haga hombre, y que sea el redentor de los hombres, es enviado á Maria el arcángel san Gabriel: Maria le acepta por hijo: *et Verbum caro factum est:* y he aquí á Jesus en las entrañas de Maria, el cual habiendo entrado ya en el mundo, dice todo obediente y humilde: O Padre mio, ya que no pueden los hombres satisfacer con sus obras y sacrificios á vuestra justicia ofendida, héme aquí á mí, tu hijo, revestido de carne mortal para satisfacer por ellos con mis penas y con mi misma muerte. Por esto, entrando en el mundo, dice: no quisisteis sacrificio y ofrenda; mas me apropiasteis cuerpo: entonces dije: héme aquí que vengo para hacer, ó Dios, tu voluntad. *(Heb.* x, *5, 7).*

Con que, pues, ¿será verdad que por

nosotros, miserables gusanos, y para atraerse nuestro amor, ha querido un Dios hacerse hombre? Sí, y es de fe, como nos lo enseña la Iglesia santa: *Por nosotros los hombres y por nuestra salud bajó de los cielos.... y se hizo hombre....* Esto es lo que ha hecho un Dios para granjearse nuestro amor. Se cuenta de Alejandro el grande, que, después de haber vencido á Dario y de haberse apoderado de la Persia, para atraerse el afecto de aquellos pueblos, se presentó con un vestido de persa: y puntualmente lo mismo me parece ha querido hacer tambien nuestro Dios para lograr el afecto de los hombres, pues se revistió de la naturaleza humana, y se presentó hecho hombre *(Philip.* II, *7):* queriendo hacer ver con esto hasta donde llegaba su amor por los hombres. *Se manifestó á todos los hombres la gracia de Dios Salvador nuestro* (Ad Tit. II, 11). Parece que dice el Señor: el hombre no me ama porque no me ve; quiero, pues, hacerme ver y conversar

con él, y de este modo atraerme su amor. *Se dejó ver en el mundo, y conversó con los hombres* (Baruch, III, 38). El amor de Dios hácia los hombres habia sido excesivo, y lo habia sido siempre desde la eternidad. *Con amor perpetuo te amé: por eso te atraje teniendo misericordia* (Jerem. XXXI, 3). Mas este amor no se habia presentado aun con toda su grandeza é incomprensibilidad, hasta que se presentó el Hijo de Dios como un tierno niño en un establo y recostado sobre la paja. En él *apareció la benignidad y humanidad de nuestro Dios salvador*, dice el Apóstol, *y segun él apareció un especial amor de Dios hácia los hombres* (Tit. III, 4). Dice san Bernardo: que el poder de Dios se habia manifestado en el mundo por la creacion, y que la sabiduría aparecia en el gobierno del mismo mundo; mas solamente después de la encarnacion del Verbo apareció cuan grande era su misericordia. *(Serm. de Nat.)*

Antes que Dios se presentase en la tierra hecho hombre, no podian los hombres lle-

gar á conocer la grandeza de la bondad divina; y por esto tomó Dios carne humana, á fin de que aparecido hecho hombre, se manifestase á los hombres cuan grande era su benignidad, añade el mismo san Bernardo. *(Serm.* 1 *in Epiph.)* Y ¿de qué manera podia el Señor manifestar mejor al hombre ingrato su bondad y su amor? «El hombre despreciando á Dios, dice san Fulgencio, se habia separado de él para siempre: y así no pudiendo ya el hombre acercarse mas á Dios, bajó Dios á la tierra para hallarlo á él» *(S. Fulg. serm. de nat. Christi)*. Y ya lo habia dicho antes san Agustin: «No podiamos nosotros llegar al mediador; por esto él mismo se ha dignado venir á nosotros.» *Yo los atraje hácia mi con vínculos propios de hombres, con vínculos de caridad, dice el Señor por Oseas* (XI, 4). Los hombres se dejan cautivar por el amor, y las demostraciones de afecto que alguno les manifiesta son unos lazos que les atan, y los obligan á amar á quien los ama. A este fin el Ver-

bo eterno quiso hacerse hombre, para atraerse el amor de los hombres, con una prueba tal de afecto que no se podia hallar otra mayor, dice Hugo de S. Víctor. (*In lib. Sent.*) Esto parece queria dar á entender nuestro Salvador á un devoto religioso franciscano, llamado el P. Francisco de Santiago, como se refiere en el Diario franciscano, en el dia 15 de diciembre: Jesus se dejaba ver de él muchas veces en forma de un hermoso niño; mas queriéndole retener consigo el devoto religioso, el niño siempre se le huia; lo que obligaba al siervo de Dios á quejarse amorosamente con Jesus. Un dia se le apareció de nuevo el santo niño; mas ¡ah, y de qué manera! se le dejó ver con grillos de oro en las manos, para hacerle entender que habia venido entonces para aprisionarle á él, y dejarse de él atar á fin de no separarse nunca mas. Enardecido con esto Francisco, puso los grillos en los piés del niño, y lo estrechó con ellos en su corazon: y desde aquel momento le pareció

ver perpetuamente al amado niño como prisionero en la cárcel de su corazon. Lo que hizo Jesus con su siervo en esta ocasion lo hizo con todos los hombres cuando tomó la naturaleza humana; pues, con tal prodigio de amor quiso quedar como atado con nosotros, y atar consigo mismo nuestros corazones, obligándoles á amarlo, como habia dicho por Oseas: *in funiculis Adam traham eos in vinculis caritatis.* Dios habia dispensado al hombre sus beneficios de diversas maneras, dice S. Leon; mas de ningun modo le manifestó mejor á donde llegaba el exceso de su bondad, que enviándole al Redentor para enseñarle el camino de la salvacion, y procurarle la vida de la gracia. (*Serm. 4 de Nativ.*)

Pregunta Sto. Tomás, ¿porqué la encarnacion del Verbo se dice obra del Espíritu santo: *y se encarnó por obra del Espíritu santo?* Es cierto que todas las obras de Dios, llamadas por los teólogos obras *ad extra*, son obras de todas las tres divinas Personas: ¿porqué, pues, la encarnacion

se atribuye á la sola persona del Espíritu santo? La razon principal, que deduce el santo Doctor, es porque todas las obras del divino amor se atribuyen al Espíritu santo, que es el mismo amor substancial del Padre y del Hijo; y la obra de la encarnacion fué toda efecto del inmenso amor que tiene Dios al hombre (*3.ª p. q.* XXXII, *a. 1*). Y esto quiso significar el Profeta diciendo: *Dios vendrá del Austro* (Habac. III, 31); esto es, del exceso de la caridad de Dios por nosotros, segun explica Roberto abad. Asimismo escribe san Agustin (*c.* IV *de catech.*), que vino á la tierra el Verbo eterno para hacer conocer al hombre cuanto era lo que Dios le amaba: y san Lorenzo Justiniano añade, que Dios de ningun modo hizo mas patente á los hombres su grande amor, que haciéndose hombre. (*De casto connub. c.* XXIII.)

Pero lo que mas hace conocer la grandeza del amor que tiene Dios á los hombres es, que vino á buscarlos el mismo Hijo de Dios, cuando mas huian de él los

hombres, como significó el Apóstol diciendo: *Porque en ningun lugar tomó á los ángeles, mas tomó á la semiente de Abraham* (Hebr. II, 16); pues, como explica san Juan Crisóstomo, usó el Apóstol la palabra *coger*, que se usa para significar que se alcanza á uno que huia *(Hom.* v, *in ep. ad Heb)*. Bajó Dios del cielo para detener al hombre ingrato que huia de él, como si le dijese: ó hombre, mira como por tu amor he bajado de propósito á la tierra para buscarte, ¿y tendrás valor para huir de mí? Detente, ámame, y no huyas ya de quien tanto te ama. Vino, pues, Dios á buscar al hombre perdido, y á fin de que conociese mejor el grande amor con que Dios le amaba, y correspondiese á tanto afecto, quiso, por la primera vez que se le ofreció visible, presentársele en forma de un tierno niño, recostado sobre la paja. ¡O paja feliz, mas hermosa que las rosas y las azucenas! exclama san Pedro Crisólogo; ¡cual es la tierra afortunada que te produjo! Y ¡qué

fortuna es la tuya en poder servir de colchon al Rey del cielo! ¡Ah! que tú eres fria para Jesus, continua el santo, pues no sabes calentarlo en esa húmeda cueva, en la que él está tiritando de frio; y para nosotros eres fuego y llamas, pues que nos abrasas en un incendio de amor, que no se podria apagar con todas las aguas de los rios *(S. Petr. Chris. serm. 58)*.

No le bastó, dice san Agustin, al divino amor, haber criado al hombre á imágen y semejanza suya, sino que para redimirlo quiso tambien él mismo hacerse semejante al hombre. Comió Adan el fruto vedado por los engaños de la serpiente, que habia dicho á Eva, que quien gustase de aquel fruto, seria semejante á Dios, y adquiriria la ciencia del bien y del mal. Y por esto dijo entonces el Señor: *Ved á Adan que se ha hecho como uno de nosotros* (Gen. III): palabras que dijo Dios por ironía y para echar en cara á Adan su atrevimiento; pero palabras que después de la encarnacion del Verbo podemos de-

cirlas nosotros con toda verdad hablando de Dios. *Ahora decimos sin mentir*, dice Ricardo de san Víctor, *que Dios se ha hecho como uno de nosotros. Mira pues, ó hombre*, dice san Agustin, *como tu Dios se ha hecho tu hermano*; se ha hecho como tú, es hijo de Adan como lo eres tú, se ha vestido de tu misma carne, y se ha sujetado á padecer y á morir como padeces y mueres tú. Bien podia Dios revestirse de la naturaleza de un ángel; pero quiso mas vestirse de tu carne, aunque inocente, para satisfacer á la divina justicia con la misma carne de Adan pecador. Y no solo no se avergonzaba de esto sino que lo tenia á gran gloria llamándose con frecuencia hijo del hombre; por lo que bien podemos llamarlo nosotros verdadero hermano nuestro. El abatimiento de un Dios hecho hombre es infinitamente mayor que si todos los príncipes de la tierra, si todos los ángeles y santos del cielo y aun la misma Madre de Dios se hubiesen humillado á convertirse en una pequeña yerbecita,

ó en un puñado de estiércol; porque la yerba y el estiércol, los príncipes, los ángeles y los santos no son mas que criaturas, y entre la criatura y Dios hay una diferencia infinita.

¡Ah! se exclama san Bernardo, cuanto mas se ha humillado Dios haciéndose hombre por nosotros, tanto mas nos ha dado á conocer su bondad. *El amor que nos profesa Jesucristo,* exclama el Apóstol, *nos estrecha,* y nos obliga á corresponderlo con nuestro amor *(II. Cor.* v, *14).* ¡O Dios mio! si la fe no nos asegurase de ello, ¿quien podria creer jamás, que un Dios, por amor á un vil gusano, cual es el hombre, se hubiese hecho gusano como el hombre? Si aconteciese alguna vez, dice un devoto autor, que andando por un camino pisaseis casualmente un gusano de la tierra, y lo aplastaseis, y teniendo despues compasion de él, os dijese alguno: si quereis que viva otra vez este gusano, es preciso que primeramente os convirtais en gusano como él, que

luego seais degollado, y que recogida toda vuestra sangre en un baño, se sumerja en él el gusano, y de este modo vuelva á la vida: ¿qué le responderiais? Y ¿qué me importa, diriais por cierto, qué me importa que resucite ó deje de resucitar el gusano, para que tenga yo que comprar su vida con mi muerte? Y esto lo diriais con mayor motivo, si no fuese aquel un gusano inocente, sino un ingrato áspid, que despues de haberle hecho vos los mayores beneficios, hubiese atentado contra vuestra vida. Mas si vuestro amor por el ingrato áspid llegase á tanto, que os hiciese sufrir hasta la muerte para volverle la vida, ¿qué dirian de ello los hombres? y ¿qué no haria por vos aquel áspid, salvado con vuestra muerte, si fuese capaz de razon? Pues esto puntualmente es lo que ha hecho Jesucristo por vos, gusano vilísimo; y vos ¡ó ingrato! si hubiese podido morir de nuevo Jesucristo, con vuestros pecados habriais probado ya muchas veces el quitarle la vida. ¡Cuanto

mas vil no sois vos con respecto á Dios, de lo que respecto de vos lo es un gusano! ¿qué le importaba á Dios el que os quedaseis muerto y condenado por vuestro pecado, como lo teniais bien merecido? Sin embargo, tan grande ha sido el amor que os ha tenido este Dios, que para libraros de la muerte eterna, no solo ha querido hacerse gusano, esto es, tomar vuestra carne; sino que ha derramado toda su sangre, y aun ha sufrido la misma muerte que vos mereciais.

No dudeis de ninguna de estas verdades, pues todas nos las enseña la fe: *Y el Verbo se hizo carne* (Joan. I, 14). *Nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre* (Apoc. I, 5). Al considerar la santa Iglesia la obra de la redencion se confiesa aterrada: *consideravi opera tua, et expavi* (℟. 3 in II noct. Circumc.). Y ya antes lo habia dicho el profeta: *He considerado, Señor, tus obras y me he llenado de pasmo. Saliste para sálvar tu pueblo, para salvarte con tu Cristo* (Habac. III,

2–13, segun los Setenta). Con mucha razon llamó santo Tomás al misterio de la Encarnacion *miraculum miraculorum: milagro de milagros:* milagro incomprensible, con el que manifestó Dios la grandeza de su amor para con los hombres, amor que de Dios le hacia hombre y de Criador criatura: *Creator oritur ex creatura*, dice san Pedro Damian; de señor esclavo, de impasible sujeto á todas las penas y aun á la muerte misma: *Hizo Dios ostentacion del poder de su brazo* (Luc. I, 51). Al oir cantar un dia san Pedro de Alcántara el evangelio que se lee en la tercera misa del dia de Navidad: *In principio erat Verbum, etc.* se quedó de tal manera abrasado en el amor de Dios al considerar este grande misterio, que extático fué trasportado un buen trecho por el aire hasta los piés del santísimo Sacramento *(en su vida, lib.* III, *c. 5).* San Agustin decia, que nunca se cansaba de considerar la grandeza de la divina bondad en la obra de la redencion humana *(Confes. cap. 6).* Y

por haber sido el santo tan devoto de este misterio, le envió el Señor á santa Magdalena de Pazzis para que le escribiese en el corazon estas palabras: *El Verbo se hizo carne.*

El que ama, comunmente no lo hace con otro fin, que el de ser correspondido. Habiéndonos, pues, amado Dios hasta tal extremo, no quiere otra cosa, dice san Bernardo, sino que le correspondamos con nuestro amor *(Serm. 83 in Cántica)*: y en seguida nos exhorta á cada uno de nosotros diciendo: ó hombre, cualquiera que seas, ya has visto cuan grande es el amor que un Dios te ha tenido, pues se obligó á hacerse hombre, á padecer y á morir por ti: ¿cuando verá Dios por experiencia y con hechos el amor que tú le tienes? ¡Ah! que todo hombre al ver un Dios vestido de carne humana; un Dios que ha querido llevar por él una vida tan trabajosa, y sufrir una muerte tan cruel, debería arder continuamente en el amor de un Dios tan amante. ¡Oh, si os dignascis,

Dios mio, decia el Profeta, cuando el Verbo divino no habia aun venido á la tierra; si os dignaseis dejar los cielos, y bajar entre nosotros para haceros hombre! ¡ah, entonces al veros los hombres hecho como uno de ellos, *montes defluerent*, *los montes se derritirian*, se allanarian todos los obstáculos y dificultades que hallan ahora los hombres en la observancia de vuestras leyes y en seguir vuestros consejos: *aquæ arderent igni: las aguas arderian en fuego*; y con la llama que Vos encenderiais en los corazones humanos, las almas mas tibias se abrasarian en vuestro amor! Y en efecto, después de la encarnacion del Hijo de Dios, ¡qué bello incendio de amor divino no se ha visto arder en tantas almas amantes! Es cierto, como deciamos arriba, que después que Jesucristo bajó á nosotros, Dios ha sido mas amado de los hombres en un siglo, que en todos los otros cuarenta que precedieron su venida. ¡Cuantos jóvenes, cuantos nobles y aun cuantos monarcas no han

abandonado las riquezas, los honores y los mismos reinos, para retirarse pobres y despreciados á un desierto ó á un claustro, á fin de amar con un amor mas grande á este su Salvador! ¡ cuantos mártires no han ido alegres y con la sonrisa en los labios á sufrir los tormentos y la muerte! ¡ cuantas vírgenes no han reusado dar su mano á los grandes del mundo para tener la dicha de morir por Jesucristo, y poder de este modo corresponder algun tanto al afecto de un Dios, que se dignó hacerse hombre y morir por su amor!

Pero ¡ó dolor! ¿han hecho lo mismo todos los hombres? ¿han procurado todos corresponder á este grande amor de Jesucristo? ¡Ah, que la mayor parte le han pagado y le pagan con la mas negra ingratitud! Y tú, hermano mio, dime ¿de qué modo has correspondido al amor de tu Dios? ¿le has dado siempre las debidas gracias? ¿has considerado todo lo que encierra en sí la idea de un Dios hecho hombre, y que muere por ti? Asistiendo á la misa

cierto hombre sin devocion ninguna, como lo hacen tantos, no hizo reverencia alguna al decir el sacerdote aquellas palabras que se dicen al fin: *Et Verbum caro factum est*: entonces un demonio le dió un fuerte bofeton, diciéndole: *ingrato, oyes que un Dios se ha hecho hombre por ti, y tú ¿ni aun te dignas inclinarte?* ¡Ah! que si Dios, continuó, hubiese hecho otro tanto por mí, yo no cesaria de darle gracias por toda la eternidad. Dime, cristiano; ¿podia hacer mas Jesucristo, para hacerse amar de ti? Si el Hijo de Dios hubiese tenido que salvar á su mismo Padre, ¿qué mas podia hacer que humillarse á tomar carne humana, y entregarse voluntariamente á la muerte por su salud? Aun digo mas: si Jesucristo hubiese sido un simple hombre, y no una persona divina, y hubiese querido con alguna prueba de afecto atraerse el amor de su Dios, ¿qué mas habria podido hacer de lo que ha hecho por ti? Si un criado tuyo hubiese dado por tu amor toda su sangre y aun la vida, ¿no habria

atado tu corazon y obligádote al menos por gratitud á amarlo? Pues porque Jesucristo, llegando á dar por tí la vida, ¿no ha podido hasta ahora llegar á conquistar tu amor?

¡Ay de mí! que los desgraciados mortales desprecian el divino amor, porque no comprenden, mejor diré, porque no quieren comprender, cuan grande tesoro sea el gozar de la divina gracia, que, como dijo el Sabio, *es un tesoro infinito para los hombres: del cual los que han usado, han sido hechos partícipes de la amistad de Dios* (Sap. VII, 14). Se aprecia la gracia de un príncipe, de un prelado, de un noble, de un letrado, y la gracia de Dios no es tenida en nada por algunos, pues que la renuncian por una sombra, por un vil gusto, por un poco de tierra, por un capricho, por un nada. Dime, ó hermano mio, ¿quieres tú ser contado todavía en el número de estos ingratos? Si no quieres á Dios, dice san Agustin, mira si puedes hallar otra cosa mejor que

él: *aliud desidera si melius invenire potes*. A ver si hallas un príncipe mas cortés, un señor, un hermano, un amigo mas amable; y que te haya amado mas que Dios. A ver si hallas uno que mejor que Dios pueda hacerte feliz en esta y en la otra vida. Quien ama á Dios no tiene que temer mal alguno, pues que Dios no sabe dejar de amar á los que le aman. *Yo amo á los que me aman* (Prov VIII, 17). Y quien es amado de Dios, ¿qué es lo que puede temer? *El Señor es mi iluminacion y mi salud, ¿á quien temeré?* (Salmo XXVI, 1). Así hablaba David, y así hablaban al Señor las hermanas de Lázaro: *Señor*, le hicieron decir, *el que Vos amais, está enfermo* (Jo. XI, 3): bastábales saber que Jesucristo amaba á su hermano, para que se valiese de todo su poder para sanarlo. Mas al contrario, ¿cómo puede Dios amar á aquellos que desprecian su amor? ¡Ah! resolvámonos ya de una vez á amar á un Dios que tanto nos ha amado: y supliquémosle siempre se

digne concedernos el grande don de su amor. Decia san Francisco de Sales, que esta gracia de amar á Dios es la gracia que debemos desear y pedir con preferencia á todas las gracias; porque todos los bienes vienen al alma con el divino amor: *Me vinieron todos los bienes juntamente con ella* (Sap. VII, 11). Por esto decia san Agustin: *Ama et fac quod vis: ama y haz lo que quieras.* Quien ama á una persona, huye cuanto puede de disgustarla, y procura complacerla en todo: así el que ama verdaderamente á Dios, no hace con advertencia cosa alguna que le disguste; al contrario se esmera cuanto le es posible para darle gusto.

Y para alcanzar mas pronta y seguramente este don del divino amor, recurramos á la primera entre todos los amantes de Dios, esto es, á Maria su madre, que de tal modo estuvo inflamada en este amor, que los demonios, como dice san Buenaventura, ni aun se atrevian á tentarla. Añade Ricardo, que hasta los sera-

fines habrian podido bajar del cielo para aprender en el corazon de Maria el modo de amar á Dios. Y porque el corazon de Maria fué un volcan de amor divino, por esto, continua san Buenaventura, todos aquellos que aman á esta divina Madre y se acercan á ella, á todos los abrasa con el fuego de este amor, y los hace semejantes á sí misma.

COLOQUIO.

O ignis qui semper ardes (digamos con san Agustin) *accende me: O fuego que siempre ardes, enciéndeme.* O Verbo encarnado, Vos os habeis hecho hombre para encender en nuestros corazones el fuego del divino amor: y ¿cómo es posible que hayais podido hallar tanta ingratitud en los corazones de los hombres? Para haceros amar por ellos no habeis perdonado nada, habeis llegado hasta dar la sangre y la vida; ¿cómo, pues, los hombres han sido tan desagradecidos con Vos?

¿acaso no lo saben? Mas ¡ah! que si lo saben, y creen que por ellos habeis bajado del cielo á revestiros de carne humana, y cargaros con nuestras miserias; si saben que por su amor habeis traido una vida llena de penas, y sufrido una muerte ignominiosa; ¿cómo, pues, viven tan olvidados de Vos? Aman á sus parientes, á sus amigos y aun á las bestias; si reciben de ellos alguna prueba de afecto, luego procuran remunerárselo; solo no corresponden á vuestro amor, y olvidan vuestros beneficios. Mas ¡ay de mí! que acusando yo á los demás, me acuso á mí mismo, que he correspondido á vuestro amor peor que ellos. Pero me anima vuestra bondad, ya que tanto me ha sufrido, para poderme perdonar y encenderme en vuestro amor, con tal que yo quiera arrepentirme y amaros. Sí, ó Dios mio, sí, yo quiero arrepentirme; con toda mi alma me pesa de haberos ofendido, y quiero amaros con todo el afecto de mi corazon. Bien veo, ó Redentor mio, que

mi corazon no mereceria ya ser acepto á Vos, habiéndoos dejado por amar á las criaturas: mas veo tambien que, no obstante esto, Vos le quereis todavía: y así yo os lo consagro, y os lo entrego con toda mi voluntad y afecto. Inflamadle, pues, todo con vuestro santo amor, y haced que en adelante no ame mas que á Vos, bondad infinita, y digna de infinito amor. Yo os amo, Jesus mio; os amo, sumo bien mio; os amo, ó único amor de mi alma. Ó Maria madre mia, Vos que sois la madre del Amor hermoso, *mater pulchræ dilectionis*, alcanzadme esta gracia de amar á mi Dios: sí, yo lo espero de Vos.

DISCURSO SEGUNDO,

PARA EL DIA 17 DE DICIEMBRE, PRIMERO DE LA NOVENA.

El Verbo eterno siendo grande se hizo pequeño.

Parvulus natus est nobis, Filius datus est nobis.

Nos ha nacido un parvulito, se nos ha dado un hijo *(Isa. xi, 6)*.

Decia Platon, que el amor es el atractivo del amor: *magnes amoris amor.* De aquí ha venido el comun proverbio, citado por san Juan Crisóstomo: *si vis amari ama*, esto es que no hay medio mas seguro para atraerse el afecto de una persona, que amarla y hacerla conocer que es amada. Pero, esta regla, ó Jesus mio, y este

proverbio tienen aplicacion para el comun de las gentes ; pero no con Vos. Con todos son agradecidos los hombres ; solo para Vos reservan la ingratitud. No habeis podido hacer mas para demostrar hasta donde llega el exceso de vuestro amor ; todo lo habeis agotado para que os correspondiesen agradecidos ; pero ¡cuan pocos son los que os aman ! ¡Ah, Señor ! casi ninguno os ama, ó desea amaros ; y lo que es mas, apenas hay quien no os ofenda, ó no os desprecie con sus obras. ¿Queremos tambien nosotros ser contados entre el número de los ingratos? ¡Oh! no ; pues no lo merece por cierto un Dios tan bueno y tan amante de nosotros, que siendo grande y de una grandeza infinita, quiso hacerse pequeño para lograr nuestro amor. Supliquemos, pues, á Jesus y á Maria se dignen iluminarnos para conocer bien esta verdad.

Para entender de algun modo cuan grande haya sido el amor divino para con los hombres al revestirse de la humana

naturaleza, y hacerse un tierno niño por nuestro amor, seria preciso comprender cuanta sea la grandeza de Dios. Pero ¿qué humano ó angélico entendimiento puede comprenderla, siendo ella infinita? Decir de Dios, segun san Ambrosio, que es mas grande que los cielos, que todos los reyes, que todos los santos, que todos los ángeles, es hacerle una injuria; como lo seria decirle á un príncipe, que es mas grande que un mosquito. Dios es la misma grandeza, y otra cualquiera no es mas que una mínima parte de la grandeza de Dios. Al considerarla David, y al ver que no podia, ni habria podido jamás llegar á comprenderla, no sabia decir otra cosa que: *ó Dios mio, ¿quien es semejante á Vos?* (Ps. 34, 10). Pero ¡cómo era posible que pudiese comprenderla David, si era finito su entendimiento, y la grandeza de Dios infinita! Yo lleno el cielo y la tierra, dice Dios por Jeremías; así que todos nosotros no somos mas que como otros tantos miserables pececitos, que vivimos

dentro de este mar inmenso de la esencia de Dios.

¿Qué somos, pues, nosotros con respecto á Dios? y ¿qué todos los hombres y todos los monarcas de la tierra, y aun todos los santos y todos los ángeles del cielo, comparados con la infinita grandeza de Dios? Todos juntos no somos mas, y aun somos menos de lo que es un grano de arena respecto á toda la tierra.

Ahora bien: este Dios tan grande se ha hecho un tierno niño, y ¿para quien? *Parvulus natus est nobis*, para nosotros. Y ¿porqué ha hecho esto? Se ha hecho pequeñito, dice san Ambrosio, para hacernos á nosotros grandes; ha querido estar envuelto entre pañales, para librarnos á nosotros de las cadenas de la muerte; ha bajado á la tierra para que nosotros pudiésemos subir al cielo. He aquí, pues, al Inmenso hecho un niño: aquel que no cabe en los cielos, vedlo envuelto entre pobres pañales y puesto en un pequeño y vil pesebre de animales, sobre un

poco de paja, que le sirve de colchon y almohada. Mira á un Dios todopoderoso, de tal modo envuelto y atado con las fajas; á un Dios que rige los cielos y la tierra; á un Dios que alimenta á todos los hombres y animales; á un Dios que es el consuelo de los afligidos y la alegría del cielo, que gime y llora, y se sujeta á todas nuestras miserias.

Por eso dice san Pablo, que el Hijo de Dios, al encarnarse, se anonadó. Y ¿porqué? para salvar al hombre, para que el hombre le correspondiese con su amor. ¡O mi amado Redentor! dice san Bernardo, cuanto mas grande fué vuestro anonadamiento al haceros hombre y al querer nacer niño, tanto mayor fué vuestra misericordia y el amor que nos manifestasteis para ganar nuestros corazones. Si bien los hebreos tenian un conocimiento tan cierto del verdadero Dios con los singulares beneficios que habian recibido; sin embargo, no estaban aun satisfechos: querian verlo cara á cara. Dios halló el

modo de satisfacer aun estos deseos haciéndose semejante á nosotros para hacerse visible á los hombres, segun san Pedro Crisólogo *(Ser. 17)*. Para alcanzar mejor nuestro amor, se dejó ver la vez primera en forma de niño, para que de este modo nos fuese su vista mas grata y amable, continua el mencionado santo. Se humilló hasta presentarse á nosotros tierno niño, para hacerse con este anonadamiento mas agradable á nuestros corazones, dice san Cirilo de Alejandría, como el modo mas adecuado para hacerse amar de nosotros. Con razon, pues, el profeta Ezequiel dijo, que el tiempo de vuestra venida á la tierra, ó Verbo encarnado, debia ser el tiempo del verdadero amor correspondido. Y ¿porqué Dios nos amó tanto y nos manifestó de tan diversas maneras su amor, dice S. Bernardo, sino porque tambien le amásemos nosotros? Ya lo habia dicho anteriormente el mismo Dios, segun se lee en el Deuteronomio *(Deu. x. 12)*. O pueblo de Israel, ¿qué te pide tu Señor y Dios sino que le temas y le ames?

Para obligarnos á que lo amásemos, no quiso enviar otro, sino que él mismo, haciéndose hombre, quiso venir á redimirnos. San Juan Crisóstomo hace una hermosa reflexion sobre aquellas palabras del Apóstol: *Non enim angelos apprehendit, sed semen Abrahæ:* pregunta el Santo, ¿porqué no dijo san Pablo simplemente, Dios tomó carne humana, sino que dijo, que la tomó como por fuerza, como lo significa mas propiamente la palabra *apprehendit?* Y responde, que lo dijo así, para explicar que si bien Dios deseaba ser amado por el hombre, este no le correspondia agradecido; así pues, Dios bajó del cielo, y tomó carne humana, para hacerse conocer y amar por medio de un poderoso atractivo y como por fuerza por el hombre ingrato que huia de él.

Bien podia el Verbo eterno, cual otro Adan, dejarse ver entre nosotros hecho hombre perfecto; pero no, el Hijo de Dios quiso dejarse ver en forma de gracioso niño, para atraerse desde luego nuestro

amor. Los niños se hacen amar por sí mismos, y se atraen el afecto de cuantos los miran: por esto dice san Francisco de Sales, que el Verbo divino se dejó ver como un tierno niño, para conciliarse así el amor de todos los hombres. Y S. Pedro Crisólogo escribe *(Serm. 158)*, vino como debió venir el que quiso quitar el temor, buscando el amor: este estado de infante ¿qué barbarie no vence, qué dureza no ablanda, qué amor no pide? Así quiso nacer el que quiso ser amado, no temido. Si nuestro Salvador, quiere decir el Santo, hubiese querido con su venida hacerse temer y respetar por los hombres, habria tomado desde luego la forma de hombre ya perfecto y la majestad de un rey; pero como venia para atraerse nuestro amor, quiso venir y presentarse cual gracioso niño, y entre todos el mas pobre y humilde, nacido en una fria cueva en medio de dos animales, puesto en un pesebre, y recostado sobre la paja sin pañales suficientes con que cubrirse, y sin fuego para calen-

tarse: *Sic nasci voluit, qui amari voluit, non timeri.* ¡O mi amabilísimo Redentor! ¿qué es lo que os movió á dejar vuestro trono celestial para nacer en un pesebre? El amor que teneis á los hombres. ¿Quien de la derecha del Padre en que estabais sentado, os llevó á un establo? ¿quien de reinar sobre las estrellas, á estar recostado sobre la paja? ¿quien de en medio de los ángeles, para poneros en medio de dos animales? El amor. Vos que encendeis á los serafines, ahora tiritais de frio: Vos que sosteneis los cielos, ahora necesitais que os traigan en brazos: Vos que alimentais á los hombres y á los animales, ahora teneis necesidad de un poco de leche para sustentar vuestra vida. Vos que llenais de toda felicidad á los santos, ahora llorais y gemis. ¿Quien os ha traido á tanta miseria? El amor. *Sic nasci voluit, qui amari voluit, non timeri.*

Amad, pues, amad, ó almas cristianas, exclama san Bernardo *(Serm. 47 in Can.)*; amad á este amabilísimo y gracioso niño.

Si, este Dios, dice el Santo, era ya desde la eternidad, como ahora, digno de toda alabanza y de todo respeto por su grandeza, como ya lo cantó David; pero ahora que lo vemos convertido en un tierno niño, que necesita de un poco de leche para alimentarse, que no puede moverse, que tirita de frio, que gime y llora, y que busca quien lo tome, lo caliente y lo consuele, ¡ah! ahora sí que se ha hecho muy amable á nuestros corazones. Debemos adorarlo como á Dios, pero al mismo tiempo nuestros corazones deben estar llenos de amor hácia un Dios tan amable y tan amante. Si queremos complacer á este amabilísimo niño, dice san Buenaventura, es preciso que nosotros tambien nos hagamos niños, es decir, sencillos y humildes; que le llevemos flores de virtud, de mansedumbre, de mortificacion y de caridad, y que lo estrechemos entre nuestros brazos con el mayor amor. Y ¿qué mas esperas, ó hombre, continua san Bernardo, para entregarte todo entero á tu Dios?

Mira con cuanto trabajo y con qué ardiente amor ha bajado del cielo á buscarte nuestro amabilísimo Jesus. ¿Sientes, continua el Santo, como él apenas nacido, te llama con sus vajidos, como si te dijese: ¡ó alma mia! yo te busco; por ti y para merecerme tu amor, he bajado del cielo á la tierra?

Hasta los animales se muestran agradecidos con aquellos que les dan alguna cosa; se les acercan, los obedecen á su modo, y se alegran al verlos: ¿porqué, pues, somos nosotros tan ingratos para con Dios, que se nos ha dado á sí mismo, que ha bajado del cielo á la tierra, y se ha hecho niño para salvarnos y ser amado de nosotros? Amemos, pues, *amemus puerum de Bethleem,* exclamaba abrasado en amor san Francisco; amemos á Jesucristo, que con tantas penas y trabajos ha querido conquistar nuestros corazones.

Y por amor de Jesucristo debemos amar tambien á nuestros prójimos, aun á aque-

llos que nos han ofendido. El Mesías fué llamado por Isaías, *Pater futuri seculi:* para ser, pues, hijos de este padre, Jesucristo mismo nos advirtió, que debiamos amar á nuestros enemigos, y hacer bien á aquellos que nos hubiesen hecho algun mal. De ello nos dió él mismo ejemplo sobre la cruz, rogando al Eterno Padre perdonase á aquellos que lo crucificaban. Quien perdona á sus enemigos, dice S. Juan Crisóstomo, no puede menos de ser perdonado de Dios. El mismo Dios lo prometió cuando dijo: perdonad y seréis perdonados. Cierto religioso, cuya conducta no habia sido muy ejemplar, lloraba en la hora de su muerte sus pecados, aunque con mucha confianza y alegría; porque, decia: es verdad que he ofendido al Señor, pero él prometió el perdon á los que perdonasen á sus enemigos; debo estar seguro de que Dios me perdonará tambien á mí, por haber cumplido este precepto divino.

Si tenemos presente á Jesucristo, no

podemos desconfiar de alcanzar el perdon, pues á este fin se humilló hasta hacerse semejante á nosotros, para que Dios nos perdonase. Repitamos por tanto con san Bernardo: Cuanto mas grande fué vuestro anonadamiento al haceros hombre y al querer nacer niño, tanto mayor fué vuestra misericordia y el amor que nos manifestasteis para ganar nuestros corazones. A ello nos anima santo Tomás de Villanueva, diciendo: ¿Qué es lo que temes, ó infeliz pecador? Si te arrepientes de tus pecados ¿cómo te condenará aquel Señor que murió para salvarte? Si quieres volver á su amistad, ¿cómo te desechará el que bajó del cielo á buscarte?

No tema, pues, el que detestando el pecado, ame de veras á Jesucristo: no se espante; por el contrario, confie: no se aflija, antes alégrese. El mismo Señor protesta olvidará las injurias que haya recibido, si el pecador se arrepiente de ellas.

Nuestro amabilísimo Salvador, para ani-

mar mas nuestra confianza, se ha hecho niño. ¿Quien se turba, dice santo Tomás de Villanueva, al tener que acercarse á un niño? Estos no inspiran temor ni espanto, sino dulzura y amor, dice san Pedro Crisólogo. Los niños parece que no saben enojarse, y si sucede alguna vez, fácil es aplacarlos; basta darles una fruta ó una flor, basta hacerles alguna caricia, decirles alguna palabra afectuosa, y luego perdonan y olvidan cualquier injuria que hayan recibido. Para aplacar al niño Jesus, basta, dice el insinuado santo Tomás de Villanueva, una lágrima de dolor ó un sincero arrepentimiento. Ha dejado la majestad de un Dios, y se presenta en forma de tierno niño, para animarnos mas y mas á que nos acerquemos á sus piés, dice san Buenaventura. Para librarnos de la desconfianza en que podria tenernos la memoria de su podér y de su justicia, se nos ofrece cual hermoso niño, lleno de dulzura y de misericordia, dice Gerson. ¡O Dios de misericordia! Vos habeis ocul-

tado vuestra sabiduría divina en la figura de un niño para que no nos acuse de nuestros pecados: habeis escondido vuestra justicia en el abatimiento, para que no nos condene: habeis escondido vuestro poder en la debilidad y flaqueza, para que no nos castigue.

Adan, segun san Bernardo, después que hubo pecado, al oir la voz de Dios que lo llamaba, todo se estremeció; pero el Verbo encarnado, dice el Santo, al hacerse hombre, dejó antes cuanto podia causarnos temor. Por esto, continua el Santo, debemos alejar todo temor ahora que viene nuestro Dios, no á castigarnos sino á salvarnos. El mismo Dios que debia castigarte se ha hecho niño, su voz no debe espantarte, porque la voz de un niño, como que solo se hace oir con vajidos, mas bien mueve á compasion que excita temor; no temas, pues, que Jesucristo extienda las manos para castigarte, pues su santísima Madre se las estrecha para impedirlo. Alegraos, ó pecadores,

dice san Leon, porque el nacimiento de Jesus es un grande motivo de alegría y de placer. *Príncipe de la paz*, lo llamó Isaías: príncipe es Jesucristo, no de venganza contra de los pecadores, sino de paz y de misericordia, y el mediador entre ellos y Dios. Si nosotros no podemos satisfacer cumplidamente á la divina justicia por nuestros pecados, dice san Agustin, el Eterno Padre no desprecia la sangre de Jesucristo, que satisface por nosotros.

Cierto caballero llamado D. Alfonso Albukerque dióse ya por muerto al naufragar entre escollos la nave en que viajaba, cuando advirtió estaba junto á él un niño, que lloraba amargamente: y ¿qué pensais hizo? Tomólo en sus brazos, y levantándolo hácia el cielo: «Señor, dijo, si no merezco ser oido, oid al menos el llanto de este inocente niño, y salvadlo.» Calmóse después de esto la tempestad, y quedó salvo. Hagámoslo, pues, tambien así nosotros pecadores; nosotros hemos ofendido á Dios, y por ello merecemos la muer-

te eterna: la justicia divina debe quedar satisfecha: ¿qué debemos hacer pues? ¿desesperarnos? no: ofrezcamos á Dios este tierno Niño, que es su hijo, y digámosle con confianza: «Si no podemos, Señor, satisfacer por las injurias que os hemos hecho, aquí teneis á este tierno Niño que llora y que tirita de frio recostado sobre la paja en esta fria cueva, satisfaciendo por nosotros. Si no somos dignos de piedad, lo merecen por cierto los trabajos y las penas de este vuestro Hijo inocente, que implora nuestro perdon.» Esto nos exhorta á hacer san Anselmo, quien dice que Jesus mismo, deseando se salven los que tienen que satisfacer á la divina justicia, los anima diciendo: «Ánimo, ó pecador, no desconfies; aun cuando por tus pecados seas esclavo del demonio, y no tengas medio de librarte de él, tómame á mí, ofréceme por ti á mi Padre, y así te librarás de la muerte eterna, y serás salvado.» Y esto mismo enseñó á hacer la divina Madre á sor Francisca Farnesio: pu-

so en sus brazos al niño Jesus, y despues le dijo: «He aquí á este mi Hijo; procura aprovecharte de esta ocasion ofreciéndolo con frecuencia á Dios.»

Si queremos asegurar mas y mas el perdon de nuestros pecados, pongamos por medianera á esta misma divina Madre, la cual es omnipotente con su Hijo, cuando trata de alcanzar el perdon de los pecadores, como dice san Juan Damasceno. Las oraciones de Maria, segun san Antonino, tienen para con su Hijo que tanto la ama y tanto mira por su honor, la fuerza de mandatos. Así que, escribe san Pedro Damian, cuando Maria va á suplicar á Jesucristo alguna gracia á favor de algun devoto suyo, se puede decir en alguna manera que se acerca como mandando, no rogando; como señora, no criada, pues su Hijo la honra no negándole cosa alguna. Por esto añade san German, que la santísima Virgen por la autoridad de Madre, de que está revestida, ó por mejor decir, de que estuvo revestida al-

gun tiempo sobre la tierra, puede lograr el perdon aun á los mas obstinados pecadores. *(In encom. B. V.)*

COLOQUIO.

¡O dulce, ó amabilísimo, ó dulcísimo niño Jesus! Vos todo lo agotasteis para haceros amar de los hombres: siendo Hijo de Dios os humillasteis hasta haceros hijo de los hombres, y habeis querido nacer niño, como todos ellos, pero mas pobre y mas humillado; eligiendo por casa una cuadra, un pesebre por cuna, y un poco de paja por colchon. Os dignasteis presentaros por la vez primera en figura de un pobrecito niño, para empezar á atraer nuestros corazones luego de haber nacido, y continuasteis dándonos durante toda vuestra vida mayores pruebas de vuestro amor, hasta querer morir desangrado y envilecido sobre el infame madero de una cruz. Y ¿cómo es posible que sea tanta la ingratitud de la mayor parte de los hombres,

cuando son tan pocos los que os conocen y menos aun los que os aman? ¡O Jesus dulcísimo! yo quiero ser uno de estos pocos tambien; os he sido ingrato hasta ahora, y olvidando vuestro amor me he abandonado á los placeres, sin cuidarme de Vos, ni de vuestra amistad; pero ahora ya conozco mi criminal comportamiento; lo siento y detesto cordialmente. ¡O Niño amabilísimo! ¡ó Dios mio! perdonadme por los méritos de vuestra santa niñez: os amo; y os amo tanto, ó mi Jesus, que aun cuando todos los hombres se rebelasen contra Vos y os abandonasen, prometo no dejaros, aunque tuviese que perder mil veces la vida. Ya sé que esta luz y esta buena voluntad que me anima en este momento, me viene de Vos: os doy por ello las gracias, y ruego os digneis conservármela hasta la muerte. Vos sabeis mi debilidad y flaqueza; no ignorais tampoco cuantas veces os he sido ingrato: ¡ah! por piedad no me abandoneis, de lo contrario volveré á ser peor que antes.

Enseñad á mi pobre corazon á que os ame; si antes os despreció, ahora está enamorado de vuestra bondad. ¡O Niño divino! ¡ó Maria, ó gran Madre del Verbo encarnado! no me abandoneis. Vos sois la madre de la perseverancia, y la dispensadora de las divinas gracias: ampararadme y ayudadme siempre, y con vuestra ayuda, ó esperanza mia, confio continuar siendo fiel á Dios hasta la muerte.

DISCURSO TERCERO.

El Verbo encarnado de Señor se hizo esclavo.

Humiliavit semetipsum formam servi accipiens.

Se humilló á sí mismo tomando la naturaleza de siervo. (*Filip.* II, 8.)

Al considerar el padre del santo Precursor la gran misericordia de Dios en el misterio de la redencion humana, con razon exclamó (Luc. I, 68): *Bendito sea el señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido á su pueblo* enviando un libertador que nos redimiese de las manos de nuestros enemigos y le sirviésemos sin temor, para que adquiriendo la libertad de hijos de Dios pudiésemos servirle y amarle en esta vida, y poseerle y gozarle después en el

reino celestial, que nos estaba cerrado antes, y abierto ahora por nuestro Salvador. Todos éramos esclavos del infierno; pero el Verbo eterno, para librarnos de semejante esclavitud, de Señor se hizo esclavo. Consideremos, pues, cuan grande ha sido su misericordia y cuan inmenso su amor: pero antes pidamos las luces necesarias á Jesus y á Maria.

Dios es el señor de cuanto hay y puede haber en el mundo. ¿Quien es el que puede negar á Dios el dominio supremo sobre todas las cosas, si él es el criador y el conservador de todas ellas? Tiene escrito en su vestidura y en el muslo: *Rey de los reyes y Señor de los señores*, dice S. Juan en el Apocalipsis *(c. 19, 16)*. Explicando Maldonado aquella frase en el *muslo*, dice, que significa que los monarcas de la tierra están revestidos de su majestad solo exteriormente, y esto por don y favor del supremo Rey, que es Dios: mas Dios es rey por naturaleza, de modo que no puede dejar de ser el rey y señor de todas las

cosas. Mas este Rey supremo reinaba en el cielo sobre todos los ángeles, y reinaba asimismo sobre todas las cosas creadas, pero no en los corazones de los hombres; pues estos gemian miserablemente bajo la esclavitud del demonio. Sí; este tirano antes de la venida de Jesucristo se hacia adorar por los hombres, y estos le quemaban inciensos, y le sacrificaban no solo animales, si que tambien sus propios hijos y sus mismas vidas; y el enemigo cruel, por recompensa, ¿de qué modo les correspondia? ¿de qué modo los trataba? Atormentaba bárbaramente sus cuerpos, cegaba sus entendimientos, y por un camino lleno de penas y aflicciones los conducia directamente á la pena eterna. A este tirano vino á vencer el Verbo divino, y á sacar los hombres de su infeliz servidumbre, á fin de que, libres los pobrecitos de las tinieblas de la muerte, rotas ya las cadenas con que el bárbaro los tenia oprimidos, é iluminados para que pudiesen conocer cual era el verdadero ca-

mino de su salvacion, sirviesen á su legítimo Señor, que los amaba cual padre, y de esclavos de Lucifer, queria hacerlos sus mas apreciados hijos. Ya habia predicho el profeta Isaías, que nuestro Redentor debia destruir el imperio que tenia el demonio sobre de los hombres: *hiciste pedazos el baston de su exactor* (Isa. IX. 4). Y ¿porqué el profeta llamó al demonio con el nombre de *exactor?* Porque, dice san Cirilo, este inicuo señor de los pobres pecadores suele exigir de sus esclavos gravísimos tributos de pasiones, de rencores y de afectos desordenados, con los cuales los encadena mas y mas, al propio tiempo que los atormenta y aflige. Vino, pues, nuestro Salvador á librarnos de la servidumbre de tan fiero enemigo; mas ¿cómo? ¿de qué manera nos libró? Ved lo que hizo, dice S. Pablo (*Filip.* II, 5): era Jesus el hijo unigénito de Dios, igual á su Padre, eterno como él, y del mismo modo omnipotente, inmenso, sapientísimo, felicísimo y supremo señor del cielo y

de la tierra, de los ángeles y de los hombres; sin embargo, por su amor hácia el hombre, se humilló hasta tomar la naturaleza de esclavo por medio de la encarnacion, y se hizo semejante á los hombres: y porque estos por sus pecados se habian hecho esclavos del demonio, vino en forma humana á redimirlos, satisfaciendo á la divina justicia con sus penas y su muerte la que ellos tenian merecida. Si no nos lo asegurase la fe, ¿quien lo creeria? Pero ella nos enseña que este sumo y supremo Señor *se anonadó hasta tomar la naturaleza de esclavo.*

Ya desde niño quiso el Redentor comenzar á despojar al demonio del dominio que tenia sobre los hombres, como lo habia profetizado Isaías (c. VIII, 3) diciendo: *Ponle un nombre que signifique: Coge apriesa los despojos, apresúrate á coger la presa;* esto es, dice san Gerónimo, que no permita mas que reine el diablo. He aquí á Jesus, que apenas nacido, para poder librarnos de la servidumbre del de-

monio, empieza á tomar la naturaleza y el oficio de siervo, se hace inscribir como á súbdito del César y paga el tributo. Vedlo como en señal de servidumbre, y para empezar ya desde niño á satisfacer con sus penas por nuestras deudas, se deja atar con las fajas, figura de las cuerdas con que debia ser atado algun dia por los verdugos para conducirlo á la muerte. Vedlo como durante toda su vida obedece á una Vírgen y á un hombre: *erat subditus illis:* dice san Lucas. Vedlo que como á criado de aquella pobre casa de Nazaret, por disposicion de María y de José, ora se ocupa en preparar la madera para trabajarla José, ora en recoger los retazos para echarlos al fuego, barrer la casa, ir por agua, y finalmente en abrir y cerrar la carpintería: en suma, dice san Basilio, que siendo pobres María y José, y debiendo vivir de su trabajo, Jesucristo para ejercitar la obediencia, y para demostrarles el respeto y la reverencia que como á sus superiores les tenia, procuraba

hacer todas las faenas que sus humanas fuerzas podian suportar. ¡ Un Dios que sirve de criado...! ¡ un Dios que barre la casa...! ¡ un Dios que trabaja...! ¡ Ah ! esta sola reflexion debe inflamar y abrasar nuestros corazones.

Cuando salió nuestro amabilísimo Salvador á predicar, declaró que no habia venido para ser servido sino para servir á todos, dice san Mateo (xx, 28) ; como si dijese, segun lo comenta Cornelio á Lapide: *He obrado y obro de esta manera como si quisiera servir á todos, como á siervo de todos.* Por esto Jesucristo al fin de su vida, dice san Bernardo, no solo no se contentó en tomar la forma de simple siervo para sujetarse á los demás, sino que quiso tomar la de ínfimo esclavo para ser castigado como á tal, y pagar la pena de que éramos merecedores como á esclavos del infierno, en castigo de nuestros pecados. Ved finalmente, dice san Gregorio Niceno, como el Señor de todos los hombres, cual súbdito obediente, se somete á la sentencia de Pi-

latos, aunque injusta, y se deja sujetar por las manos de los verdugos, que lo atormentan bárbaramente y lo crucifican. Tambien lo habia dicho así san Pedro (*I. Petr.* II, *23*): Lo hizo cual siervo que se sujeta voluntariamente al castigo, como si justamente lo hubiese merecido. Fué tanto lo que nos amó, que por amor nuestro quiso obedecer hasta morir, y morir con una muerte infame é ignominiosa, cual es la muerte de cruz, como dice san Pablo (*Philip.* XI, *8*). Obedeció, no como Dios, sino como hombre, y aun como siervo, cuya naturaleza habia tomado. Aquel grande acto de caridad de san Paulino, cuando se dió por esclavo para rescatar al hijo de una pobre viuda, fué la admiracion de todos; pero ¿qué comparacion puede tener esta caridad con la de nuestro Redentor, que siendo Dios, para sacarnos de la esclavitud del demonio, y de la muerte que teniamos bien merecida, se hizo esclavo, se dejó atar con cuerdas, clavar en una cruz, donde quiso

finalmente acabar la vida en medio de un mar de desprecios y de dolores? Para que el esclavo viniese á ser señor, dice san Agustin, quiso Dios hacerse esclavo.

¡O admirable obra de misericordia! ó inapreciable dignacion del divino amor, exclama la santa Iglesia, *que por redimir á estos esclavos rebeldes, habeis querido condenar á muerte á vuestro Hijo unigénito!* Pero, Señor, prorumpe el santo Job (*Job* VII, *17*): ¿qué es el hombre, que siendo tan vil é ingrato para con Vos, lo ensalceis, honrándolo y amándolo tanto? Decidme, continua, ¿porqué tanto os interesa su salud y su felicidad? ¿porqué lo amais hasta tal punto, que vuestro corazon parece no atiende á otra cosa que á amar y hacer feliz á este hombre?

Alegraos, pues, alegraos, ó almas que amais á Dios, y esperais en él; porque si el pecado de Adan, y aun mas vuestros propios pecados, os han ocasionado gran daño, sabed que la redencion de Jesucristo nos ha traido un bien mucho mayor,

dice el Apóstol *(Rom. v, 20)*. Mayor ha sido el provecho, escribe san Leon, que nos ha reportado la gracia del Redentor, que no el daño que habiamos sufrido por la envidia del demonio. *(Serm. s. de Asce.)* Ya habia predicho Isaías (XL, 2), que serian mayores las gracias que los hombres recibirian de Dios por medio de Jesucristo, que las penas que merecian sus pecados. *He venido á dar al hombre la vida*, dice Jesucristo, *y una vida mas rica de gracias, que la que habia perdido por el pecado* (Joan. x, 10). Grande ha sido el pecado del hombre; pero ha sido mas grande todavía, dice el Apóstol, la gracia de la redencion *(Rom. v, 15)*; la cual no solo ha sido un remedio suficiente, sino aun sobreabundante, canta el Salmista *(Ps. 129)*. San Anselmo dice, que el sacrificio de la vida de Jesucristo superó á cuanto debian los pecadores *(de Red. hom. c. 5)*. Por esto la santa Iglesia llama feliz al pecado de Adan: *ó felix culpa, quæ tantùm meruit habere Redemptorem!* Verdad

es que el pecado ha ofuscado nuestro entendimiento con respecto al conocimiento de las verdades eternas, y que ha fomentado en nuestra alma la concupiscencia hácia los bienes sensibles y prohibidos por la divina ley: pero ¿cuantos auxilios y medios no nos ha alcanzado Jesucristo con sus méritos para adquirir las luces y las fuerzas con que poder vencer todos nuestros enemigos, y adelantarnos por el camino de la virtud? Los santos Sacramentos, el sacrificio de la Misa, las súplicas á Dios por los méritos de Jesucristo, ¡ah! ¡qué armas y medios tan poderosos son, no solo para alcanzar la victoria contra todas las tentaciones y concupiscencia, si que tambien para adelantarnos y progresar rápidamente en la perfeccion! Ello es cierto que con estos mismos medios, que nos han sido dados á nosotros, se han santificado todos los santos de la nueva ley. Si no nos aprovechamos de ellos, toda la culpa es nuestra.

¡Oh! ¡cuantas gracias debemos dar á

Dios por haberse dignado hacernos nacer después de la venida del Mesías! ¡cuantos y cuan mayores bienes no hemos recibido nosotros después de la redencion obrada por Jesucristo! ¡cuanto no deseó Abrahan, los profetas y los patriarcas del antiguo testamento ver nacido al Redentor, y no lo alcanzaron! Continuamente rogaban á los cielos con sus suspiros y sus plegarias, diciendo: *O cielos, derramad desde arriba vuestro rocío, y lluevan las nubes el Justo* (Isa. XLV, 8). *Envia*, ó *Señor, el cordero* para que, sacrificándose á sí mismo, satisfaga por nosotros á vuestra justicia, y así reinará en los corazones de los hombres, esclavos miserables del demonio. ¡O Dios de infinita bondad! derramad cuanto antes sobre de nosotros vuestra misericordia, enviándonos á nuestro Salvador (*Psal. 48, 8*). Así se exclamaban y suspiraban los santos del antiguo Testamento; y sin embargo, se pasaron cuatro mil años sin que tuviesen la dicha de ver al Mesías. Noso-

tros, sí, que hemos alcanzado esta dicha tan grande; pero ¿qué es lo que hacemos? ¿nos aprovechamos de ella? ¿amamos como debemos á este amabilísimo Redentor, que nos ha redimido de las manos de nuestros enemigos, nos ha librado con su muerte de la eterna que teniamos merecida, nos ha abierto el paraiso, nos ha provisto de tantos sacramentos y de tantos auxilios para que le sirvamos y amemos en esta vida, y para gozarlo finalmente en la otra? Dice san Ambrosio: «Jesucristo fué envuelto entre pañales para que el pecador fuese absuelto de sus culpas; sus lágrimas borraron mis pecados.» Muy ingrata serias á tu Dios, ó alma mia, si no le amases, después de haber querido ser atado con las fajas, para que tú fueses libre de los lazos del infierno; después que se hizo pobre para hacerte participante de sus riquezas; después que se hizo débil para darte á ti fuerza para vencer á tus enemigos; después que quiso padecer y llorar á fin de

que sus lágrimas lavasen tus pecados.

¡O Dios amabilísimo! ¡cuan pocos son los que, agradecidos á tanto amor, han sido fieles en corresponder á su Redentor! ¡Ah! la mayor parte de los hombres, después de un beneficio tan singular, después de tanta misericordia y tanto amor, aun parece dicen á Dios: «Señor, no queremos serviros; preferimos ser esclavos del demonio y condenados por una eternidad, á ser siervos vuestros.» Dios por boca de Jeremías echa en cara á estos desgraciados su reprensible conducta, diciéndoles: «Habeis roto los lazos que os unian á mí, y habeis dicho, no te servirémos» *(Jer.* II, *20).* ¿Qué respondes, cristiano, á este cargo tan justo de tu Dios y Señor? ¿has sido tú tambien uno de estos? Viviendo alejado de Dios, siendo por consiguiente esclavo del demonio, ¿has estado mas contento, has vivido mas satisfecho? ¿has disfrutado de paz? ¡Oh! no, pues la palabra divina no puede dejar de cumplirse: «Ya que no serviste al Señor

tu Dios con gozo y alegría de corazon, servirás á tu enemigo, y tendrás que sufrir la hambre, la sed, la desnudez y toda especie de trabajos (*Deut.* XXVIII, *47*).» Ya que no quisiste servir á tu Dios, dice el Señor, sino á tu enemigo, repara como te trata este tirano. Te oprime entre sus cadenas, cual esclavo, pobre, afligido y destituido de todo interior consuelo: pero no desmayes, pues aun puedes quedar libre de estos lazos de la muerte con que te hallas atado; sacude el yugo que oprime tu cuello, ó esclava hija de Sion, aun es tiempo: rompe, pues, ó pobre alma, que voluntariamente te has hecho esclava del demonio, rompe esos lazos que te conducen al infierno, y hazte atar con mis cadenas de oro, pues mis ataduras son cadenas de paz, cadenas de amor y de salud (*Eccles.* VI, *31*).

¿Y sabes cómo volverás á unirte con tu Dios? Con el amor ó caridad, que es vínculo de perfeccion, que nos une unos con otros, y á todos con Dios (*Colos.* III, *14*).

Un alma que deja de pecar solo por el temor del castigo, corre siempre grande peligro de volver á caer luego en el pecado; mas la que se une á Dios por medio del amor está cierta de no perderlo. Es preciso, pues, que le pidamos continuamente el don de su santo amor, diciendo: «O Señor, haced que siempre estemos unidos con Vos; no permitais que nos separemos jamás de Vos, ni que olvidemos vuestro santo amor.» El temor que debemos desear, y que debemos pedir á Dios es el temor filial, el temor de disgustar á este nuestro buen Señor, á este amoroso Padre. Para ello debemos acudir á nuestra tierna Madre: pidamos, pues, á Maria santísima que nos alcance la gracia de que no amemos mas que á Dios, y que ella nos una de tal manera con su Hijo con los lazos del amor, que jamás pueda el pecado separarnos de él.

COLOQUIO.

¡O Jesus dulcísimo! Vos por mi amor, y por librarme de las cadenas del infierno, os hicisteis esclavo, y no solo de vuestro padre, si que tambien de los hombres y de los verdugos, hasta perder la vida en sus manos; y yo por un vil y despreciable placer he roto los lazos que me unian á Vos, para hacerme esclavo del demonio. ¡Oh! mil veces detesto y abomino aquellos momentos, en que abusando tan indignamente de la libertad que me concedisteis, desprecié vuestra gracia y vuestra majestad infinita. ¡Ah! perdonadme, amabilísimo Jesus, y volvedme á unir á Vos con aquellas dulces cadenas de amor, con que teneis unidas á Vos las almas que están en vuestra gracia. Os amo, ¡ó Verbo encarnado! sí, os amo ¡ó mi adorabilísimo Jesus! Mi único deseo es el de amaros, y mi único temor el de ser privado de vuestro amor. No permitais, mi amantísimo Jesus, no permitais que me

separe mas de Vos. Os ruego ¡ó Jesus mio! por todas las penas de vuestra vida, y por todos los dolores de vuestra muerte, que no os abandone jamás. ¡O Dios mio! si despues de tantas gracias como he recibido de Vos; si después que tantas veces me habeis perdonado; si después que me iluminais con tantas luces, y que con tanto afecto y cariño me convidais á que os ame, volviese aun, infeliz de mí, á apartarme de Vos, ¿cómo podria esperar de Vos el perdon, y no temer, que justamente irritado contra mí, me arrojaseis en aquel mismo instante al profundo del infierno? ¡Ah! no lo permitais, os pido otra vez; no permitais me separe y aparte de Vos. ¡O María, mi refugio y mi esperanza! Vos habeis sido para mí la medianera feliz, alcanzándome que Dios me aguardase y perdonase con tanta misericordia; dispensadme tambien ahora vuestro amparo, y alcanzadme una buena muerte, antes que vuelva á perder de nuevo la gracia de mi Dios.

DISCURSO CUARTO.

El Verbo eterno de inocente se hizo reo.

—

Consolamini, consolamini, populi meus, dicit Deus vester.

Consuélate, ó pueblo mio, consuélate, dice tu Dios (*Isa.* XL, 1).

Antes de la venida del Mesías todo el linaje humano gemia lleno de la mayor afliccion y desconsuelo: todos los hombres eran hijos de ira y de perdicion; no habia quien pudiese aplacar á Dios justamente irritado por los pecados de los hombres. Esto hacia exclamar entre lágrimas al profeta Isaías diciendo: *Vos, ó Señor, estais enojado contra nosotros porque hemos pecado.... no hay quien se levante para mediar y detener vuestro brazo* (Isa. LXIV, 5).

En efecto, Dios habia sido ofendido por el hombre, quien no siendo mas que una infeliz criatura, no podia absolutamente satisfacer á la injuria hecha á una majestad infinita; preciso era que otro Dios aplacase á la divina Justicia; pero siendo él el ofendido, no podia satisfacerse á sí mismo. No obstante, consolaos, consolaos, ó hombres, dice el Señor por el profeta Isaías; pues se acabó el motivo de vuestra afliccion *(Is.* XL, *12)*. El mismo Dios ha hallado medio para salvar al hombre, satisfaciendo á un mismo tiempo á su misericordia y á su justicia. El mismo Hijo de Dios se ha hecho hombre, ha tomado la forma de pecador, y ha tomado á su cargo el satisfacer á la divina Justicia cumplidamente por los hombres con su pasion y muerte: y así han quedado satisfechas su justicia y su misericordia. Jesucristo, por librar á los hombres de la muerte eterna, de *inocente* se hizo *reo*, esto es, quiso presentarse como un pecador. Sí, á tal extremo le ha traido el amor hácia los hom-

bres. Meditemos, pues, este amor; pidiendo antes á Jesus y á Maria se dignen iluminarnos, para que nos aprovechemos de esta meditacion.

Jesucristo que era santo, inocente é inmaculado, ó por mejor decir, que era la misma santidad, la misma inocencia y la misma pureza, puesto que era verdadero hijo de Dios, verdadero Dios como el Padre, y tan amado de él, como que declaró al ser bautizado en las aguas del Jordán, que en aquel Hijo hallaba todas sus complacencias; este Hijo divino, para librar á los hombres de la esclavitud del pecado y de la muerte eterna que tenian por él merecida, se ofreció á su divino Padre para satisfacer por los hombres: entonces el Padre, como dice el Apóstol *(Rom.* VIII, *3)*, envió á su Hijo á revestirse de una carne semejante á la del pecado, y héchole víctima por el pecado, mató así al pecado en la carne; queriendo decir, segun san Juan Crisóstomo y Teodoreto, que el Padre condenó al pecado

á ser privado del dominio que tenia sobre los hombres, imponiendo para ello la pena de muerte á su Hijo, el cual, aun cuando pareciese revestido de carne inficionada por el pecado, era, sin embargo, santo é inocente.

Dios, pues, para salvar á los hombres, y para que quedase al propio tiempo satisfecha su justicia, condenó á su propio Hijo á una vida trabajosa y á una muerte cruel, como nos lo enseña la fe, y nos lo asegura al mismo tiempo san Pablo: *No perdonó Dios á su propio Hijo,* nos dice, *sino que lo entregó á la muerte por todos nosotros* (Rom. VIII, 32). Y aun el mismo Jesucristo nos lo asegura diciendo, que *Dios amó tanto al mundo que no paró hasta dar á su Hijo unigénito* (Joan. III, 16). Cuenta Celio Rodigino, que cierto hombre, llamado Deyótaro, tenia muchos hijos, uno mas amado que los demás, y para dejar todos los bienes á este, mató con la mayor barbaridad á los otros. Dios ha hecho todo lo contrario; ha entregado á la

muerte á su Hijo tan querido, á su Hijo unigénito, para darnos la vida á nosotros, viles y miserables gusanos. Meditemos un poco estas palabras: *Amó tanto Dios al mundo.* ¡O bondad inefable de Dios, que se dignó amar á los hombres, á unos miserables gusanos, que le son tan rebeldes é ingratos, y los amó hasta tal punto que quiso dar á su mismo Hijo, á su Hijo unigénito, que ama como á sí mismo! No ha dado á los hombres, dice san Juan Crisóstomo *(Hom. 6 in Joan.)*, un criado, no un ángel, no un arcángel, sino á su mismo unigénito Hijo. Y ¿en qué estado lo entregó? presentándole pobre, humillado, despreciado, hasta entregarle en manos de los verdugos, que, como si fuese un malhechor, lo hicieron morir envilecido en un infame madero. ¡O gracia! ¡ó fuerza del amor de un Dios! exclama san Bernardo. *(Serm. 46 in Can.)* ¡Dios santo! ¿quien no se enterneceria si oyese decir que un monarca, para librar á un esclavo suyo, se obligó á dar la muerte á

su único Hijo, que era sus delicias y á quien amaba tanto como á sí mismo? Si esto no lo hubiese hecho Dios, dice san Juan Crisóstomo, ¿quien era capaz de pensarlo ni creerlo?

Segun la razon humana, dice Salviano (*de Prov. lib 4*), se tendria ciertamente por injusto el que quisiese matar á su hijo inocente para librar á sus esclavos de una muerte merecida. Pero no, para con Dios no ha sido una injusticia, pues que el mismo Hijo se ofreció al Padre para satisfacer por los hombres (*Is.* XXXV, 7). Ved, pues, á Jesucristo que voluntariamente, cual víctima de amor, se sacrifica por nosotros. Ved que, cual corderito, puesto en manos de los esquiladores, aunque inocente, sufre de los hombres tantos desprecios y tormentos sin abrir su boca para quejarse (*Is.* LXIII, 7). Ved finalmente, á nuestro Redentor, que para salvarnos tomó sobre sí nuestras dolencias y pecados (*Is.* LXIII, 4): no rehusó sufrir como culpado, dice san Gregorio Nacianceno,

con tal que los hombres alcanzasen su salvacion. *(Orat. pro Apolog.)*

¿Quien ha hecho ni podrá hacer jamás otro tanto? pregunta san Bernardo. ¿Y cual ha sido el motivo de un prodigio tan inmenso? ¡Un Dios morir por sus criaturas!... ¡oh! solo el amor, el amor que Dios tiene á los hombres le podia obligar á ello. Luego el referido santo, contemplando como nuestro amable Salvador fué preso por los soldados en el huerto de Getsemaní, le pregunta todo admirado diciéndole: «¡O Señor mio! yo os miro atado como un reo, por estos verdugos que quieren haceros morir injustamente: mas, ó Dios amabilísimo, ¿qué tienen que ver con Vos las cuerdas y las cadenas? estas son para los malhechores; pero no para Vos que sois el Hijo de Dios, la misma santidad y la misma inocencia.» Pero responde san Lorenzo Justiniano, que Jesucristo fué conducido á la muerte, no con los cordeles con que le ataron los soldados, sino por el amor que tenia á los hombres; y

exclama: «¡O caridad! ¿tan fuertes son tus lazos, que así han podido tener atado á un Dios?» De aquí el mismo san Bernardo pasa á contemplar la injusta sentencia con que Pilatos condenó á Jesucristo á morir en una cruz, después de haberlo declarado inocente repetidas veces: y le dice llorando: «¿Cuales son vuestros delitos, ó inocentísimo Salvador, para que así seais juzgado? ¡O amabilísimo Señor! oigo que este inicuo juez os condena á morir clavado en una cruz: pero ¿qué delito habeis cometido para merecer una muerte tan cruel é infame, muerte á la cual solo son condenados los reos mas malvados? Mas ¡ah! continua, ya comprendo, ó Jesus amantísimo, cual es el delito que habeis cometido: es el extremado amor que teneis á los hombres. Sí; este amor, mas bien que Pilatos, es el que os condena á muerte, mientras que Vos, á fin de pagar la pena debida por los hombres, habeis querido morir.» Aproximándose el tiempo de la pasion de nuestro Redentor, rogaba á su Padre se

dignase glorificarle luego, admitiendo el sacrificio de su vida *(Joan. 20)*. Asombrado san Juan Crisóstomo, le pregunta: «¿Qué es lo que decis? y ¿esto teneis por gloria? ¿á una pasion y muerte acompañada de tantos dolores y desprecios la llamais vuestra gloria?» Y luego el mismo santo se responde á sí mismo: «Sí, dice, tanto es el amor que tengo á los hombres, que me hace reputar como gloria mia el padecer y morir por ellos.»

«Decid á los pusilánimes que tengan buen ánimo, nos dice él mismo por Isaías, y que no teman, porque el Señor viene á ejecutar una justa venjanza, y el mismo Dios en persona vendrá, y nos salvará *(Is.* XXXV, *4)*.» No temais, pues, no desconfieis, ó pobres pecadores. ¿Acaso temeis no ser perdonados? El mismo Hijo de Dios bajó del cielo para salvaros; y no solo esto, sino que hizo á Dios el sacrificio de su misma vida, en compensacion de la justa reparacion debida por nuestros pecados. Si vosotros con vuestras obras no

podeis aplacar á un Dios ofendido, ahí teneis á este tierno niño, recostado en la paja, tiritando de frio y llorando, que lo aplaca con sus trabajos y sus lágrimas. Ya no teneis motivo de afligiros, dice san Leon, por la sentencia de muerte fulminada contra de vosotros, ahora que nace por vosotros la Vida: y san Agustin, al considerar el nacimiento del Redentor, exclama: «¡O dia feliz para los penitentes, en el cual queda borrado el pecado!» Y ¿habrá todavia algun pecador que desespere? Si vosotros no podeis dar á la divina Justicia una justa reparacion, ved á Jesus que hace penitencia por vosotros: ya ha empezado á hacerla en el pesebre donde ha nacido, y la continuará sin interrupcion toda su vida, hasta consumarla en la cruz; por esto dice san Pablo, *que cancelada la cédula del decreto firmado contra nosotros, quitóla de en medio, y la enclavó en la cruz* (Colos. II, 14). Dice el mismo apóstol *(I ad Cor. I, 30)*, que Jesucristo, muriendo por nosotros, nos ha santificado y

redimido, esto es, segun san Bernardo, ha lavado nuestros pecados. Y en efecto; pues que aceptando Dios por nosotros las penas y la muerte de Jesucristo, atendido el pacto, estaba obligado por justicia á perdonarnos. El que era inocente se hizo víctima de nuestros pecados, para que por sus méritos se nos concediese después de justicia el perdon *(II ad Cor., v, 21)*. Por esto David suplicaba á Dios se dignase salvarlo, no solo por su misericordia, si que tambien por su justicia *(Psal. 30)*.

Grande fué el deseo que tuvo Dios de salvar á los pecadores: y este mismo deseo hacia que fuese tras de ellos, diciéndoles: «O pecadores, entrad en vosotros mismos *(Is. LIII, 8)*; recordad los beneficios que habeis recibido de mí, pensad el grande amor que os he profesado, y no me ofendais mas. Convertíos á mí, y yo me volveré á vosotros *(Zac. I, 3)*. ¿Porqué os quereis perder, ó hijos mios, y ser condenados á una muerte eterna? Volved á mí y viviréis *(Eze. XVIII, 31)*. Su infi-

nita misericordia le hizo bajar del cielo á la tierra para salvarnos *(Luc.* I, *98).*» Pero aquí es preciso reflexionar en lo que dice san Pablo: Antes que Dios se hiciese hombre, conservaba su misericordia hácia nosotros; pero no podia tener compasion de nuestras miserias, porque la compasion importa pena, y Dios no es capaz de tenerla. Y así, dice el Apóstol, el Verbo para tener compasion de nosotros quiso hacerse hombre pasible y semejante á los hombres, para que de este modo, no solo pudiese salvarnos, sino tambien compadecernos, habiendo experimentado voluntariamente las tentaciones y debilidades, á excepcion del pecado, por razon de la semejanza con nosotros en el pecado (*Heb.* IV, *15*).

¡Oh! ¡y cuan grande es la compasion que tiene Jesucristo de los pobres pecadores! Esta le hace decir, que él es un pastor que va en busca de la oveja perdida, y cuando la encuentra, celebra una fiesta invitando á sus amigos á que se congra-

tulen con él por haber hallado la oveja que habia perdido, la cual carga gozoso sobre sus espaldas, y la estrecha por temor de volverla á perder. Este mismo amor le hace decir que él es aqnel padre amoroso, que cuando vuelve para echarse á sus piés algun hijo pródigo, no lo arroja de sí, sino que lo abraza, y casi desfallece por el mucho consuelo y ternura que siente por su dolor (*Luc. 15*): este amor le hace decir, que está á las puertas de nuestro corazon, y que nos llama (*Apoc. 3, 20*); esto es, que aun cuando nuestra alma lo arroje de sí por el pecado, no la abandona, sino que la llama con nuevas inspiraciones para que le abra otra vez sus puertas: este le hace decir á los discípulos, que con un celo indiscreto pedian venganza contra unos que no habian querido recibirles: *Vosotros no sabeis á que espíritu perteneceis* (Luc. IX, 55): como si les dijera: Ya veis cuan grande es mi compasion para con los pecadores, y sin embargo me pedis ven-

ganza contra ellos: dejadme, sí, dejadme; porque vuestro espíritu no es conforme al mio. Este amor finalmente le hizo decir: *Venid á mí todos los que andais agoviados con el peso de vuestros pecados, que yo os aliviaré* (*Math* XI). Y en efecto, ¿con qué ternura no perdonó nuestro amabilísimo Redentor á la Magdalena, luego que ella lloró amargamente sus escándalos? ¿con qué afecto no perdonó al paralítico, devolviéndole la salud corporal? ¿con qué dulzura no se portó con la mujer adúltera? Le fué presentada esta pecadora para que la condenase, pero Jesucristo volviéndose á ella la dijo: *Nadie de los que te han traido te ha condenado, ¿cómo te condenaré pues yo, que he venido para salvar á los pecadores? Vete, y no vuelvas mas á pecar* (Joan. VIII).

¡Ah! no temamos á Jesucristo; temamos, sí, nuestra obstinacion, si despues de haberle ofendido, no queremos escuchar su voz que nos llama al perdon. ¿Quien será el que nos condene? dice el

Apóstol; ¿Jesucristo que murió, y que aun intercede por nosotros? (*Rom.* VIII, *34.*) Si queremos permanecer obstinados, Jesucristo se verá obligado á condenarnos; por el contrario, si nos arrepentimos de nuestros pecados, ¿qué tenemos que temer de él? ¿quien te ha de condenar? ¿piensas, dice san Pablo, que habria de condenarte aquel mismo Redentor, que murió para no tener que condenarte; aquel mismo que para perdonarte á ti, no ha querido perdonarse á sí mismo? Vé pues, ó pecador, vé al pesebre de Belen, y allí da gracias al niño Jesus, que tirita de frio en aquella cueva, y gime y llora por ti recostado en aquellas pajas; da gracias á este tu Redentor, que bajó del cielo para llamarte y para salvarte. Si deseas conseguir el perdon, mira que él te está aguardando en aquel pesebre para perdonarte. Vé pronto, pues, y pídeselo, y en adelante no olvides lo mucho que Jesucristo te amó (*Eccl.* XXIX *20*). Acuérdate, dice el Profeta, de la gracia tan grande que te

dispensó saliendo fiador de tus deudas para con Dios, y en sufrir el castigo que tenias merecido; jamás lo olvides, y corresponde agradecido á un favor tan singular: con este santo comportamiento no te impedirán los pecados cometidos recibir de Dios las gracias mas grandes y mas especiales, que derrama con tanta frecuencia sobre las almas predilectas. Todas las cosas contribuyen á la felicidad de los que aman á Dios, dice el Apóstol *(ad Rom.* VIII*)*; y la glosa añade que hasta los pecados, porque tambien su memoria aprovecha á un pecador, si los llora y detesta, por cuanto contribuye á hacerle mas humilde y mas agradecido á Dios, al verse acogido con tanto amor. El mismo Jesucristo nos dice, que habrá mas regocijo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos, que no tienen necesidad de penitencia *(Luc.* XV,*7)*. Pero ¿de qué pecadores se trata? De aquellos que, agradecidos á la divina bondad, procuran corresponder al divino

amor, como hicieron un san Pablo, una santa Magdalena, una santa María Egipcíaca, un san Agustin, una santa María de Cortona y otros. De esta santa especialmente se refiere que, después de haber sido por espacio de muchos años una grande pecadora, agradecida al favor de Dios que la hizo ver el lugar que le tenia preparado en el cielo entre los serafines, y concedídole ya en esta vida muchas gracias, al verse tan favorecida, le dijo un dia: «¿Habeis acaso olvidado, Señor, las muchas ofensas que os he hecho?» A lo que Dios respondió: «¿No sabes, hija mia, que cuando un alma se arrepiente de sus culpas, olvido todas las injurias que he recibido de ella?» *(Eze.* XVIII, *21).*

Así pues, los pecados cometidos no son un impedimento para que seamos santos. Dios nos ofrece al momento su poderoso auxilio si lo deseamos y pedimos. ¿Qué debemos, pues, hacer? Entregarnos enteramente á Dios y consagrarle los dias que nos quedan de vida; pero ejecuté-

moslo pronto: ¿qué es lo que nos detiene? si no lo hacemos, nuestra será la culpa. No despreciemos estas gracias; estas amorosas inspiraciones que Dios nos envia, sean para nosotros ocasion de remordimiento y nó causa de desesperacion en la hora de la muerte, cuando ya no habrá tiempo de repararlo. Imploremos la proteccion de Maria santísima, de aquella Madre de misericordia, que se gloria, como dice san German, en hacer santos á los mas grandes pecadores, alcanzándoles para su conversion una gracia, no solo ordinaria, sino muy particular. Y bien puede pedir á Jesucristo cuanto sea de su agrado, asistiéndole los derechos de madre. *(S. German in encom. Deip.)* Ella misma nos anima con aquellas palabras que le aplica la Iglesia: *En mi mano están las riquezas, para que las distribuya con largueza á los que me aman* (Pro. VIII, 18, 21): y con aquellas otras: *En toda la gracia para conocer el camino de la verdad; en mi toda esperanza de vida y de virtud* (Ecc. XXIV, 5).

AFECTOS Y SÚPLICAS.

¡O mi amabilísimo Redentor! ¿quien soy yo para merecer tanto amor? ¿qué habeis recibido de mí, sino desprecios y ofensas, las cuales debian haberos obligado á olvidarme y á arrojarme de vuestra divina presencia para siempre? Pero, ó Señor, aceptaré gustoso cualquier otro castigo, á excepcion de este; pues si vos me abandonaseis y privaseis de vuestra gracia, no podria amaros mas. No pretendo librarme de las penas con que os digneis castigarme, pero sí quiero amaros, y amaros para siempre: quiero amaros como debe amaros un pecador, que después de haber recibido de Vos tantas y tan especiales pruebas de vuestro amor, ingrato las ha despreciado tantas veces, prefiriendo á vuestra amistad y gracia los placeres momentáneos con que me ha brindado el mundo, el demonio y la carne. Perdonadme, ó dulcísimo Jesus, que ya

detesto de todo corazon las ofensas que he cometido con la mas fea ingratitud. Es tanto lo que siento mi mala correspondencia, que no quedo satisfecho con el simple perdon; quiero además la gracia de amaros siempre mas y mas; qüiero compensar, en cuanto pueda, con mi amor la ingratitud con que correspondí á tantos y tan repetidos beneficios. Una alma inocente os ama como á tal, dándoos gracias por haberla preservado de la muerte del pecado: pero yo debo amaros como á pecador, esto es como á rebelde que os he sido, como condenado al infierno tantas veces cuantas lo he merecido por mis ofensas y luego otras tantas por haberme Vos favorecido y restablecido en vuestra divina gracia, y enriquecido además con nuevas luces, auxilios é inspiraciones para santificarme. ¡O Redentor mio amabilísimo! mi alma está prendada de Vos, y os ama con ardor. Ha sido tan grande el amor que Vos me habeis tenido que, vencido por él, no he podido resistir mas á tantas finezas,

y he resuelto finalmente consagraros todo mi amor. Os amo, pues, ó bondad infinita; os amo, ó mi amabilísimo Dios, con toda la efusion de que es capaz de amaros mi pobre corazon. Haced que se acreciente siempre mas y mas esta llama, y traspasad mi corazon con nuevas saetas de amor. Haced que os ame mucho quien tanto os ofendió. ¡O María madre mia! Vos sois la esperanza y el refugio de los pecadores; ayudad, pues, á este que quiere ser agradecido á su Dios; ayudadle á amar, y esto por toda la eternidad, á vuestro amabilísimo Hijo y nuestro dulcísimo Redentor.

DISCURSO QUINTO.

El Verbo eterno de fuerte se hi

Dicite pusillanimis: conf
ipse veniet et salvabit V

Decid á los pusilánimes
mais; Dios mismo ve
rá (*Is.* XXXV, 4).

Al hablar Isaías
tor, dijo: *Enton*
transitable se ale
la soledad, y flor
1). Por estas pala
naciones gentile
desierta, sin l
adorasen al ve
esclavos del d
sin caminos, p

à estos miserables los caminos de la salvacion. Y predijo que esta tierra tan infeliz se alegraria con la venida del Mesías, al verse llena de servidores del verdadero Dios, hechos fuertes con su gracia, con-

dos los enemigos de su salud eterna,
n lirio debia florecer en pu-
tas virtudes. Por esto el
ciendo: *Decid á los*
imen y no teman;
drá y los salvará.
se ha cumplido ya;
e que alborozado
jos de Adan, ale-
s; si os conoceis
sistir á vuestros
mais; pues Dios
. Efectivamente,
á la tierra y os
s la fuerza su-
cer á todos los
cion. Y ¿cómo
taleza nuestro
erte y omnipo-

tente flaco y débil; tomando sobre sí nuestra flaqueza y comunicándonos su fortaleza. Veámoslo; pero antes supliquemos á Jesus y á Maria se dignen iluminarnos.

Solo Dios puede llamarse propiamente fuerte, pues solo él es la misma fortaleza, de quien todos los fuertes reciben sus fuerzas (*Prov.* VIII, *14*). Dios, infinitamente poderoso, puede cuanto quiere, bastando que lo quiera. Crió el cielo y la tierra con su gran poder y con su brazo fuerte (*Jer.* XXXII, *17*), sacándolos de la nada con un simple acto de su voluntad (*Psal. 148, 5*), y si quisiese podria destruir del mismo modo la máquina del universo. Sabemos que con un diluvio de fuego abrasó en un momento cinco ciudades enteras; que antes de esto inundó la tierra con un diluvio de agua, haciendo perecer á todos los hombres, á excepcion de solas ocho personas; y finalmente, ¿quien podrá, ó Señor, resistir á la fuerza de vuestro brazo omnipotente?

De todo esto se puede inferir cuan gran-

de y enorme es la temeridad de los pecadores al atreverse á ofender á Dios, cuya osadía llega á tanto, que hasta se atreven á alzar su mano contra Dios creyéndose bastante fuertes contra el Todopoderoso (*Job.* xv, *25*). Si viésemos una hormiga que quisiese pelear contra un leon, ¿no lo tendríamos por una temeridad? Pues ¡cuanto mas temerario es el que desafia á su mismo Criador, desprecia sus preceptos, sus amenazas y sus favores, declarándose enemigo suyo!

Sin embargo á estos temerarios é ingratos ha venido á salvar el Hijo de Dios, haciéndose hombre, y cargando sobre sí con los castigos que ellos merecian, para alcanzarles el perdon. Al ver que por las heridas recibidas por el pecado, habia quedado el hombre muy débil é impotente para resistir á sus enemigos, ¿qué hizo? de fuerte y omnipotente que era, se hizo débil y tomó sobre sí las flaquezas corporales del hombre, para alcanzarle con sus méritos la fortaleza de espíritu necesaria

para superar los insultos de la carne y del infierno. Ved, pues, á nuestro adorable Redentor hecho un niño, obligado á sustentar la vida con leche, y tan débil, que no puede por sí mismo alimentarse ni aun moverse.

El Verbo eterno, al hacerse hombre, quiso ocultar su fortaleza. Hallamos á Jesus, dice san Agustin, fuerte y enfermo á un mismo tiempo; fuerte al considerarlo criador de todas las cosas; enfermo al ofrecérsenos hecho hombre como nosotros (*Tract.* xv *in Joan*); este Fuerte ha querido hacerse débil, dice el Santo, para reparar nuestras fuerzas con su flaqueza, y así alcanzarnos la salvacion. Por esto añade, que se comparó él mismo á la gallina hablando con Jerusalen (*Mat.* xxiii, 37), porque aquella, para criar á sus polluelos, enferma, y con ello, segun reflexiona el mismo san Agustin, se hace conocer por madre: así lo hizo tambien nuestro amabilísimo Redentor; se hizo débil, y por medio de nuestra naturaleza se

dió á conocer como padre y como madre de nosotros, pobres enfermos.

El que gobierna á los cielos, dice san Cirilo, está envuelto entre pañales, y ni aun puede extender sus brazos: en el viaje que debe emprender á Egipto por disposicion de su Eterno Padre, aun cuando quiere obedecer, no puede caminar por sí mismo, sino que es preciso que María y José lo lleven alternativamente en sus brazos: á su regreso, como dice san Buenaventura, es menester que se detenga con frecuencia en el camino para descansar, por hallarse el divino Niño en tal estado, que era muy crecido para ser llevado en brazos, y demasiado tierno y flaco para hacer mucho camino.

Vedlo después mas grandecito en la tienda de Nazaret, como se afana y suda ayudando á José en los trabajos de carpintería. ¡Oh! quien contemplando atentamente á Jesus, como se fatigaba desbastando un tosco madero, le dijese: ¿No sois Vos, ó niño amabilísimo, aquel Dios, que con un

solo acto de vuestra voluntad criasteis el mundo de la nada? ¿cómo es posible pues, que ahora con tanta prontitud quedeis fatigado y todo bañado de sudor al desbastar este leño? ¿cual es la causa de esta trasformacion? ¿quien al reflexionarlo no quedará no solo inflamado, sino reducido absolutamente á cenizas por el amor? ¡Hasta tal punto se humilló un Dios! Y ¿porqué? para hacerse amar de los hombres. ¡Vedlo, al terminar nuestra redencion, atado con cuerdas en el huerto, y en el pretorio atado en la columna para ser azotado! ¡Vedlo con la cruz á cuestas subiendo al Calvario, pero tan extenuado que cae repetidas veces en el camino: y por último clavado ya en la cruz, que falto de fuerzas, agoniza, desfallece, espira!

¿Y porqué quiso nuestro dulcísimo Jesus hacerse tan débil? Lo hizo, como hemos dicho anteriormente, para comunicarnos su fortaleza y para vencer y abatir las fuerzas del infierno. Dice David, que es propio de Dios, y que está incluida en su

divina naturaleza la voluntad de salvarnos y librarnos de la muerte eterna, cuyas palabras comenta Belarmino diciendo: «Propio es esto de Dios, tal es su naturaleza: nuestro Dios es un Dios salvador, y á él corresponde librarnos de la muerte. Aunque débiles confiemos en Jesucristo, y todo lo podrémos con su divino auxilio.» Todo lo puedo yo, decia el Apóstol, pero no con mis fuerzas, sino con las que con sus méritos me ha alcanzado mi Redentor. «Tened ánimo, hijos mios, nos dice Jesucristo; pues si vosotros no podeis resistir á vuestros enemigos, sabed que yo los he vencido por vosotros y la victoria que alcancé solo es para vuestro bien. A vosotros toca ahora aprovecharos de las armas que os dejo para defenderos, y con ellas, no lo dudeis, que saldréis victoriosos.» ¿Y cuales son estas armas que nos ha dejado Jesucristo? Son dos, el uso de los sacramentos y la oracion. Por medio de los sacramentos, especialmente de la Penitencia y de la Eucaristía, se nos comunican las gracias

que el Salvador mereció por nosotros: la experiencia nos enseña todos los dias que los que reciben con frecuencia estos sacramentos, perseveran constantes en la gracia de Dios, y los que comulgan á menudo, ¡oh! ¡y qué fuerza reciben para resistir á las tentaciones! La santa Eucaristía se llama *pan*, esto es pan celestial, para significar que así como el pan material conserva la vida del cuerpo, así la sagrada Comunion conserva la vida del alma, que es la divina gracia. Por esto el santo concilio de Trento dijo, que la comunion era un remedio por el cual somos librados de las culpas veniales, y preservados de las mortales. *(Ses. 13, 2)*. Santo Tomás, hablando de la sagrada Eucaristía, dice, que seria incurable la llaga que nos queda del pecado, si no se nos hubiese dado este remedio divino (*Opusc. de Sacr.*); é Inocencio III añade, que la pasion de Jesucristo nos desata las cadenas del pecado, y la sagrada Comunion nos libra de la voluntad de pecar. (*De mist. missæ.*)

El otro medio muy eficaz para vencer las tentaciones, consiste en las súplicas que se dirigen á Dios por los méritos de Jesucristo. *En verdad os digo*, nos dijo el mismo Redentor, *que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, yo lo haré* (Joan XIV, 14). Así pues todo cuanto pidamos á Dios en nombre de Jesucristo, esto es por sus méritos, nos será concedido. Todos los dias vemos que cuantos en sus tentaciones recurren á Dios por la intercesion de Jesucristo, todos quedan vencedores: por el contrario, aquellos que en sus tentaciones, especialmente de impureza, no acuden á Dios, son vencidos miserablemente y se pierden. Ni pretendan justificarse diciendo que son débiles y flacos; pues para nada puede servirles esta escusa, sabiendo que para hacerse fuertes basta recurrir á Jesucristo, y no obstante no lo hacen. ¿Qué escusa, repito, podria alegar el que se lamentase de haber sido vencido por el enemigo, si en lugar de valerse de las armas que tenia á su disposicion, por el con-

trario las ha despreciado? Si insiste en querer alegar su flaqueza, todos le condenarian, porque conociéndola, no habia querido hacer uso de las armas que se le han ofrecido. Dice san Agustin, que el demonio fué encadenado por Jesucristo: puede ladrar, puede solicitar, pero no puede morder sino al que lo quiere. Muy necio es, continua, aquel que permite le muerda un perro atado (*Ser. 197*). Y en otra parte dice, que nuestro divino Redentor nos ha dado remedios suficientes para triunfar del demonio: el que es vencido, sucumbe porque quiere.

El que recurre á Jesucristo, no desfallece, no, sino que por el contrario se hace fuerte con la misma fortaleza de Jesucristo, porque nuestro divino Redentor no solo nos exhorta á combatir, sino que nos ayuda en el combate; si desfallecemos nos alienta, y después por su infinita bondad, dice san Agustin, corona nuestra victoria (*S. Ag. in psal 52*). Ya lo predijo Isaías, que por los méritos del Redentor, los que

no tuviesen fuerzas, subirian á las montañas con la velocidad de un ciervo (*Isai.* xxxv, *6*): la tierra que estaba árida seria fecundada con abundantes aguas, á saber, que en aquellas almas que antes eran guarida del demonio, naceria la verde caña y el junco, esto es, la humildad, como comenta Cornelio á Lápide; y el junco, esto es, la caridad. En suma, nosotros hallamos en Jesucristo todas las gracias, toda la fortaleza y toda ayuda, cuando recurrimos á él. (*I ad Cor. 1*); para esto se hizo hombre y se anonadó (*Philip.* II, *7*); y, como dice un autor, se redujo á la nada, se despojó de su majestad, de su fortaleza y de su gloria, tomando sobre sí la flaqueza y desprecios, para comunicar á nosotros su fortaleza y su virtud, y para ser asimismo nuestra luz, nuestra justicia, nuestra santificacion y el precio de nuestro rescate (*I ad Cor. 1*).

Dice el evangelista san Juan, que vió al Señor ceñido con una faja de oro (*Apoc.* I, *13*); lo que viene á significar, que Je-

sucristo se halla todo rodeado, y como oprimido por el grande amor que tiene á los hombres; y cual una madre, que teniendo llenos de leche sus pechos, va en busca de su hijito para que se la chupe y alijere de aquel peso; así Jesucristo anhela nos acerquemos á pedirle gracias y auxilios para vencer á nuestros enemigos, que se nos oponen á su amistad y á nuestra eterna salud. ¡Oh! ¡cuan bueno y liberal es Dios con un alma que le busca de corazon! (*Thren.* III, *25*). Si nosotros, pues, no somos santos, nuestra es la culpa, por no resolvernos á amar á Dios. Los tibios quieren y no quieren (*Prov. 15*), y por esto quedan vencidos, porque no tienen una voluntad decidida de agradar á Dios. Todo lo vence una voluntad resuelta, porque cuando el alma se decide á entregarse toda entera á Dios, pronto le alarga su divina Majestad la mano, y le da fuerza para superar todas las dificultades que se le ofrecen en el camino de la perfeccion. Esto quiso significar Isaías, dicien-

do: «¡O Señor, si rasgaras los cielos y descendieras! á tu presencia se derritirian como cera los montes (*Isa.* LXXIV, 1), y los caminos torcidos se harian rectos, y llanos los que son ásperos (*Is.* L, 4).» Con esto quiso decir que la venida del Redentor dió fortaleza á las almas que le aman de corazon, con la cual les serán llanos todos los montes de sus apetitos carnales, los caminos torcidos se les harán derechos, y suaves los ásperos; esto es, que los desprecios y los trabajos, que tanto costaba superar antes á los hombres, les serán fáciles por medio de la gracia de Jesucristo, y del amor con que él abrasará sus corazones. Este amor divino es el que llenaba de regocijo á un san Juan de Dios al verse apaleado como loco: abrasada del mismo santa Lidovina se complacia en hallarse por tantos años tendida con muchas úlceras en una cama: lleno del mismo un san Lorenzo se hallaba muy contento y se burlaba del tirano mientras estaba abrasándose en las parrillas, y dando la vida por su

divino Maestro; é inflamadas tambien del mismo amor tantas almas hallaban paz y contento, no en los placeres del mundo, sino en los dolores y en la ignominia.

Supliquemos, pues, á Jesucristo que encienda en nosotros aquel fuego con que vino á abrasar al mundo; así no encontrarémos la menor dificultad en despreciar los bienes caducos de este mundo, ni en emprender toda resolucion santa, por grande que sea, para agradar á Dios. El alma que ama de veras á Dios, dice san Agustin, no siente ningun cansancio, ninguna pena en sufrir, en orar, en mortificarse, en humillarse y en despreciar todos los placeres de este mundo: cuanto mas trabaja y sufre, tanto mas desea trabajar y sufrir. Las llamas del amor divino (*Cant.* VIII, *6*) son como las llamas del infierno, que jamás dicen basta: nada satisface á una alma que ama á Dios, si no tiene relacion á su Criador. Supliquemos á Maria santísima, por cuyo conducto, como fué revelado á santa Maria

Magdalena de Pazzis, se dispensa á las almas el amor divino, nos alcance este don inapreciable; pues ella es el tesoro de Dios, como dice el Idiota, y la tesorera de todas sus gracias, especialmente del divino amor.

COLOQUIO.

¡O mi Dios y mi Redentor! yo estaba perdido, pero Vos con vuestra preciosísima sangre me rescatasteis del infierno; he pecado ¡miserable de mí! otras muchas veces, y otras tantas me librasteis de caer en el infierno. Vuestro soy, y para siempre, ó dulcísimo Jesús: salvadme, pues, y hacedme la gracia de que no vuelva á perderme de nuevo rebelándome contra Vos: ya estoy resuelto á sufrir mil muertes, antes que volver á ser enemigo vuestro, y esclavo del demonio: pero ya sabeis, Señor, cuanta es mi flaqueza; sabeis las traiciones que os he hecho; preciso es que me deis fuerza para resistir á

los nuevos asaltos del infierno. Ya sé que no dejaré de ser socorrido en las tentaciones si recurro á Vos, pues tal es vuestra promesa; pero, ó Señor, temo que en mis apuros olvide acudir á Vos, y por lo mismo sucumba y quede miserablemente vencido. La gracia, pues, que mas especialmente os pido, es que me deis luz y fuerza para recurrir siempre á Vos, y para invocaros en todas mis tentaciones: y os pido la gracia de que os pida siempre esta misma gracia. Concedédmela, ó mi dulce Redentor, por los méritos de vuestra preciosísima sangre derramada para salvarme. Y Vos, ó Vírgen santísima, alcanzádmela por el grande amor que teneis á Jesus.

DISCURSO SEXTO.

El Verbo eterno de suyo se hizo nuestro.

—

Parvulus enim natus est nobis, et filius datus est nobis.

Ha nacido un parvulito para nosotros, y se nos ha dado un hijo (*Isa.* IX, 6).

¿Porqué, bárbaro Herodes, hiciste matar, y sacrificaste á tu loca ambicion tantos niños inocentes? Dime, ¿porqué te turbas? ¿qué es lo que temes? ¿temes acaso que el Mesías ya nacido venga á quitarte tu reino? ¡Ah! este Rey, á quien tanto temes, no ha venido á vencer á los monarcas de la tierra, combatiendo con armas, sino á reinar en los corazones de los hombres, padeciendo y muriendo por su amor. Nuestro amabilísimo Re-

dentor ha venido no á hacer la guerra, sino á triunfar del amor de los hombres, acabando su vida en lo alto de una cruz. (*S. Fulgencio, serm. 5 de Epiph.*) El mismo Jesucristo dijo: *Cuando yo seré levantado en alto en la tierra, todo lo atraeré á mí* (Joan. XII, 32). Pero dejemos al cruel Herodes, ó almas devotas, y vengamos á nosotros mismos. El Hijo de Dios ha bajado á la tierra, y precisamente para dársenos á nosotros: así nos lo asegura Isaías: Ha nacido un parvulito para nosotros, y se nos ha dado un hijo. El amor que nuestro dulcísimo Jesus nos tiene, le ha traido á tal punto, esto es, á hacerse todo nuestro para merecerse enteramente nuestro amor. Veámoslo: pero antes pidamos á Jesus sacramentado y á su santísima Madre, se dignen iluminarnos con su divina gracia.

La principal calidad que distingue á Dios es la de existir por sí mismo, y no depender de nadie. Todas las criaturas, por grandes y excelentes que sean, en úl-

timo resultado vienen á ser nada; pues que cuanto tienen todo lo han recibido de Dios, quien no solo las ha criado, sino que las conserva, y esto de tal manera que, si Dios las abandonase por un solo momento, luego dejarian de existir, y quedarian reducidas á la nada. Dios al contrario, existiendo por sí mismo, no puede dejar de existir, porque no hay quien pueda destruirle, ni disminuir su grandeza, su poder ó su felicidad. Y sin embargo, san Pablo dice: que el Eterno Padre dió por todos nosotros á su Hijo (*ad Rom.* VIII, *32*); y en otra parte asegura que el mismo Hijo se entregó voluntariamente por nosotros (*ad Ephes.* v, *2*). Dios, pues, dándose por nosotros se hizo tambien nuestro. Es cierto, dice san Bernardo; por nosotros nació aquel que á nadie debia su sér, y que solo dependia de sí, dignándose además hacerse nuestro. Este Dios todopoderoso ha sido, por decirlo así, vencido por el amor, que triunfó de él. *Tanto amó Dios á los hombres*, dice san

Juan (III, 16), *que no paró hasta dar á su único Hijo*. Tambien el mismo Hijo quiso por amor darse á los hombres, para ser amado de ellos.

De diversas maneras habia ya Dios procurado cautivar el corazon de los hombres: unas veces con beneficios, otras con promesas; ora con amenazas, ora con castigos, aunque sin lograr su intento. Solo su divino amor, dice san Agustin, halló el modo, por medio de la encarnacion del Verbo, dándosenos todo de una vez, para obligarnos á que lo amásemos con tódo el afecto de nuestro corazon. (*Serm. 206 de Temp.*) Dios podia enviar para redimir al hombre á un ángel ó á un serafin; pero como en este caso el hombre habria tenido que dividir su corazon entre su Criador y su redentor, cuya division no queria Dios consentir, pues queria todo el amor del hombre para sí, quiso, como dice un devoto autor, ser nuestro redentor, como ya habia sido nuestro criador.

Vedlo, pues, como ha bajado ya del cielo á un pesebre; vedlo ya un parvulito nacido por nosotros, y entregado enteramente á nosotros. Esto fué lo que quiso significar el ángel cuando dijo á los pastores: «Hoy os ha nacido el Salvador (*Luc.* II, *11*): » como si dijese: Id á la cueva de Belen, ¡ó hombres! y adorad aquel niño que hallaréis allí en un pesebre, recostado sobre la paja, y que tirita y llora de frio: sabed que él es vuestro Dios, que no ha querido valerse de otro para salvaros; sino que él mismo ha querido revestirse de vuestra humana naturaleza, para de este modo atraerse vuestro amor. Sí; por esto ha venido el Verbo eterno á la tierra á conversar con los hombres para que estos le amasen (*Bar.* III, *38*). Si un rey manifiesta alguna confianza á algun vasallo; si alguna vez le hace una sonrisa ó algun corto obsequio, ¡oh! ¡y cómo se estima feliz y honrado con ello! ¡y cuanto mas aun, si lo escogiese por amigo, si lo convidase diariamente á su mesa, si qui-

siese que habitase en su mismo palacio, y estuviese siempre á su lado! ¡O mi Rey supremo! ¡ó mi amadísimo Jesus! como Vos antes de la redencion no podiais llevaros el hombre al cielo, que le estaba cerrado por el pecado, por eso os dignasteis bajar á la tierra á conversar con él, cúal si fueseis su hermano, y á entregaros á él todo entero por el grande amor que le profesais. Sí, dice san Agustin, ha querido este amorosísimo y piadosísimo Dios, por el grande amor que tiene á los hombres, no solo darles sus bienes, sino aun á su misma persona.

Es tan grande el afecto que este benignísimo Señor tiene á nosotros, viles gusanos, qoe no se contentó con dársenos todo entero, con nacer y vivir por nosotros, sino que quiso dar hasta su vida, para prepararnos un lugar de salud, borrando todos nuestros pecados con su sangre (*Apoc.* 1, 5). Pero Señor, le dice el abad Guerrico, todo abrasado del divino amor; parece llega á ser una inútil prodigalidad

la que haceis de Vos mismo por el grande deseo que teneis de ser amado de los hombres. Y ¿cómo no, continua, cómo no puede llamarse pródigo de sí mismo un Dios, que para recuperar al hombre que habia perdido, no solo da sus tesoros, sino que se da aun á sí mismo?

Dice san Agustin que Dios para atraerse el afecto de los hombres ha disparado muchas saetas de amor á sus corazones (*in psal. 119*). Y ¿cuales son estas saetas? Todas esas criaturas que se ofrecen á nuestra vista; pues que á todas las ha criado para el hombre, con el fin de que este le amase. El cielo y la tierra y todas las cosas me dicen, continua el mismo santo, que amemos á Dios. Parecia al santo, que el sol, la luna y las estrellas, los montes, las llanuras, los mares y los rios, todos á una le hablaban y decian: ¡O Agustin! ama á Dios, pues que á todas nosotras nos ha criado para servicio tuyo, y para que le correspondas con tu amor. Cuando santa Maria Magdalena de Pazzis

tomaba en la mano una escogida fruta ó una hermosa flor, decia que eran para ella como una saeta de amor hácia Dios, que traspasaba su corazon, pensando que Dios ya desde la eternidad habia proyectado criar aquella fruta y aquella flor, para que se recrease con el sabor de la una y la fragancia de la otra. Santa Teresa de Jesus tambien decia, que todas esas hermosas criaturas que vemos en todas partes, en las playas y en los rios, las flores y los frutos, las aves y los peces, todas nos reprochan nuestra ingratitud hácia Dios, pues que todas ellas son otras tantas señales del grande amor que su divina Majestad nos profesa. Dícese que cierto devoto hermitaño, cuando iba por la campiña, le parecia que las yerbecitas y las flores le daban en rostro su ingratitud, por cuyo motivo las iba dando golpecitos con su palo diciendo: «Callad, callad, ya os comprendo, basta; vosotras me reprochais mi ingratitud, puesto que Dios os ha criado tan bellas para mí, y con el

objeto de que yo le amase, y no le amo: basta, basta, callaos, ya os comprendo.» Y así iba desahogando su corazon, abrasado con el divino amor al contemplar aquellas hermosas plantas.

Sí: todas estas criaturas son otras tantas saetas de amor disparadas por Dios al corazon del hombre; pero aun no quedó con ellas satisfecho, toda vez que no eran bastantes para atraerle el afecto de los hombres. Dice el cardenal Hugo, comentando estas palabras de Isaías: *Hizo de mí como una saeta bien afilada, y me tuvo guardado dentro de su aljaba* (Is. XLIX, 2); que así como el cazador se reserva la mejor saeta para dar el último golpe á la fiera, que herida está para rendirse; así Dios, entre todos sus dones, tuvo reservado á Jesucristo hasta que vino la plenitud de los tiempos, y entonces le envió como para dar el último golpe, y herir con una saeta de amor los corazones de los hombres. Jesus fué la saeta escogida y reservada, al golpe de la cual, como ya

habia predicho David, *debian caer vencidas todas las naciones* (Psal. 44, 6). ¡Oh! ¡y cuantos corazones heridos del divino amor arden delante del pesebre de Belen! ¡cuantos al pié de la cruz en la cima del Calvario! ¡y cuantos delante del santísimo Sacramento en nuestros altares!

San Pedro Crisólogo dice, que nuestro divino Redentor, para hacerse amar de los hombres, quiso tomar varias formas (*Serm.* 23). Y en efecto, pues aquel Dios, que es inmutable, se hizo ver ya en forma de niño puesto en un pesebre, ya de mancebo en una tienda, ya de reo sobre el cadalso, ya finalmente en forma de pan sobre de un altar, ofreciéndosenos Jesucristo de todas estas diversas maneras, aunque siempre bajo la figura de un amante. ¡Ah, dulcísimo Jesus! decidme, ¿podeis inventar algun otro medio mas propio para haceros amar? Id, ¡ó almas redimidas por Jesucristo! exclama Isaías; id por todas partes, y publicad los ingeniosos y afectuosos medios que ha discur-

rido y puesto en práctica este Dios amante, para atraerse el afecto de los hombres; pues no satisfecho aun con prodigarles tantos dones suyos, quiso dárseles á sí mismo, y aun de muchas maneras (*Isai.* XII, *4*). Si quieres ser curado de tus heridas, dice san Ambrosio, acude á Jesucristo, para que las sane con su sangre: si te hallas atormentado con las impuras llamas de los afectos carnales, Jesus es la fuente, que con sus aguas cristalinas las apaga: si temes morir, él es la misma vida: si finalmente suspiras por el cielo, él es el camino. (*Lib.* III *de Virginit.*)

Y no solo se ha dado Jesucristo á todos los hombres en general, sino que ha querido darse á cada uno de ellos en particular. Esto era lo que hacia decir á san Pablo: *que Jesucristo le amó tanto, que se entregó á sí mismo á la muerte para darle á él la vida de la gracia* (ad Gal. II, 20). Y san Juan Crisóstomo asegura, *que Dios ama tanto á cada uno de nosotros, cuanto ama á todo el universo.* (Hom. XXIV, in

ep. ad Gal.) Si pues en el mundo no se hubiese hallado, ¡ó Hermano mio amabilísimo! otra persona que yo, por mí solo hubierais bajado, y dado vuestra preciosísima sangre. Y ¿quien podrá jamás, no diré explicar, pero ni aun comprender, dice san Lorenzo Justiniano, el grande amor que tiene á cada uno de nosotros nuestro amantísimo Redentor? Esto hacia decir tambien á san Bernardo, hablando de Jesucristo: *Se me ha entregado todo entero, me ha dado su cuerpo y su sangre, para que yo me alimentase con ellos.* (Ser. 3 de Circum.) Esto hacia decir asimismo á san Juan Crisóstomo, que de tal modo se nos dió, que no reservó nada para sí. Y efectivamente, nos dió su sangre, su vida, y últimamente á sí mismo en el sacramento de la Eucaristía; nada le quedó ya que dar, como dice santo Tomás *(Op. 83, cap. 2)*. Así pues, después de la grande obra de la redencion, Dios ha agotado sus dones, y no puede ya hacer mas en favor de los mortales.

Todos los hombres, á imitacion de san Bernardo, deberian decir: «Yo soy de Dios y á él debo volver por haberme criado y dado la existencia; pero después que me haya dado á mí mismo, ¿qué haré en justa correspondencia por habérseme dado él á mí?» Pero no hay que turbarse por esto: basta que correspondamos á Dios con nuestro amor, para que esté su divina Majestad satisfecho de nosotros. Los reyes de la tierra hacen consistir su gloria en gobernar grandes reinos, y poseer muchas riquezas; pero Jesucristo se contenta con reinar en nuestros corazones; á esto reputa por su principado, el cual quiso adquirir muriendo en la cruz. San Basilio, san Cirilo y san Agustin, con muchos otros intérpretes, comentando aquellas palabras de Isaías: *Ha nacido un parvulito para nosotros, y se nos ha dado un hijo, el cual lleva sobre sus hombros la divisa de rey* (Is. IX, 6): entienden por esta divisa la cruz que llevó á cuestas nuestro Redentor. Este Rey celestial, dice Cornelio á Lápide,

es un señor muy diferente del demonio: este carga con exhorbitante peso los hombros de sus súbditos; Jesus, al contrario, carga sobre sus propías espaldas el peso de su principado, y el cetro de su imperio, esto es la cruz, sobre la cual quiere morir para reinar desde ella en nuestros corazones. (*Cor. á Lap. in loc. cit. Isa.*) Y Tertuliano añade, que así como los monarcas de la tierra, como distintivo de su poder, llevan cetro y corona; Jesucristo llevó la cruz, que fué el trono donde subió para reinar en nuestros corazones.

Orígenes, hablando sobre el particular dice: «Si Jesucristo se ha dado á sí mismo á cada uno de los hombres, ¿hará, por ventura, gran cosa el hombre si se entrega todo entero á Jesucristo? *(Orig. hom. 24 in Nat.)* Démosle, pues, gustosos nuestros corazones, y consagremos nuestro amor á este Dios, que para lograrlo tuvo que dar su sangre, su vida y á sí mismo todo entero. *¡Ah! ¡si tú conocieses*, dijo Jesus á la Samaritana, *la gracia que recibes de*

Dios, y quien es el que te pide de beber! (Joan. IV, 10.) ¡Ah! ¡si conociese el alma cuan grande es la gracia que recibe, al pedirle Dios que le ame, cuando le dice: *Amarás al Señor tu Dios!* Si un vasallo oyese que el príncipe le dice, que le ame, bastaria esto solo para que lo hiciese con el mayor afecto: y ¿no lo logrará Dios, que nos lo pide diciendo: *que le demos nuestro corazon?* (Prov. XXXIII, 26.)

Pero Dios no quiere le demos nuestro corazon á medias, sino todo entero: quiere que lo amemos con todo él, de lo contrario no queda satisfecho. Por esto nos ha dado toda su sangre, toda su vida, á sí mismo todo entero, para que tambien nosotros nos entreguemos á él sin reserva, y seamos solo de él: se dirá que consagramos á Dios todo nuestro corazon, cuando le hagamos señor de toda nuestra voluntad, no queriendo ya sino lo que Dios quiere, que es nuestro bien y nuestra verdadera felicidad. *Por esto murió Cristo, y resucitó*, dice el Apóstol, *para adquirir*

un pleno dominio sobre vivos y muertos; ora vivamos, ora muramos, al Señor pertenecemos (ad Rom. XIV, 8). Sí: Jesus quiso morir por nosotros; no pudo hacer mas para merecer todo nuestro amor y ser el único dueño de nuestro corazon: por tanto de hoy en adelante debemos hacer saber al cielo y á la tierra, que tanto en la vida como en la muerte no somos ya dueños de nosotros mismos, sino que todos somos únicamente de nuestro Dios.

¡Oh! ¡cuanto desea Dios ver, y cuan agradable le es un corazon que se entrega todo á él! ¡Oh, qué amorosas finezas no dispensa, y qué bienes, qué delicias, qué gloria, en fin, no prepara en el paraiso á un corazon que se le entrega enteramente! El V. P. Juan Leonardo de Sétera, del Orden de santo Domingo, vió un dia á Jesucristo, que en traje de cazador iba por un bosque, trayendo un dardo en la mano. Preguntóle el siervo de Dios, ¿qué era lo que estaba haciendo? A lo que respondió Jesucristo, que iba cazando corazones.

¿Quien sabe, pues, pregunto yo, si sucederá durante esta novena, que hiera el Redentor niño y gane algun corazon, que habia ya buscado por mucho tiempo, sin que hubiese podido herirle ni hacerle suyo? ¡Almas devotas! si Jesus se hace dueño de nosotros, nosotros debemos hacernos dueños de él. El cambio nos es muy ventajoso. *Teresa*, dijo un dia el Señor á esta santa, *hasta ahora no has sido toda mia; pero ahora que lo eres, sabe que yo soy todo tuyo*. San Agustin llama al amor una cadena que une estrechamente al amante con la persona amada. Dios desea ardientemente unirse con nosotros; pero es preciso que nosotros por nuestra parte procuremos tambien unirnos con su divina Majestad. Si queremos que Dios se nos dé á nosotros, es necesario que tambien nosotros nos entreguemos enteramente á él.

AFECTOS Y SÚPLICAS.

¡Oh! cuan feliz seria yo, si de hoy en adelante pudiese decir siempre con la sagrada Esposa: *Mi amado es todo para mi y yo toda de mi amado* (Cant. II, 16). Mi Dios, el amado de mi alma, se me ha entregado todo enteramente; justo es, pues, que yo me entregue de la misma manera á mi Dios, y que no cese jamás de decirle: ¡O Niño amabilísimo, ó mi amado Redentor! ya que vos bajasteis del cielo para entregaros todo á mí, ¿qué es lo que puedo yo buscar, ni en la tierra, ni en el cielo, sino á Vos, que sois todo mi bien, mi único tesoro y el paraiso de mi alma? Sed pues, Vos el único señor de mi corazon y poseedlo todo. Que mi corazon no obedezca mas que á Vos, ni procure complacer á otro que á Vos. Solo á Vos ame mi alma, ni tenga otro patrimonio que á Vos. Procúrense los otros y gócense, si pueden hallar algun verdadero gozo fuera de Vos,

en los perecederos bienes de este mundo; que por lo que á mí toca, solo quiero que seais Vos mi fortuna, mi riqueza, mi paz y mi esperanza, así en esta vida como en la eternidad. Aquí teneis mi corazon, os lo doy todo entero; no será mio en adelante; vuestro es. Así como Vos al bajar al mundo, ofrecisteis el Eterno Padre toda vuestra voluntad, segun nos habiais dicho ya por David *(Psalm. 39, 8)*; así tambien, ó mi Salvador, os ofrezco yo la mia. Ella os fué en otro tiempo rebelde, y con la misma os ofendí muchas veces; pero lloro amargamente todas sus faltas, con las cuales perdí miserablemente vuestra amistad, y os la consagro de nuevo enteramente. Decidme que quereis de mí, que estoy pronto á hacerlo. Disponed de mí y de todas mis cosas como os agrade, que todo lo acepto con resignacion. Sé que me deseais el mayor bien; por consiguiente en vuestras divinas manos pongo mi alma; auxiliadla pues, conservadla, y haced que sea vuestra siempre, ya que la habeis

redimido con vuestra preciosa sangre.

¡O feliz vírgen Maria! Vos fuisteis siempre toda de Dios: toda bella, toda pura y sin mancha; Vos sois la que entre todas las almas fuisteis llamada *su paloma*, y la única sin defecto alguno; Vos sois el huerto cerrado á toda imperfeccion y á toda culpa, y todo lleno de flores y de frutos de virtud. ¡Ah Reina y Madre mia! Vos que tan bella sois á los ojos de Dios, tened piedad de mi alma, que tan fea se ha hecho por sus pecados; y si en el tiempo pasado no he sido de Dios, ahora ya quiero ser suyo, enteramente suyo. Lo que me queda de vida quiero únicamente emplearlo en amar á mi Redentor, que me amó tanto hasta entregarse todo á mí. Alcanzadme ó dulcísima Madre mia, el que le sea siempre agradable, siempre fiel hasta la muerte. Asi lo espero: así sea.

DISCURSO SÉPTIMO.

El Verbo eterno de feliz se hizo atribulado.

—

Et erunt oculi tui videntes præceptorem tuum.

Y tus ojos estarán viendo siempre á tu doctor *(Is.* xxx, 20*)*.

Dice S. Juan, que todo cuanto hay en el mundo es concupiscencia de carne, concupiscencia de ojos, y soberbia de vida *(S. Juan, epist. 1.ª,* II, *16)*. He aquí las tres funestas pasiones de que está dominado el hombre después del pecado de Adan: amor de los placeres, amor de las riquezas, amor de los honores, de los cuales nace el orgullo. El Verbo divino para enseñarnos con su ejemplo la mortificacion de los sentidos, de feliz se hizo atribulado:

para enseñarnos el desprendimiento de los bienes terrenos, de rico se hizo pobre; y finalmente, para enseñarnos la humildad, de sublime se hizo humilde. De estos tres puntos hablarémos en los tres restantes dias de la novena. Hablemos hoy del primero. Vino nuestro Redentor á enseñarnos, durante su vida, mas con su ejemplo que con la doctrina que predicó, el amor á la mortificacion de los sentidos, y por esto de feliz que es y ha sido siempre desde la eternidad, se hizo atribulado. Véamoslo, y para mejor lograrlo supliquemos á Jesus y á Maria se dignen iluminarnos.

El Apóstol, hablando de la divina beatitud, llama á Dios el único bienaventurado, y solo poderoso *(ad Tim.* VI, *15)*. Y con razon; pues toda la felicidad que podemos gozar, no es mas que un mínimo destello de la felicidad infinita de Dios, en la cual hallan la suya los santos del cielo, al entrar en el mar inmenso de la bienaventuranza divina *(Mat.* XXV, *21)*. Esta es la gloria con que el Señor premia al al-

ma, al entrar en la posesion del reino del cielo.

Cuando Dios crió al hombre, no lo puso en la tierra para padecer, sino que lo colocó en un *paraiso de delicias* (Gen. II, 15), para que desde allí fuese después al cielo á gozar eternamente de la gloria de los bienaventurados: por desgracia el hombre con el pecado se hizo indigno del paraiso terrenal, se cerró las puertas del cielo, condenándose voluntariamente á la muerte y á la infelicidad eterna. Pero ¿qué es lo que hizo el Hijo de Dios para salvar al hombre de tanta ruina? De bienaventurado y felicísimo que él era, quiso hacerse afligido y atribulado: nuestro amabilísimo Redentor podia habernos redimido de la esclavitud del demonio sin padecer: bastaba para nuestra redencion, que hubiese ofrecido á Dios una sola gota de su sangre, una sola lágrima suya, para redimir no un mundo, sino mundos infinitos *(S. Thom. 2)*. Sin embargo, renunciando á todos los honores y á todos los

placeres, quiso mas bien llevar una vida llena de trabajos y oprobios (*Heb*. XII, *2*).

Bastaba, dice san Juan Crisóstomo, para la redencion del género humano cualquiera operacion del Verbo encarnado; pero no lo era para satisfacer cumplidamente el grande amor que tiene á los hombres. Como el que ama quiere asimismo verse correspondido, Jesucristo para atraerse nuestro afecto, quiso padecer mucho, y llevar una vida llena de penas y aflicciones, á fin de obligar con ello al hombre á que le correspondiese con mucho amor. Reveló el Señor á santa Margarita de Cortona, que en toda su vida no probó el mas mínimo consuelo sensible: y Jeremías compara sus aflicciones al mar por su grandeza (*Thren*. II, *15*): pues así como no hay gota alguna de sus aguas, que no sea muy amarga y salada; así tampoco Jesucristo no tuvo un solo instante de su vida, que no estuviese lleno de amargura y de afliccion. Por esto lo llamó con razon Isaías, *varon lleno de dolores* (*Is*. LIII), como si

él solo fuese capaz en este mundo para sufrir trabajos y aflicciones. Dice santo Tomás, que el Redentor no tomó sobre sí dolores poco intensos, sino al contrario, muy acerbos y agudos: como si dijese, que quiso ser el hombre mas afligido y angustiado que hubiese existido ó haya de existir jamás sobre la tierra.

El Verbo se hizo hombre, y nació precisamente para padecer y sufrir, y por esto tomó un cuerpo muy propio para ello. Al encarnarse, dice el Apóstol, se ofreció al Eterno Padre diciendo: «Vos habeis reusado aceptar los sacrificios de los hombres, porque no eran suficientes para aplacar vuestra divina justicia, irritada por sus muchas iniquidades: Vos me habeis revestido de un cuerpo, cual os habia yo pedido, delicado, sensible y muy propio para padecer: lo acepto gustoso y os lo ofrezco, para que sufriendo todos los dolores durante mi vida, y la muerte en la cruz, pueda aplacar así vuestra divina Majestad, y de este modo atraerme el

amor de los hombres (*ad Heb.* x, 5).

Así pues, luego que vino al mundo, empezó su sacrificio, pero de un modo diferente de los demás hombres. Los otros niños, al estar en las entrañas de sus madres no padecen, por estar en su lugar natural, y si padecen algun poco, á lo menos no lo conocen, pues están privados de entendimiento; pero el niño Jesus sufre por nueve meses la oscuridad de aquella cárcel; sufre la pena de no poder moverse, y conoce perfectamente cuanto padece. Por esto predijo Jeremías, que una mujer encerraria dentro de sus entrañas, no á un niño, sino á un hombre (*Jerem.* xxxi, 22): niño, sí, en cuanto á la edad, pero hombre perfecto en cuanto al uso de la razon; pues que en Jesucristo ya desde el primer instante de su vida estuvieron encerrados todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría (*ad Colos.* ii, 3). Por esto dice san Bernardo, que Jesus aun no nacido, era ya hombre, no por su edad, sino por su sabiduría (*Hom. sup. Missus.*):

y san Agustin, que era inefablemente sabio, y sabiamente infante. (*Serm. 27 de Temp.*)

Salió por fin de la cárcel del seno maternal, mas ¿á qué? ¿tal vez á gozar? No: salió á padecer mas; pues escogió para ello lo mas crudo del invierno, á la media noche, en una cueva que sirve de pesebre á los animales, naciendo con tanta pobreza, que ni hay fuego para calentarse, ni pañales con que guardarse del frio. Gran cátedra llama á este pesebre santo Tomás de Villanueva: y efectivamente que bien nos enseñó Jesucristo á padecer voluntariamente y con gusto desde el portal de Belen. Todo incomoda en un pesebre, dice el P. Salmeron; la vista sufre por no ver mas que piedras toscas y denegridas, el oido por no sentir mas que el mugido de los cuadrúpedos, el olfato por el hedor del estiércol, el tacto porque sirve de cuna un pesebre y la paja de colchon. Ved á este Dios niño que atado con las fajas, ni aun puede moverse: lo sufre, dice san Zenon,

por haber venido á pagar las deudas de los hombres. Y san Agustin exclama: «¡O felices pañales, por medio de los cuales son lavadas las manchas de nuestros pecados!» (*Ser. 9 de Tempore*) Vedlo como tirita de frio y como da vagidos; para darnos á entender con ello que sufre, y que presenta á su Eterno Padre sus primeras lágrimas para librarnos del llanto eterno que teníamos tan merecido. Felices lágrimas, dice santo Tomás de Villanueva, con las cuales quedan borradas nuestras iniquidades; lágrimas benditas que nos alcanzan el perdon de nuestros pecados.

Y así afligida y atribulada continuó siendo siempre la vida de Jesucristo. Poco tiempo después de nacido vióse ya obligado á huir errante á Egipto, para librarse de las manos de Herodes: allí, en aquel pais bárbaro, pasó algunos años de su niñez pobre y desconocido. Vuelto á su patria y habitando en Nazaret llevó una vida muy semejante á aquella, hasta que sufrió la muerte, clavado por manos de verdugos en una

cruz, sumergido en un mar de oprobios y de dolores. Es preciso comprender además, que los dolores que sufrió Jesucristo en su pasion, los azotes, la corona de espinas, la crucifixion, la agonía, la muerte, y todas las otras penas y aflicciones, todas las sufrió ya desde el principio de su vida; porque ya desde entonces se ofreció siempre á su vista la escena funesta de todos los tormentos que debia sufrir al terminar su mortal carrera, como lo habia predicho ya por David: *Siempre tengo presente mi dolor* (Psal. 37, 18). A los pobres enfermos no se les deja ver el hierro y el fuego, cuando es preciso atormentarles para que puedan curar de sus dolencias; pero Jesucristo no solo no quiso se le ocultasen los instrumentos de su pasion, con los cuales debia acabar su vida para alcanzarnos la eterna, sino que quiso tener siempre delante de sus ojos los azotes, la corona de espinas, los clavos y la cruz, instrumentos que debian hacerlo espirar falto de todo consuelo, y traspasado de

dolor. Para conformar á sor Magdalena de Orsini, que padecia de mucho tiempo una grande tribulacion, se le apareció un dia Jesucristo crucificado, y la animó con la memoria de su pasion á llevar con paciencia aquella cruz. Con cuya ocasion le dijo la sierva de Dios: «Pero Vos, Señor, solo estuvisteis tres horas sobre la cruz, y yo hace ya muchos años que padezco esta afliccion.» «No es así, le respondió entonces Jesucristo; pues que yo desde el primer momento que estuve en las entrañas de Maria, sufrí todo cuanto tuve que padecer después en mi muerte.» Jesucristo, dice Novarino, de tal manera tuvo impresa en su entendimiento la cruz, aun estando en las entrañas de Maria, que bien puede decirse, que apenas nacido empezó ya á traerla sobre sus espaldas. Por eso exclama el Drogon Ostiense: «¡O Redentor mio! no os encontraré ni puedo encontrar en otra parte que sobre el madero de la cruz.» Sí; porque la cruz en que murió Jesucristo, estuvo siempre delante

de sus ojos para atormentarle, y como dice Belarmino, aun durmiendo estaba oprimido su corazon por tener siempre presente su memoria.

Lo que mas afligió y conturbó durante su vida á nuestro amabilísimo Redentor, no tanto fueron los dolores de su pasion, cuanto el ofrecerse á sus ojos los pecados que aun después de su muerte cometerian los hombres. Estos fueron los crueles verdugos que lo tuvieron en continua agonía durante su vida, y que oprimieron siempre su corazon con tan amarga tristeza, que habrian bastado para acabar en cada momento con su vida de puro dolor. Escribe el P. Lesio, que el solo conocimiento de la ingratitud de los hombres habria sido mas que suficiente para hacer morir mil veces á Jesucristo de afliccion y dolor. Los azotes, la cruz, la muerte misma, ya no fueron para él objetos odiosos, sino queridos y deseados, como que él mismo se ofreció voluntariamente á sufrirlos (*Is.* LIII). Nuestro amantísimo Redentor no dió

su vida contra su voluntad, sino por propia eleccion, como nos lo expresó san Juan: *Yo*, dice, *doy mi vida por mis ovejas* (Joan. x, 15). Este fué su mayor deseo durante su vida, á saber, que llegase pronto el tiempo de su pasion, para cumplirse la redencion del género humano: y este fué el motivo de que dijese en la noche que precedió á su muerte: *Ardientemente he deseado celebrar con vosotros esta Pascua* (Luc. xxii, 15). Ya antes que llegase este tiempo, parece se consolaba diciendo: *Tengo que ser bautizado con un bautismo de sangre: ¡oh, cuanto deseo verlo cumplido!* (Luc. xii, 70.): mas este bautismo no debe servir para lavar mi alma, sino para lavar mis ovejas de la mácula de sus pecados; por eso anhelo mucho estar espirante sobre la cruz. Dice san Ambrosio, que no era lo que afligia al Redentor el temor de la muerte, sino la dilacion de nuestro rescate.

San Zenon, en un sermon que compuso sobre la pasion, considera que Jesucristo

eligió durante su vida el oficio de carpintero, y por tal fué reconocido (*Marc.* vi, 3), porque los carpinteros traen siempre entre manos maderas y clavos: y ejerciendo así un tal oficio, parece que se deleitaba en tales objetos, porque le representaban mejor los clavos y la cruz en que queria morir. (*Serm. de laud. pass.*) No fué la memoria de su pasion, sino la ingratitud con que pagarian los hombres su grande amor, lo que tan agudamente traspasó el corazon de nuestro amantísimo Redentor. Esta ingratitud le hizo llorar en el pesebre de Belen, le puso en una congoja de muerte, y hasta le hizo sudar sangre en el huerto de Getsemaní: esta le causó tal tristeza, que llegó á decir, que ella sola habria bastado para darle la muerte: esta ingratitud, finalmente, fué la que le hizo morir desolado y destituido de todo consuelo, sobre el árbol de la cruz; pues que Jesucristo, segun el P. Suarez, quiso mas particularmente satisfacer por la pena de daño debida por los hombres, que por la

pena de sentido: por eso fueron mucho mayores las penas interiores que sufrió el Señor, que todas las que sufrió en su cuerpo.

Nosotros con nuestros pecados contribuimos á hacer tan amarga y atribulada la vida de nuestro Salvador. Démosle, pues, gracias por su bondad, ya que nos da tiempo para reparar el mal que hicimos. Y ¿cómo debemos remediarlo? Sufriendo con paciencia y resignacion las penas y trabajos que se digna enviarnos para nuestro bien. Para practicar esto, él mismo nos indica el medio: *Esculpe sobre tu corazon*, nos dice, *la imágen de mi crucificado* (Cant. VIII, 6); como si nos dijese: considera el ejemplo que yo te dí, y medita los dolores que por ti he padecido, y así sufrirás con paz y consuelo las penas y trabajos que te envio. Dice san Agustin, que quiso enfermar este médico celestial, para curarnos á nosotros con su enfermedad. *(Serm. 9 de sanct.)* Ya habia dicho Isaías, que nosotros hemos sido cu-

tados con sus cardenales *(Is.* LIII*)*. Esta medicina, el padecer, era necesaria á nuestras almas enfermas por causa del pecado, y Jesucristo quiso beberla primero á fin de que no nos repugnase tomarla á nosotros, que somos los verdaderos enfermos: por esto, dice san Epifanio *(Serm.* XVIII *de verb. dom.)* que nosotros, para darnos á conocer por verdaderos discípulos de Jesucristo, debemos darle gracias, cuando nos envia penas y trabajos; porque tratándonos así, nos hace semejantes á él. San Juan Crisóstomo añade una cosa de grande consuelo; dice, que cuando nosotros damos gracias á Dios por los beneficios recibidos, hacemos lo que debemos; pero cuando soportamos con paciencia alguna pena por amor suyo, entonces podemos decir en cierta manera, que Dios nos queda deudor á nosotros. Si quieres amar á Jesucristo, dice san Bernardo, aprende de él mismo como debes amarle. *(Serm.* XX *in cant.)* Gózate en sufrir un poco por aquel Dios que tanto ha padecido por ti. El de-

seo de complacer á Jesucristo, y de darle á conocer su amor, era lo que traia sedientos á los santos, no de honores y riquezas, sino de desprecios y de penas. Esto hacia decir al Apóstol: *No permita Dios que me glorie, sino en la cruz de nuestro señor Jesucristo* (ad Gal. VI, 14): siendo un verdadero discípulo de un Dios crucificado, no ambicionaba otra gloria, que verse en cruz como su maestro. El mismo deseo hacia exclamar á santa Teresa: «Señor, ó padecer, ó morir:» como si dijese: ¡ó mi divino Esposo! si fuese vuestra voluntad traerme á Vos, disponiendo que muera, pronta estoy, y os doy las gracias por ello; mas si quereis dejarme por mas tiempo en este mundo, yo desconfio de mí misma, si estoy sin padecer: por esto os pido esta alternativa, ó padecer, ó morir. El mismo deseo hacia adelantarse á santa Maria Magdalena de Pazzis á decir: «¡O Señor! padecer, y no morir:» como si dijese: ¡ó mi Jesus! deseo el paraiso para amaros mejor; pero aun deseo

mas el padecer para compensar, á lo menos en parte, el grande amor que Vos me habeis demostrado, padeciendo tanto por mí. Y la ven. sor Maria Crucifija de Sicilia, era tanto lo que se gozaba en padecer, que llegaba á decir: «Sí, muy hermoso es el paraiso, pero falta en él una cosa, el padecer.» Este mismo deseo, finalmente, indujo á san Juan de la Cruz, en ocasion en que se le apareció Jesus con la cruz á cuestas, y le dijo: «Pídeme lo que quieras,» á pedirle no mas que penas y desprecios.

Si nuestra virtud no llega á tanto, para desear y regocijarnos con las aflicciones, procuremos á lo menos aceptar con paciencia aquellas tribulaciones que nos envia Dios para nuestro bien. Donde hay paciencia, dice Tertuliano, allí está Dios. Dadme una alma que sufra los trabajos con resignacion, y en ella ciertamente halláreis á Dios, pues *el Señor se complace en estar cerca de los atribulados* (Ps. 33, 19); de aquellos, se entiende, que sufren

con paciencia y se resignan á la divina voluntad: á estos hace Dios gustar la verdadera paz, la cual consiste, como dice san Leon, en conformar nuestra voluntad con la de Dios. La divina voluntad, nos dice san Buenaventura, es como la miel, que hace dulces y agradables las cosas, aun las mas amargas; y la razon es, porque quien logra todo cuanto quiere, no tiene mas que desear, como dice san Agustin. Por esto, el que enteramente se conforma con la voluntad de Dios, siempre está contento, pues que, no sucediendo jamás sino lo que Dios quiere, el alma alcanza siempre lo que desea.

Cuando Dios nos envia trabajos, no solo debemos conformarnos á su voluntad, sino tambien darle gracias; pues que esto es una prueba de que quiere perdonarnos nuestros pecados, y librarnos del infierno, que tenemos merecido. Quien ha ofendido á Dios debe ser castigado, y por esto debemos siempre suplicar á su divina Majestad, que nos castigue mas bien en esta

vida que en la otra. ¡Infeliz de aquel pecador, que lejos de ser castigado en este mundo, lejos de probar los infortunios, prospera en sus bienes y riquezas! Dios nos libre de aquella compasion, que dice Isaías debemos tener de los impíos (*Isa.* XXVI, *10*), de la cual san Bernardo suplicaba al Señor lo librase, porque es el mas terrible de los castigos: cuando Dios no castiga al pecador en esta vida, señal es que aguarda castigarlo en la otra, donde el castigo no tendrá fin. Dice san Lorenzo Justiniano, que al ver á un Dios muerto sobre la cruz, debemos considerar el grande don que nos ha hecho de su sangre, para redimirnos del infierno, reconociendo asimismo la malicia del pecado, que ha reducido á un Dios á morir para alcanzarnos el perdon (*De triumph. carit. c. 10*). Esta consideracion hacia exclamar á Drogon: «¡O Dios eterno! nada me espanta mas que el ver á vuestro Hijo castigado con una muerte tan cruel por causa del pecado!»

Al vernos afligidos por Dios con trabajos, debemos consolarnos, porque es una prueba de que quiere usar de misericordia con nosotros en la otra vida. La sola memoria de haber ofendido á un Dios tan bueno, dice san Juan Crisóstomo, debe, si le amamos, llenarnos mas de consuelo, cuando nos vemos afligidos y castigados, que si nos viésemos llenos de prosperidad y consuelos en esta vida. Tiene mas pena el amante al pensar que ha dado algun disgusto á la persona amada, que el mismo castigo que sufre por ello. Consolémonos, pues, en nuestras angustias y trabajos, y si las anteriores reflexiones no fuesen bastantes para nuestro consuelo, acudamos á Jesucristo, que él nos consolará, como lo tiene prometido: *Venid á mí*, nos dice, *todos cuantos os hallais agobiados con trabajos y aflicciones, que yo os aliviaré* (Math. XI, 28). Siempre que acudirémos al Señor, ó nos librará de la tribulacion que nos aflige, ó cuando menos nos dará fuerza para suportarla con

paciencia. Y esta gracia es aun mayor que la primera; pues que las tribulaciones sufridas con resignacion, á mas de servirnos para satisfacer en esta vida por nuestros pecados, nos merecen una gloria mayor y eterna en el cielo. Acudamos tambien, cuando nos hallemos afligidos y desconsolados, á Maria, que se llama la *Madre de misericordia*, la causa de nuestra alegría y el consuelo de los afligidos. Corramos á esta buena Señora, la cual, como dice Laspergio, no permite que se vaya alguno de sus piés triste y desconsolado. San Buenaventura dice, que Maria tiene por oficio compadecerse de los afligidos: y Ricardo de san Lorenzo añade, que el que la invoque, siempre la hallará pronta á auxiliarle. Y ¿quien es, concluiré con el B. Eutico, el que implorando su patrocinio haya sido abandonado?

AFECTOS Y SÚPLICAS.

Santa Maria Magdalena de Pazzis mandó á dos religiosas súbditas suyas, que en los dias de Navidad se quedasen á los piés del dulcísimo Niño en el pesebre para calentarle, dándole perennes alabanzas, tiernos afectos y amorosos suspiros, nacidos de sus corazones inflamados de amor. Hagamos nosotros otro tanto. Sí, os alabamos, ¡ó Jesus dulcísimo! alabamos vuestra misericordia infinita; alabamos vuestra infinita caridad que os da gloria en el cielo y en la tierra, y unimos nuestras voces á las de los ángeles diciendo: *Gloria os sea dada, ó Señor, en las alturas.* Os damos las mas rendidas gracias, y especialmente os las doy yo miserable pecador. ¿Qué seria de mí, qué esperanza podria tener yo de salud y de perdon, si Vos, ó Salvador mio, no hubieseis bajado del cielo para salvarme? Os alabo, pues; os doy gracias, os amo; ó mi dulcísimo

Jesus! Si; os amo mas que á toda otra cosa; os amo mas que á mi mismo; os amo con toda mi alma, y me entrego enteramente á Vos. Aceptad, Niño amabilísimo, estos actos de amor; y si son tibios, pues que salen de un corazon mas tibio aun, inflamad Vos este mi pobre corazon; corazon que os ofendió, pero que ya está arrepentido. Sí, dulcísimo Señor; siento y lloro con la mayor amargura, el haberos despreciado á Vos á quien debo tanto amor. Ya no deseo mas que amaros; solo esto os pido; concededme el que os ame, y en lo demás disponed de mí á vuestro gusto. Bastante tiempo he sido esclavo del infierno: ahora pues que estoy libre de tan infelices cadenas, me consagro todo á Vos. Sí; os consagro mi alma, mi cuerpo, mis bienes, mi vida, mi voluntad y mi libertad. Ya no quiero ser mas mio, sino pertenecer solo á Vos, que sois mi clementísimo Redentor. ¡Ah! atad á vuestros piés á este mi pobre corazon, á fin de que ya no se aparte mas de vuestra compañía.

Y Vos, Vírgen santísima, alcanzadme esta gracia; haced que yo viva siempre enlazado y atado con las dulces cadenas del amor hácia vuestro divino Hijo. Pedidle se digne aceptarme por esclavo de su amor: ya que concede cuanto Vos le pedís, suplicádselo, pues así lo espero, y confio seré oido.

DISCURSO OCTAVO.

El Verbo eterno de rico se hizo pobre.

Excutere de pulvere, consurgere, sede Jerusalem.

Álzate del polvo, levántate; toma asiento, ó Jerusalen (*Isa.* LII, 2).

Anímate, ó alma cristiana, te dice el Profeta; sacude de ti el polvo de los afectos terrenos; levántate del lodo en que miserablemente yaces encenegada; siéntate, siéntate, reina y domina sobre las pasiones que te ponen asechanzas para que no alcances la gloria eterna, y te exponen al peligro de una eterna ruina. Pero ¿qué debe hacer esta alma para alcanzarlo? Considerar é imitar la vida de Jesucristo, el cual siendo tan rico, que posee todas

las riquezas del cielo y de la tierra, se ha hecho pobre por nuestro amor. El que considere á Jesucristo hecho pobre por amor de los hombres, es imposible que no se mueva á despreciar todo lo terreno por amor de Jesucristo. Considerémosle pues, y para hacerlo con fruto, pidamos luz á Jesus y á Maria.

Cuanto hay en el cielo y en la tierra todo es de Dios: *Mia es la tierra,* dice el Señor por el profeta David, *y todo cuanto en ella se contiene.* Pero esto es poco, el cielo y la tierra no son el todo, sino una mínima parte de las riquezas de Dios. Dios es aquel rico, cuyas riquezas son infinitas, y que no le pueden faltar, porque no dependen de otros, sino que las posee en sí mismo, que es un bien infinito. Por esto le decia David: *Tú eres mi Dios, que no tienes necesidad de mis bienes* (Psal. 15, 2). Pues bien, este Dios siendo rico, se hizo pobre por nosotros, á fin de que fuésemos ricos nosotros pobres pecadores *(II. Cor.* VIII, *9).* ¡Un Dios hacerse pobre! y ¿por-

qué? Veámoslo. Los bienes de este mundo no pueden ser otra cosa que tierra y lodo, pero lodo que de tal manera ciega á los hombres, que no les deja ver ni conocer los verdaderos bienes. Antes de la venida de Jesucristo, el mundo estaba lleno de tinieblas, porque lo estaba de pecados. Todos los hombres habian viciado la ley y la razon; y solo se ocupaban en gozar de los placeres de esta vida, descuidando enteramente los bienes eternos; pero la divina Misericordia dispuso que bajase el mismo Hijo de Dios, para iluminar á estos hombres obcecados, y con esto amaneció el dia á los que moraban en la sombría region de la muerte (*Is.* IX, 2).

Jesus fué con razon llamado la luz de las gentes, luz que brilla en medio de las tinieblas. Ya anteriormente nos habia prometido el Señor hacerse nuestro maestro, y maestro visible á nuestros ojos, para enseñarnos el camino de la salvacion, que es la práctica de las santas virtudes, especialmente la pobreza. Pero este maestro

debia enseñarnos, no solo con su palabra, sino principalmente con el ejemplo de su vida. Dice san Bernardo, que la pobreza no se hallaba en el cielo, y sí solo en la tierra; pero el hombre no conocia su precio y por esto no la buscaba. Mas el Hijo de Dios al bajar del cielo á la tierra la eligió por inseparable compañera de toda su vida, para que con su ejemplo nos fuese preciosa y agradable. *(Ser 4 in vig. Nati.)* He aquí porque nuestro Redentor ya desde el principio de su vida se constituyó maestro de pobreza en la cueva de Belen, que por esto la llama san Bernardo *escuela de Cristo*, y san Agustin *cueva maestra.*

A este fin, dispuso Dios que se publicase el edicto del César, para que naciese el Hijo, no solo pobre, sino el mas pobre de todos los hombres, lejos de su propia casa, y en una cueva que servia de albergue á los animales. Los otros pobres, naciendo en su propia casa, gozan alguna comodidad, pues tienen á lo menos pañales, fuego, y asistencia cuando menos de

personas, que los socorren por compasion. ¿Qué hijo nació jamás en un pesebre, por mas pobres que fuesen sus padres? En los pesebres apenas nacen las bestias. Como sucedió esto, lo refiere san Lucas: *Llegó*, dice, *la hora del parto;* José va por Belen en busca de un lugar decente donde alojar á su castísima esposa. Va á la posada, *y no hubo lugar para ellos*. Vióse, pues, obligada Maria á refugiarse en una cueva en la cual habia dos animales, y en ella dió á luz al Salvador del mundo. Cuando nacen los hijos de los príncipes todo se dispone de antemano, para que nada falte ni al recien nacido ni á su madre, siendo luego asistidos de los primeros nobles, y de las mas distinguidas damas del reino; pero al rey del cielo, en vez de una habitacion adornada y caliente, le toca una cueva húmeda y vestida de yerba; en vez de colchones de pluma, solo tiene para recostarse un poco de paja; en vez de delicados paños, pañales groseros, húmedos y frios. Al Criador de los

ángeles, dice san Pedro Damian, no leemos se le envolviese con púrpura, sino con los mas bastos pañales. Avergüéncese la mundana soberbia, al ver resplandecer tanto la humildad del Salvador. En vez de lo necesario para calentarse y de la asistencia de los grandes, apenas tiene el hálito y compañía de dos animales; en vez, finalmente, de una cuna preciosa, tiene un vil pesebre. ¡Cómo! dice san Gregorio Niceno, ¿el Rey de los reyes, que llena el cielo y la tierra, no halla otro lugar en que nacer que un pesebre de animales? Sí; porque este Rey de reyes quiso nacer pobre, y el mas pobre de todos los hombres por nuestro amor. Los niños de los pobres tienen á lo menos bastante leche con que saciarse, pero hasta en esto quiso ser pobre Jesucristo, pues que la leche de Maria era una leche milagrosa, de la cual era provista, no por la naturaleza, sino del cielo, como nos dice la Iglesia: *Virgo lactabat ubere de cœlo pleno.* Y Dios para complacer al deseo de su Hijo, que

queria ser el mas pobre de todos los hombres, no proveyó á María de leche abundante, sino solamente de la que apenas bastaba para sustentar la vida del Hijo, como nos lo dice tambien la Iglesia: *Modico lacte pastus est.*

Jesus, como hemos visto, nació pobre, y quiso continuar viviendo pobre toda su vida, y no solo pobre sino aun mendigo; pues que la palabra *egenus* de que usa san Pablo, en idioma griego significa *mendigo*; así es que dice Cornelio á Lápide, que es evidente que Jesucristo no solo fué pobre, sino tambien mendigo: *Patet Christum non tantùm pauperem fuisse, sed etiam mendicum.* Nuestro amantísimo Redentor, despues de haber nacido tan pobre, vióse sin embargo obligado á huir á Egipto. San Buenaventura considerando este viaje, se compadece de la pobreza de María y de José, que viajaban pobres por un camino tan largo, con el santísimo Niño, que tuvo que sufrir mucho por su pobreza. ¿Cómo lo hacian, dice el Santo, pa-

ra alimentarse? cuando la noche ¿donde descansaban? ¿quien era el que los hospedaba? Pero ¿y de qué otra cosa podian alimentarse, sino de un poco de pan, y aun este duro? y en la noche, ¿dónde podian alojarse en aquel desierto, sino sobre el duro suelo y debajo de algun árbol? ¡Oh! el que hubiese encontrado en aquel camino á estos tres grandes peregrinos, ¿qué es lo que hubiera pensado de ellos, sino que eran tres miserables mendigos? Llegan á Egipto, y allí, fácil es considerar, siendo ellos tan pobres y forasteros, sin parientes y sin amigos, la suma pobreza que deberian sufrir durante los siete años que permanecieron en aquel pais. San Basilio dice, que en Egipto José y Maria con su trabajo apenas ganaban lo mas necesario para vivir: y Landolfo de Sajonia escribe, que el niño Jesus, oprimido por el hambre, pediria tal vez á Maria un poco de pan, sin que su santísima Madre pudiese dárselo (*In vita Christi cap.* XIII).

De Egipto vuelven otra vez á la Palestina y residen en Nazaret: tambien aquí continua Jesucristo haciendo una vida pobre. La casa donde moraba era pobre, y pobre tambien su menaje: tal fué la habitacion que escogió el Criador del universo, dice san Cipriano. *(Serm.* I *de Nat.)* En ella vivia como pobre, ganando su vida con el sudor de su rostro, y como los artesanos y sus hijos, pues como á tal era reputado y tenido por los judíos, los cuales decian; *¿no es este hijo de un artesano?* (Math. XIV, 55.) Salió, finalmente, el Redentor á predicar, y en estos tres últimos años de su vida aun es mas pobre que antes, pues que vive de limosnas. Por eso dijo á cierto hombre, que le queria seguir para vivir con mas comodidad: *Las zorras tienen sus madrigueras, y las aves del cielo sus nidos; mas el Hijo del hombre no tiene sobre que reclinar su cabeza* (Math. VIII, 20). Como si le dijese: ¡O hombre! si con seguirme esperas mejorar tu condicion, vas engañado, pues he venido á la

tierra á predicar la pobreza, por cuyo motivo he querido ser mas pobre que las zorras y las aves; pues estas tienen sus madrigueras y sus nidos; pero yo no tengo en este mundo ni aun donde pueda reclinar mi cabeza; y tales quiero tambien que sean mis discípulos. ¿Crees, dice Cornelio á Lápide comentando el citado texto, crees aumentar tus bienes viniendo en pos de mí? Vas errado; porque yo, como que soy maestro de perfeccion, soy pobre, é igualmente pobres quiero que sean mis discípulos; pues que, como dice san Gerónimo, *los verdaderos siervos de Jesus nada tienen, y nada desean tener, sino á este dulcísimo Redentor*. En una palabra, pobre vivió Jesucristo, y pobre murió, en términos, que fué preciso que José de Arimatea cediese un sepulcro para enterrarle, y otros diesen de limosna una sábana, para que le sirviese de mortaja.

Al considerar el cardenal Hugo la pobreza, los desprecios y las penas á que quiso sujetarse nuestro amantísimo Reden-

tor, dice: «Parece que Dios enloqueció por amor de los hombres; pues quiso padecer tantas miserias para alcanzarles los tesoros de la gracia divina, y de la bienaventuranza eterna.» Y ¿quien era capaz de creer que, siendo Jesucristo dueño de todas las riquezas, quisiese hacerse tan pobre; que siendo Señor de todos los hombres, quisiese hacerse su esclavo; que siendo rey del cielo, quisiese padecer tantos desprecios, y que siendo feliz en sí mismo, quisiese sufrir tantas penas? Hay, es verdad, en la tierra príncipes caritativos, que emplean gustosos sus riquezas en socorrer á los pobres; pero jamás se ha visto á un rey, que haya llegado hasta el extremo de hacerse mas pobre que ellos por su amor, como lo hizo Jesucristo. Se refiere como un prodigio de caridad lo que hizo el rey san Eduardo, que viendo junto á un camino á un pobre mendigo, que no podia moverse y estaba abandonado de todos, este príncipe lo tomó afectuosamente sobre sus espaldas, llevándole á la

iglesia. Fué este un acto heróico de caridad que admiró á los pueblos ; sin embargo , san Eduardo no por esto dejó de ser rey , y continuó rico como antes. Pero el Hijo de Dios , el rey del cielo y de la tierra , para salvar á la oveja perdida , que era el hombre ; no solo bajó del cielo á la tierra para buscarla , no solo se la cargó sobre sus espaldas , sino que se despojó de su majestad , de sus riquezas y de sus honores , y se hizo pobre , y aun el mas pobre entre todos los hombres. Dice S. Pedro Damian que nuestro dulcísimo Redentor ocultó la púrpura , esto es su majestad divina , bajo el vestido de un miserable aprendiz de carpintero : y san Gregorio Nacianceno , que el que da las riquezas , quiso ser pobre , no para procurarnos á nosotros las riquezas viles y perecederas de este mundo , sino las divinas , que son inmensas y eternas ; procurando con su ejemplo apartar de nosotros el afecto de los bienes terrenos que va acompañado de un peligro inminente de nuestra eterna

ruina. Se refiere en la vida de san Juan Francisco de Regis, que su meditacion ordinaria era sobre la pobreza de Jesucristo.

Dice Alberto magno, que Jesucristo quiso nacer en un pesebre, y expuesto en un camino público, por dos fines: el uno para hacernos comprender mejor, que en este mundo todos somos peregrinos, y estamos solo de paso, como nos lo dice tambien san Agustin. El que viaja ciertamente no pone el afecto en el lugar en que se aloja, pensando que dentro de poco lo ha de dejar. ¡Ah, si los hombres meditasen continuamente que solo son viajeros en la tierra, y que están de tránsito para la eternidad, no pondrian tanto apego á estos bienes terrenos con peligro de perder los eternos! El otro fin, dice Alberto Magno, es para enseñarnos con su ejemplo á despreciar al mundo, que no tiene riquezas tales, que puedan llenar nuestro corazon. El mundo procura inducir á sus secuaces á que pongan su felicidad en el goce de las riquezas, de los placeres y de

los honores; pero *este mundo falaz fué condenado por el Hijo de Dios al hacerse hombre* (Joan. XII, 31). Esta sentencia contra el mundo empezó á darse, como dicen san Anselmo y san Bernardo, en el pesebre de Belen. En él Jesucristo quiso nacer tan pobre para enriquecernos con su pobreza, esto es, para enseñarnos con su ejemplo á arrancar de nuestro corazon el afecto de los bienes terrenos, y ponerlo en las virtudes y en su santo amor. Enseñó Jesucristo, dice Casiano, una cosa nunca vista, á saber, á amar lo que el mundo desprecia, quiero decir, la pobreza.

Por esto los santos, á ejemplo del Salvador, lo abandonaron todo para seguir pobres á Jesucristo. San Bernardo dice, que la pobreza de Jesucristo es sin comparacion mucho mas rica, que todos los tesoros de este mundo: *(Serm.* v, *in vig. nat.)* pues que nos trajo á nosotros muchos mas bienes que él no encierra, moviéndonos á alcanzar las riquezas del cielo con el desprecio de las caducas de la

tierra. Por esto san Pablo miraba como basura todas las cosas comparadas con la gracia de Jesucristo: por esto san Benito, en la flor de su juventud, deja las comodidades de su casa paterna, y se va á vivir en una cueva, sustentándose solamente con un poco de pan, que por caridad le enviaba un monje romano: por eso un san Francisco de Borja abandona todas sus riquezas, y se va á vivir pobre en la Compañía de Jesus: por eso un san Antonio Abad vende todo su rico patrimonio, distribuye su precio á los pobres, y se va á vivir á un desierto: por eso, finalmente, un san Francisco de Asís renuncia á favor de su padre todas las cosas, hasta la camisa, para vivir mendigo durante toda su vida.

Quien anhela riquezas terrenas, decia san Felipe Neri, no será santo: pues no cabe el amor divino en aquel corazon que está lleno de tierra. Este era un requisito necesario, y el que mas deseaban los antiguos monjes en los que venian á pre-

sentárseles para ser admitidos en su compañía. Y al preguntarles, ¿si estaban enteramente desprendidos de los afectos terrenos? era como si les dijesen: sabed que á no ser así, jamás podréis entregaros exclusivamente á Dios; pues que, como dice Jesucristo, *allí estará vuestro tesoro, donde esté vuestro corazon* (Math. VI, 21): advirtiendo, que debe entenderse por el tesoro de cada uno, aquello que mas aprecia y estima. Habiendo muerto en cierta ocasion un rico, que se condenó, san Antonio de Padua publicó desde el púlpito su condenacion, y dijo en prueba de ello, que fuesen á ver el lugar donde tenia su dinero, y que en él hallarian tambien su corazon. Hiciéronlo así, y hallaron realmente el corazon de aquel infeliz, caliente todavía, en medio de su dinero. Dios no puede ser el tesoro de aquella alma que está pegada á los bienes terrenos; por esto le suplicaba David que *le concediese un corazon puro* (Psal. L), esto es, desapegado de los efectos terrenos. Purgad tam-

bien, ó Señor, el corazon mio de los afectos mundanos, á fin de que pueda decir, que: Vos *solo sois el Dios de mi corazon, y para siempre mi única riqueza* (Ps. 72, 26). Por esto el que de veras quiera santificarse, es preciso que arroje de su corazon cuanto no sea Dios. ¿Qué tesoros, qué bienes, qué riquezas son las mundanas? ¿para qué sirven, si no son capaces de llenar nuestro corazon, y si á mas tienen que dejarse tan presto? Atesoremos mas bien riquezas y bienes en el cielo, que ni consumirán el orin ni la polilla, y que nadie podrá quitarnos *(Matth.* VI, *19).*

¡Oh, cuan inmensos son los bienes que prepara Dios en el cielo á los que le aman! ¡Oh, qué tesoro es la gracia de Dios, y el amor divino para los que lo conocen! *En mi mano*, dice la Sabiduría, *están las riquezas, y la gloria, y la opulencia, y la justicia... para enriquecer á los que me aman, y henchir sus tesoros* (Prov. VIII, 18). Dios contiene y trae en sí mismo la riqueza y el galardon, dice Isaías *(*LXII, *11).*

Dios solo es en el cielo todo el premio de los bienaventurados, basta él solo á hacerlos felices y contentos. Pero, para amar mucho á Dios en el cielo, es preciso haberlo amado antes mucho en la tierra; y con el mismo amor con que lo amarémos al terminar nuestra vida, con el mismo seguirémos amándolo después eternamente en la gloria. Y si quisiésemos asegurarnos de que no nos apartarémos ya mas de este sumo bien, estrechémoslo siempre mas y mas con los lazos de nuestro amor, diciendo con la sagrada Esposa de los Cantares: *Hallado hé al que adora mi alma, le he asido y no le soltaré* (Cant. III). Mas ¿cómo estrecha la esposa á su amado? Con los brazos del amor, responde Guillermo, en el citado texto. *Sí*, dice san Ambrosio: *Dios se hace atar* de nosotros *con lazos de amor* (In psal. 118, serm. 7). Feliz, pues, el que pueda decir con san Paulino: *Que se gocen enhorabuena los ricos en sus riquezas, y los reyes en sus reinos: yo no quiero mas riquezas que á Cristo, ni mas*

reino que su amor : y con san Ignacio : *Señor, concededme vuestro amor, y vuestra gracia, y me tendré por bastante rico* (san Ignacio en sus ejercicios). Sí, Señor, dadme vuestra gracia, y vuestro santo amor, haced que yo os ame y sea amado de Vos, y seré rico de sobras; ya no desearé nada mas, ni tendré mas que desear. *No le da pena*, dice san Leon, *el estar en la mayor indigencia al que posee todas las cosas en el Señor* (Serm. 4 in quadrag.) Acudamos tambien con frecuencia á la divina Madre, y procuremos amarla mas que á otra cosa alguna después de Dios; pues que ella nos asegura *que enriquece de gracias á todos aquellos que la aman.*

COLOQUIO.

¡O mi amado Jesus! inflamadme con vuestro santo amor, ya que para esto bajasteis á la tierra. Es verdad que habiéndoos ofendido yo después de haberme comunicado tantas luces y gracias especia-

les, me he hecho tan miserable, que no merezco abrasarme en aquellas dulces llamas en que arden los santos; antes mereceria abrasarme en el fuego del infierno. Mas hallándome todavía fuera de aquella cárcel horrorosa, que tan merecida tengo, os oigo que, vuelto hácia mí, me decís: *Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon*. Os doy gracias, ó Dios mio, de que me renoveis este dulce precepto; y ya que me mandais que os ame, quiero obedeceros y amaros con todo mi corazon. ¡O Señor! bien veo que os he sido desagradecido hasta el presente, y que he sido un ciego, pues que me he olvidado del grande amor que me habeis tenido. Pero ahora, que de nuevo me iluminais, y me haceis conocer lo mucho que habeis hecho por mi amor; ahora que pienso, que os habeis hecho hombre por mi, y habeis cargado sobre Vos mis miserias; ahora que os veo recostado sobre la paja, tiritando de frio y dando vagidos por mí, ¡ó mi divino Niño! ¿cómo podré vivir ya sin

amaros? ¡Ah! perdonadme, ó Amor mio, tantos disgustos como os he dado. ¡O Dios! ¿cómo es posible que sabiendo por la fe cuanto habeis padecido por mí, haya podido ofenderos tantas veces? Pero estas pajas que os punzan, este vil pesebre que os sirve de cuna, estos tiernos vagidos que dais, y estas amorosas lágrimas que derramais por mí, me hacen esperar firmemente el perdon, y la gracia de amaros en lo que me queda de vida. Os amo, ó Verbo encarnado; os amo, ó Niño divino, y me entrego á Vos sin reserva. Por las penas que padecisteis en el pesebre de Belen, recibid, ó Jesus mio, á este miserable pecador, que quiere amaros. Ayudadme y concededme la perseverancia, pues todo lo espero de Vos. ¡O Maria! ó grande Madre de tan grande Hijo, y de él la mas amada, rogádselo por mí.

—

DISCURSO NONO.

El Verbo eterno de sublime se hizo humilde.

Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde.

Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon (*Math.* XI, 29).

La soberbia fué la primera causa de la caida de nuestros primeros padres, los cuales por no sujetarse à la obediencia divina, se perdieron á sí mismos, juntamente con todo el género humano. Pero la misericordia divina para remediar un tan grande daño, dispuso que su Unigénito se humillase hasta tomar carne humana, é indujese al hombre con el ejemplo de su vida á prendarse de su santa humildad,

y á detestar la soberbia, que nos hace odiosos á Dios y á los hombres. Por esto nos invita san Bernardo á visitar la cueva de Belen, con estas palabras: *pasemos á Belen, pues allí hallarémos que admirar, que amar, y que imitar*. Primeramente en aquella cueva hallarémos *que admirar*. Mas ¡qué! ¡un Dios puesto en un pesebre! ¡un Dios recostado sobre la paja! Pero ¡cómo! ¡aquel Dios que está sentado en un trono de majestad el mas sublime y elevado del cielo, como lo vió Isaías (VI, 1) verlo colocado en un pesebre, desconocido y abandonado hasta tal punto, que solo tiene á su alrededor dos animales y algunos pobres pastores! Bien hallarémos allí en quien *poner nuestro afecto*, hallando un Dios que, aunque infinito, ha querido abajarse hasta ofrecerse al mundo, como un pobre niño, para hacérsenos mas grato y amable, como decia el mismo san Bernardo: *quantùm pro me vilior, tantùm mihi carior*. Hallarémos finalmente *que imitar* en el supremo Rey del cielo, hecho

humilde, pequeñito y pobre niño, que ya en aquella cueva desde su niñez quiere empezar á enseñarnos con su ejemplo lo que deberá predicarnos después con su voz. Clama con el ejemplo, dice el citado san Bernardo, lo que después ha de enseñar de palabra: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon*. Para lograrlo, imploremos las divinas luces de Jesus y de María.

¿Quien no sabe, que Dios es el primero y el supremo noble, del cual depende toda dignidad y nobleza? Él es de una grandeza infinita: él no depende de nadie, pues que no ha recibido su grandeza de otro alguno, sino que siempre la ha gozado en sí mismo. Él es el Señor de todo, al cual obedecen todas las criaturas. *El mar y los vientos le obedecen*, se lee en san Mateo (VIII, 27). Así que justamente, dice el Apóstol, que *solo á Dios es debido el honor y la gloria* (Thim. I, 17). Mas el Verbo eterno, para remediar la desgracia en que habia caido el hombre, perdido por su so-

berbia, así como le dió un ejemplo de pobreza, que es lo que consideramos ya en el pasado discurso, para desprenderle de los bienes mundanos, así quiso tambien darle un ejemplo de humildad para librarle de la soberbia. Y en esta parte el primero y mayor ejemplo de humildad que pudo darle fué el hacerse hombre, y revestirse de nuestras miserias: *y hallado en la condicion como hombre* (Philip. II, 7). Dice Casiano, que así como el que se pone la capa de otro, bajo ella se esconde; así Dios ocultó su divina naturaleza bajo el humilde vestido de la carne humana: y san Bernardo añade, que se ocultó la majestad divina para tomar nuestra naturaleza, y se juntasen Dios y el barro de que estamos formados en una sola persona, para hacer alianza la majestad y la flaqueza, y tanta vileza con tanta sublimidad *(Serm. 3 in vig. Nat.)* Mas ¡ó portento! ¡un Dios unirse al barro! ¡la grandeza á la miseria! ¡la sublimidad á la vileza! Sin embargo no debe causarnos tan-

la admiracion el que haya querido Dios hacerse criatura, como el que haya tomado la forma de pecador, revistiéndose de una carne semejante á la de pecado *(Rom. III, 8)*.

Y aun no se contentó el Hijo de Dios con hacerse hombre y con tomar la forma de pecador, sino que quiso tambien traer una vida la mas humilde y baja entre los hombres: de manera que llegó á llamarlo Isaías el mas humillado entre todos ellos. *Novissimum virorum* (Is. III, 3): y Jeremías habia predicho, que *seria saciado de oprobios y de ignominias* (Thr. III, 30): y David añade, que *seria el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe* (Salm. 120): por esto quiso nacer Jesucristo en un lugar el mas vil, y en un estado el mas pobre que pueda imaginarse. ¡Qué oprobio no seria para un hombre, aunque fuese pobre, el haber tenido que nacer en un establo! ¿quien nace en un lugar semejante? Los pobres nacen á lo menos en sus cabañas, pero no en los es-

tablos, en los que solo nacen las bestias y los gusanos: y como uno de ellos quiso nacer el Hijo de Dios. En efecto, *con tal humildad quiso nacer el Rey del universo,* dice san Agustin, *para hacernos ver en su humildad misma su majestad*, y su gran poder en hacer con su ejemplo amantes de la humildad á aquellos hombres que nacen todos llenos de soberbia (*Lib.* II *de Symb. 5*).

Anunció un ángel á los pastores el nacimiento del Mesías, y todas las señales que les dió para hallarlo y reconocerlo fueron señales de humildad. *Aquel niño,* les dijo, *que hallaréis en un establo, puesto entre pañales,* y *recostado* sobre paja *en un pesebre,* es vuestro Salvador (*Luc.* II). Tales son las señales que para ser hallado da aquel Dios, que viene á destruir la soberbia de los hombres. Y la vida que llevó después Jesucristo en Egipto, cuando vivió desterrado en aquel pais, ¿no fué por ventura conforme á su humilde nacimiento? Durante los años de su perma-

nencia en aquel pais, ¿no vivió como extranjero, como pobre y desconocido entre aquellos bárbaros, y sin que nadie le conociese, ni hiciese de él el menor caso? Vuelto á la Judea, su vida fué muy semejante á la que habia llevado en Egipto; pues hasta la edad de treinta años vivió en una tienda, creido por todos hijo de un artesano, haciendo el oficio de simple obrero, pobre, desconocido é ignorado de todos. En aquella pobre familia *no habia criados ni criadas, porque todos eran criados y señores*, dice san Pedro Crisólogo: uno solo habia que podia llamarse criado en aquella casa, y este era el Hijo de Dios, que quiso hacerse hijo del hombre, esto es, de Maria, para hacerse humilde criado, y obedecer á un hombre y á una mujer. *Et erat subditus illis*: y les estaba sumiso (*Luc*. II, 25).

Después de haber pasado treinta años en una vida oscura y desconocida, llegó finalmente el tiempo en que nuestro divino Salvador debia presentarse en público

á predicar la celestial doctrina, que habia venido á enseñarnos: y por esto fué preciso diese á conocer quien era, y se presentase como el verdadero Hijo de Dios. Pero ¡ó Dios mio! ¡y cuan pocos fueron los que le reconocieron por tal, y le honraron como merecia! A excepcion de algunos discípulos que le siguieron, todos los demás, lejos de honrarlo, lo despreciaron como un hombre vil y un impostor: y por desgracia se cumplió entonces de un modo particular la profecía del santo viejo Simeon: *este niño está destinado para ser el blanco de la contradiccion* de los hombres *(Luc.* II*)*; porque en todo fué contradicho, y despreciado: lo fué en su doctrina, pues que manifestando que era Hijo de Dios, fué tenido por un blasfemo, y como tal juzgado digno de muerte en el tribunal de Caifás *(Joan.* IX, *22)*: lo fué en su sabiduría, pues que fué tenido por loco y falto de juicio *(Joan.* X, *20)*: lo fué en sus costumbres, pues fué creido voraz y borracho, y amigo de hombres de mala

vida (*Luc.* VII, *34*): fué tenido además por brujo y calumniado de tener trato con los demonios (*Mat.* IX, *34*): fué tenido por hereje y endemoniado (*Joan.* VIII, *48*): fué denunciado como seductor (*Ibid.* XXVII, *6*): y en fin, fué acusado por el público de Jerusalen, en el dia de su pasion, de ser un hombre tan malvado, que no era necesario formarle proceso para condenarle á muerte de cruz, como dijeron los judíos á Pilatos (*Joan.* XVIII, *90*).

Llegó por fin el Salvador al término de su vida y á la hora de su pasion, en la que ¡ó santo Dios! ¡cuantos desprecios y vilipendios no tuvo que sufrir! Fué vendido y entregado por uno de sus discípulos por el ínfimo precio de treinta dineros de plata, precio inferior al que se estima una bestia: fué negado repetidas veces por otro discípulo: fué conducido por las calles de Jerusalen atado como un malhechor, abandonado de todos, hasta de sus mismos discípulos: en el tormento de los azotes fué considerado como vil esclavo:

fué abofeteado públicamente, y tratado de loco por Herodes, quien para esto le hizo vestir con una vestidura blanca. *Lo despreció como un ignorante*, dice san Buenaventura, *porque no le respondió* á ninguna de sus muchas preguntas, y *como un mentecato, porque no se defendió.* Fué tratado como un rey de burla por los soldados que le pusieron en las manos una caña en lugar de cetro, un andrajoso pedazo de púrpura sobre sus espaldas en lugar de manto real, y una corona de espinas en la cabeza en lugar de diadema; y luego burlándose de él, le saludaron diciendo: *Dios te salve, Rey de los judíos*, y le cubrieron su cara de bofetones é inmundicias (*Matth.* XXVII; *Joan.* XIX). Quiso, finalmente, morir Jesucristo; pero ¿con qué muerte? Con una muerte la mas ignominiosa, cual era la de cruz (*Phil.* II, *8)*. Los que morian ajusticiados en una cruz, eran tenidos por los mas viles é infames entre los reos: *Maldito el que está pendiente en una cruz* (ad Gal. III, 13): así

era que el nombre de un crucificado quedaba para siempre maldito é infamado. Por esto escribia el Apóstol, que *Jesucristo se hizo por nosotros objeto de maldicion (Ib.* III). Y comentando san Atanasio estas palabras, dice: *que quiso Jesucristo tomar sobre sí una tal maldicion, para salvarnos á nosotros de la maldicion eterna. Pero ¿donde, ó Señor*, exclama santo Tomás de Villanueva, *donde está vuestra majestad y vuestra gloria en medio de tanta ignominia?* Y luego responde: que *no hay para que buscarlas, pues que Dios padeció un éxtasis.*(Serm. de transfig.) Con cuyas palabras quiso decirnos el Santo, que no hay para que buscar gloria y majestad en Jesucristo, habiendo venido á darnos ejemplo de humildad, y á manifestarnos el grande amor que tiene á los hombres, amor que lo ha hecho como salir de sí.

Los gentiles referian de Hércules, que para manifestar el amor que tenia al rey Augios, se puso á cuidar de sus caballos: y del Dios Apolo, que, por lo mucho que

amaba al rey Admeto, se encargó de guardar sus ganados. Estas cosas no son mas que ficciones; pero la fe nos enseña que Jesucristo, verdadero hijo de Dios, se humilló por amor nuestro hasta nacer en un pesebre, y á llevar una vida la mas abatida, y á morir ajusticiado en un patíbulo infame. *¡O gracia, ó fuerza invencible del amor!* exclama san Bernardo, *¿es posible que hayas obligado al Señor de todas las cosas á que se hiciera el menor de todas ellas?* (Serm. 64, in cant.) *¿Quien es el que ha podido hacer todo esto?* continua el mismo Santo. *¡Ah! el amor, el invencible amor es el que ha logrado triunfar del mismo Dios.* (Serm. 84, in cant.) En efecto, el amor no se para en dignidades, cuando se trata de ganar el afecto de la persona amada: y por esto Dios, que jamás puede ser vencido por nadie, sin embargo, lo ha sido por el amor, que le ha reducido á hacerse hombre, y á sumergirse por el que tenia á los hombres en un mar de desprecios y de dolores, y *á anonadarse á*

sí mismo, como concluye el mismo santo Doctor, *para hacer conocer al hombre, que fué el amor el que rebajó al nivel del hombre tan eminente altura.* Porque, ¿qué mayor altura que la del divino Verbo, que para hacer conocer al hombre el amor que le tenia, se humilló, y por decirlo así, se anonadó? De ningun otro modo, dice san Gregorio Nacianceno, podia manifestársenos mejor el amor divino, que humillándose á sufrir las mayores miserias é ignominias que padecen los hombres en este mundo. *(Lib.* II, *de Incarn. hom.)* Y Ricardo de san Victor añade, que, habiendo tenido el hombre la avilantez de ofender la majestad de un Dios infinito, fué necesario, para expiar su delito, que interviniese una humillacion tambien infinita *(Lib. de Incarn. c. 8)*; pero cuanto mas se ha humillado nuestro Dios, añade S. Bernardo, tanto mas grandes se han presentado las riquezas de su bondad y de su amor.

Así pues, cuando se ha humillado tanto un Dios por el amor con que ama al

hombre, ¿tendrá este todavía repugnancia en humillarse por amor de Dios? *Llenaos*, exclama san Pablo *(Phil.* II, *5), de los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo*; pues no merece el nombre de cristiano el que no es humilde, y no procura imitar la humildad de Jesucristo, quien, como dice san Agustin, bajó humilde al mundo, para abatir la soberbia. Sí, la soberbia del hombre fué la principal enfermedad que obligó á este celestial médico á bajar del cielo, la que le colmó de ignominias, y le hizo morir clavado en una cruz. Avergüéncese, pues, el hombre de ser soberbio, á lo menos cuando fija la vista en un Dios, que, para curarlo de un mal tan grande, hasta tal extremo se humilló *(Enarr.* II, *in psal.* XVIII, *n. 15)*. Y san Pedro Damian escribe, que quiso abajarse tanto para levantarnos de la hediondez de nuestros pecados, y colocarnos juntamente con los ángeles en el grande reino del paraiso *(Psal. 12, 7)*. San Hilario añade, que su humildad es nuestra no-

bleza. (*Lib.* II, *de Trinit.*) ¡O inmensidad del amor divino! continua diciendo san Agustin: un Dios viene del cielo por amor del hombre á sufrir voluntariamente desprecios, para hacerle partícipe de su honor; viene á padecer dolores para darle la salud; viene á morir para alcanzarle la vida.

Eligiendo para sí Jesucristo un nacimiento tan humilde, una vida tan oscura, y una muerte tan ignominiosa, ennobleció é hizo amables los desprecios y los oprobios. Por esto los santos han sido tan ávidos en este mundo y amantes de las ignominias, que parece no se proponian ni anhelaban mas que ser despreciados y hollados por amor de Jesucristo. A la venida del Verbo en la tierra se cumplió puntualmente lo que babia predicho Isaías: que *en las cuevas que antes eran guarida de dragones, naceria la verde caña* (XXXV, 7); esto es, que donde habitaban antes los demonios, espíritus de soberbia, al ofrecérsenos la humildad de Jesucristo, debia

nacer el espíritu de humildad : *orietur viror calami, id est humilitatis*; porque el humilde se tiene por nada, y es como vacío á sus propios ojos, como comenta el cardenal Hugo. Y la razon de esto es, porque los humildes, muy al contrario de los soberbios, se tienen á sí mismos en muy poco, creyendo que son realmente vacíos como la caña, y que en vèrdad todo cuanto tienen lo han recibido gratúitamente de Dios. De lo que bien podemos inferir, que cuanto mas agradable es á Dios un alma humilde, otro tanto le es odioso un corazon lleno de soberbia. Pero ¿es posible, pregunta san Bernardo, que haya aun soberbios, después que se ha ofrecido á nuestra vista la vida de Jesucristo? ¿es posible, que un vil gusano, manchado con innumerables pecados, al ver á un Dios de infinita majestad y pureza, que tanto se humilló para que aprendiésemos de él á ser humildes, es posible, repito, que sea soberbio? Mas ha de saberse que los soberbios no pueden avenirse con Dios. ¿*Te*

engries? dice san Agustin, *Dios huye de ti; ¿te humillas? Dios viene á ti.* Huye Dios de los soberbios; pero al contrario, á los que son humildes de corazon por mas que hayan sido pecadores, Dios no sabe despreciarlos. *No despreciaréis un corazon contrito y humillado* (Psal. 50). Ha prometido oir las súplicas de los hombres, diciéndoles: *pedid y se os dará... porque todo el que pide recibe* (Matth. VII, 7, 8): pero nos ha protestado, que no puede oir las oraciones de los soberbios, como nos lo dice Santiago con estas palabras: *Dios resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes* (Ep. cath. IV, 6): esto es, resiste á las oraciones de los soberbios, al paso que á los humildes nada sabe negarles de cuanto le piden. Y realmente, decia santa Teresa, que habia recibido de Dios las gracias mas singulares cuando se habia humillado mas en su presencia. Las oraciones de los humildes suben por sí mismas al cielo, sin necesidad de que haya quien las presente, ni se apartarán de

la presencia de Dios, sin alcanzar aquello que desean *(Eccli.* xxxv, *24)*.

COLOQUIO.

¡O mi amado Jesus! habiendo querido Vos ser tan despreciado, habeis hecho con ello muy caros y apreciables los oprobios y los desprecios á vuestros amantes. Y así ¿cómo es posible que yo en vez de sufrirlos con gusto, cual lo hicisteis Vos al recibir alguna afrenta ó algun desprecio de los hombres, me haya portado con tanta altanería, que por su causa he ofendído aun á Vos, majestad infinita, siendo yo á un mismo tiempo pecador y soberbio? ¡Ah Señor! bien lo comprendo: no he sabido sufrir con paciencia los desprecios, porque no he sabido nunca amaros; pues que si yo os hubiese amado, bien me habrian ellos sido dulces y amables. Pero ya que Vos habeis prometido el perdon á aquellos que se arrepienten, yo lo hago con todo mi corazon, por haber llevado una vida tan

desarreglada, y tan desemejante á la vuestra. Quiero enmendarme, ó Señor, y por esto os protesto querer de hoy en adelante sufrir con paciencia todos los desprecios y afrentas, que se me hagan por vuestro amor, ó Jesus mio, que tanto habeis sido despreciado por el que Vos me profesais. Ya comprendo que las humillaciones son las minas preciosas, en las cuales enriqueceis Vos las almas de tesoros eternos. Otras humillaciones y otros desprecios merezco yo, después de haber despreciado vuestra gracia; pues merezco verme hollado por los demonios. Pero toda mi esperanza la pongo en vuestros méritos: quiero mudar de vida, quiero ya no ofenderos mas, sino procurar hacer en todo únicamente vuestra divina voluntad. He merecido muchas veces ser lanzado al profundo del infierno; pero ya que habeis aguardado hasta ahora mi conversion, y aun me habeis perdonado mis pecados, como lo espero, concededme, que en vez de abrasarme en aquel terrible fuego, ar-

da y me consuma, ó Dios mio, en el fuego de vuestro santo amor. No, ya no quiero vivir mas, ó amor mio, sin amaros. Ayudadme Vos con vuestra gracia, y no permitais que os sea ingrato en adelante, como lo he sido hasta ahora. Desde hoy ya solo quiero amaros á Vos: quiero que solo á Vos pertenezca todo entero mi corazon. ¡Ah! tomad posesion de él, y que esto sea para siempre, de manera que sea yo siempre vuestro, y seais Vos siempre mio: que yo os ame siempre á Vos, y Vos me ameis siempre á mí. Así lo espero, ó mi amabilísimo Dios, que os amaré siempre y que Vos me amaréis. Creo en Vos, ó bondad infinita; espero en Vos, ó bondad infinita, y os amo á Vos, ó bondad infinita, os amo; y por esto os repetiré sin cesar: os amo, os amo, os amo, y por lo mismo haré cuanto pueda para complaceros. Disponed de mí, segun vuestro beneplácito; pues que á mí me basta que me dispenseis la gracia de amaros. En lo demás haced de mí lo que querais. Vuestro amor es y

será siempre mi único tesoro, mi único deseo, mi único bien, y el único amor de mi corazon. ¡ O Maria, esperanza mia, y Madre del amor hermoso! ayudadme con vuestra proteccion para que ame mucho y para siempre á mi amabilísimo Dios.



DISCURSO DÉCIMO.

Del nacimiento de Jesus,

PARA LA NOCHE DE NAVIDAD

—

Evangelizo vobis gaudium magnum... quia natus est vobis hodie Salvator.

Vengo á daros una nueva de grandísimo gozo... pues que os ha nacido el Salvador (*Luc.* II, 11).

Vengo á daros una nueva de grandísimo gozo, dijo el ángel á los pastores, y os digo yo en esta noche á vosotras, almas devotas: vengo á daros una nueva de mucha alegría. Y ¿qué nueva de alegría mayor puede darse á unos pobres desterrados de su patria, y aun condenados á muerte, que la de haber venido su Salvador, no solo á librarlos de la muerte, sino tambien á lograrles el que puedan volver á su

patria? Y esto precisamente es lo que os anuncio en esta noche: *ha nacido vuestro Salvador*: ha nacido Jesucristo, y ha nacido para libraros de la muerte eterna, y abriros el paraiso, que es nuestra patria, de la cual habíamos sido desterrados en pena de nuestro pecado. Y á fin de que os complazcais de hoy en adelante en amar á este vuestro nacido Redentor, permitidme que os ponga delante de vuestros ojos el lugar donde ha nacido, cómo ha nacido, y dónde se halla esta noche; á fin de que podais ir á encontrarle, y á darle las gracias por tantos beneficios y tanto amor. Supliquemos para ello á Jesus y á Maria se dignen iluminarnos. Pero antes dejadme que os cuente sucintamente la historia del nacimiento de este Rey del mundo, que bajó del cielo por nuestra salud.

Queriendo Octaviano Augusto, emperador de Roma, saber el número de habitantes que contenia su imperio, mandó que se hiciese un padron general de todos ellos, y ordenó al efecto á todos los gobernadores de

las provincias, y entre otros á Cirino gobernador de la Judea, que hiciese venir á cada uno de ellos á empadronarse y á pagar al propio tiempo cierto tributo, en señal de vasallaje (*Luc.* II, 1). Habiéndose publicado este edicto, obedece José desde luego, y sin aguardar á que pariese antes su santa Esposa, se pone en camino con Maria, que estaba embarazada del Verbo encarnado, para ir á inscribirse en la ciudad de Belen. El viaje, segun dicen los autores, era no menos de cuatro jornadas, y sumamente trabajoso por haberse de trepar por las montañas y por caminos ásperos, y con vientos, lluvias y frio.

Cuando por primera vez entra el rey en una ciudad de su reino, ¡ qué honores no se le tributan! ¡ qué aparatos no se ven por todas partes! ¡ cuantos arcos de triunfo no se preparan! Disponte, pues, ó feliz Belen, á recibir honoríficamente á tu Rey, ya que te anuncia el profeta Micheas, que viene á visitarte, no solo tu Señor, sino el Señor de toda la Judea, y aun de todo

el mundo. Y sabe, continua diciendo el Profeta, que entre todas las ciudades de la tierra, tú eres la feliz, que ha sido escogida para que naciese en ella el Rey del cielo, á fin de que reine después en los corazones de los hombres, que viven no solo en la Judea sino en toda la tierra (*Mich.* v, 2). Pero mira, que ya entran por tus puertas los dos grandes peregrinos José y Maria, que trae en sus entrañas al Salvador del mundo: entran en la ciudad; van á casa del ministro imperial á pagar el tributo y á inscribirse en el libro de los súbditos del César, en que es inscrito tambien el fruto de las entrañas de Maria, esto es Jesucristo, que era no solo el Señor del César, sino tambien de todos los príncipes de la tierra. Pero ¿quien les reconoce? ¿quien les sale al encuentro para honrarles? ¿quien les saluda y les recibe? *A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron* (Joan. I, 11). De aquí es que como Maria y José van vestidos en traje de pobres, son despreciados y aun

tratados y despedidos peor que los otros pobres. Estando en esto conoció Maria, que habia llegado la hora de su parto, y que el Verbo encarnado queria nacer en aquel lugar y presentarse al mundo en aquella noche (*Luc.* II, *6*). Luego que avisó de ello á José, se dió este prisa en procurar á su esposa un albergue decente en casa de alguno de los ciudadanos de Belen, para no tener que traerla á la posada, que no era lugar conveniente para una doncella, que estaba de parto, mayormente en aquella ocasion, que estaba llena de forasteros. Pero no halló quien quisiese albergarles, y verosimilmente no faltaria quien le tratase de necio por haber traido de noche, y en ocasion de tanto concurso á su esposa tan próxima al parto. De aquí es que para no quedarse aquella noche en la calle, se vió obligado á llevarla á la hostería pública, donde se habian alojado ya tantos otros pobres, pero tambien de allí fueron despedidos, diciéndoles que no habia lugar para ellos en la posada. (*Ibid.* 7.) ¡Santo Dios!

¡habia lugar para todos, aun para la plebe, y no lo habia para Jesucristo! Aquella hostería fué figura de aquellos ingratos, en cuyo corazon caben muchas veces las mas miserables criaturas, y sin embargo es arrojado Dios de él. ¡Cuántos hay que aman á los parientes, á los amigos, á las bestias, y que con todo no aman á Jesucristo, ni se les da nada de su gracia ni de su amor! Pero *fué disposicion de Dios*, dijo María santísima á un alma devota, *que nos faltase alojamiento entre los hombres á mi Hijo y á mí, á fin de que las almas enamoradas de Jesus se le ofreciesen á sí mismas por albergue, y le invitasen con amor á que viniese á albergarse en sus corazones*. (Véase al P. Petriño).

Continuemos empero la historia. Viéndose pues despedidos en todas partes los dos peregrinos, salen de la ciudad para hallar á lo menos fuera de ella algun asilo. Andan á oscuras, dan vueltas al rededor, observan; hallan finalmente una cueva cavada en un peñasco del monte, de-

bajo de la ciudad. Escriben Barrada, Beda y Brocardo, que el lugar en que nació Jesucristo, era una cueva que se hallaba mas abajo del muro de Belen, separada de la ciudad, y que servia de establo á los animales. Entonces dijo Maria: ó José mio, ya no es posible pasar mas adelante; entremos en esta cueva, y detengámonos en ella. Pero ¡cómo! le respondió José, ¿no veis, ó esposa mia, que en esta cueva entra el aire libremente, que es fria, húmeda y que arroja agua por todas partes? ¿no veis que esta no es morada de hombres, sino establo de animales? ¿cómo es posible que estéis aquí toda esta noche, y que podais parir en ella? Y sin embargo es cierto, le respondió entonces Maria, que este establo es la estancia, es el palacio real, en que quiere nacer el Hijo del Eterno Padre.

¡Oh! ¡qué dirian los ángeles al ver entrar á la divina Madre en aquella cueva para parir en ella! Los hijos de los príncipes nacen en estancias adornadas con

oro : se les preparan camas hermoseadas con piedras preciosas, y cubiertas con ricos paños, y se les señala un acompañamiento de los primeros señores del reino ; y al Rey del cielo se le prepara para nacer un establo frio y sin fuego , toscos paños para cubrirlo , un poco de paja por cama, y un vil pesebre para cuna ! *¿ Dónde está la corte , dónde el real solio,* pregunta san Bernardo , para este Rey del cielo, pues yo no veo otra cosa que dos animales para hacerle compañía , y un pesebre de bestias en que ha de ser colocado? ¡O cueva afortunada , que tuviste la suerte de ver nacido en ti al Verbo divino ! ¡ ó dichoso pesebre , que tuviste el honor de tener recostado en ti al Señor del cielo ! ¡ ó afortunadas pajas , que servisteis de cama al que se sienta en un trono de serafines ! ¡ Ah ! que al considerar el nacimiento de Jesucristo , y el modo como nació, deberíamos todos abrasarnos en amor ; y al oir los nombres de cueva, de pesebre, de paja , de leche , y de vagido , deberian

recordarnos estos nombres el nacimiento del Redentor, y ser para nosotros otras tantas llamas de amor, otras tantas saetas que nos hiriesen en lo mas vivo de nuestros corazones. Sí, afortunadas fuisteis vosotras, ó cueva, ó pesebre, ó pajas; pero lo son mas aun aquellos corazones que aman con fervor y ternura á este amabilísimo Señor, y que inflamados de amor lo reciben después en la sagrada comunion. ¡Oh con qué deseo y satisfaccion entra Jesucristo á reposar en un corazon que le ama!

Entrado que hubo Maria en la cueva, pónese luego en oracion, y llegada ya la hora del parto, suelta sus cabellos en señal de reverencia, y los esparce sobre sus espaldas: y hé aquí que vé una gran luz, siente inundarse su corazon de un gozo celestial, baja los ojos, y, santo Dios, ¡qué es lo que vé! vé en tierra un niño tan hermoso y tan amable que enamora; pero que tiembla, que llora, y que extendiendo sus manecitas, manifiesta querer

que lo tome en sus brazos, como fué revelado á santa Brígida. María llama á José: Ven, le dice, y verás al Hijo de Dios que ya ha nacido. Llega José, y al ver tan hermoso Niño, le adora inundado en un mar de lágrimas las mas dulces (*Revel. de S. Brig.*): y luego la santísima Vírgen, tomando con reverencia al Hijo querido, le estrecha en su seno, y procura calentarle con el ardor de su pecho y de sus mejillas. Considerad la devocion, la ternura y el amor que sentiria entonces María, al ver entre sus brazos y al estrechar en su seno al Señor del mundo, al Hijo del Eterno Padre, que se habia dignado tambien hacerse hijo suyo, escogiéndola entre todas las mujeres por su madre. Y luego que le hubo estrechado en su seno, lo adora como á su Dios, le besa los piés como á su rey, y despues el rostro como á su querido hijo. Procura cubrir su cuerpecito y lo faja despues entre pañales. Pero, ¡ay de mí, que los pañales son toscos y groseros, pues que son pañales pro-

pios de pobres, y á mas son frios y húmedos, sin que haya fuego en aquella cueva para calentarlos!

Venid, monarcas, venid, emperadores; venid todos, ó vosotros príncipes de la tierra, venid, y adorad á vuestro supremo Rey, que nace tan pobre por vuestro amor. Mas ¿qué rey es el que se presenta? ¡Ah! ninguno. El Hijo de Dios ha venido al mundo, y el mundo no quiere conocerle (*Joan.* I, *10*): pero ya que no vienen los hombres, vendrán los ángeles á adorar á su Señor; pues para honrar á su unigénito Hijo, así se lo manda el Eterno Padre (*Hebr.* I, *6*). Vienen en grande número, y alabando á su Dios cantan con júbilo: *Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad* (Luc. II, 14). Gloria sea dada á la misericordia divina, que en vez de castigar á los pecadores, hace que el mismo Dios sufra por ellos el castigo, y de este modo los salve. Gloria á la divina Sabiduría, que halló el medio de satisfacer á un mismo

tiempo á la divina justicia y de librar al hombre de la muerte que merecia. Gloria al divino poder, por haber abatido las fuerzas del infierno de un modo tan admirable, con enviar pobre al Verbo divino á padecer dolores, desprecios y aun la misma muerte, atrayendo así los corazones de los hombres á que le amen, y á que abandonen por su amor los honores, las riquezas y aun la misma vida; como lo han hecho realmente tantas doncellas, tantos jóvenes, bien que nobles y aun príncipes, que todo lo sacrificaron para hacerse agradables al amor de este Dios. Gloria, finalmente al divino amor, que ha obligado al mismo Dios á tomar la forma de un niño pobre y humilde, á traer una vida penosa, y á padecer una muerte cruel, para manifestar al hombre el afecto que le profesa, y atraerse su amor. *Reconozcamos en este establo*, dice san Lorenzo Justiniano, *el poder de Dios como aniquilado;* á un Dios, que es la misma sabiduría, que ha como enloquecido por

el extremado amor que tiene á los hombres.

Maria nos convida á todos, nobles y plebeyos, ricos y pobres, santos y pecadores, á entrar en la cueva de Belen, para adorar y besar los piés del divino Niño que ha nacido. Entrad, pues, ó alma devota, entrad á ver recostado sobre la paja al Criador del cielo y de la tierra, en la forma de un tierno niño, pero tan hermoso y tan resplandeciente, que arroja rayos de luz por todas partes. Ya no es horrorosa la cueva desde que nació en ella Jesus y fué recostado sobre la paja, sino muy al contrario, parece un paraiso. Entremos sin temor, pues ha nacido Jesus, y ha nacido para todos y para cada uno que lo quiera. El nos dice en el libro de los Cantares (II, 1): *que es la flor del campo, y el lirio de los valles*; para darnos á entender que, asi como nace tan humilde como el lirio silvestre, asi tambien le hallan solamente los humildes. Por esto el ángel no anunció el nacimiento de Jesu-

cristo al César ó á Herodes, sino á pobres y humildes pastores. Dícese asimismo *flor del campo*, como comenta el cardenal Hugo, *porque á manera de una* flor *campestre, se ofrece á la vista de todos, para que todos le hallen.* No todos pueden hallar y coger las flores de los jardines, porque están cerrados con muros ó cercas; al contrario de las del campo, que están á disposicion de todos, y las coge el que quiere: y como estas, quiere estar Jesucristo á disposicion de cuantos lo deseen. Entremos, pues, la puerta está abierta; *no hay centinela que nos diga: no ha llegado todavía la hora*, dice san Pedro Crisólogo. Los monarcas se están encerrados dentro de sus palacios; están estos circuidos de centinelas, y no es fácil ser recibido por ellos en audiencia; antes el que desea hablarles debe hacer largas antesalas y estar preparado para ser despedido varias veces, y oirle decir: volved en otra ocasion, que ahora no es tiempo de audiencia. Mas no sucede asi con Jesucristo, que en aquella

cueva se nos presenta en forma de niño, para animar á todo el que venga á buscarlo; está abierta la cueva, sin puertas ni centinelas; y así puede entrar cualquiera como y cuando mejor le plazca, para ver, para hablar, y aun abrazar á este pequeñito Rey, si de veras le ama y le desea.

Entrad, pues, ó almas piadosas; fijad la vista en aquel pesebre, y sobre aquella pobre paja, y ved aquel tierno Niño que llora; considerad cuan bello es; mirad los rayos de luz que arroja y el amor que respira. Sus ojos disparan saetas á los corazones que lo desean; sus vagidos son otras tantas llamas para los que le aman: y *el mismo pesebre y las mismas pajas gritan*, dice san Bernardo, y os dicen, que ameis á quien tanto os ama; que ameis á un Dios que es digno de infinito amor, que bajó de lo mas sublime de los cielos, y se hizo niño y pobre, para haceros comprender el amor que os tiene, y para atraerse con sus penas y trabajos vuestro amor.

Preguntadle allá dentro: ¡ay tierno Niñito! decidme, ¿de quien sois hijo? y él os responderá: mi madre es esta hermosa y pura Vírgen, que aquí está junto á mí. Y vuestro padre ¿quien es? Mi padre, os dirá, es Dios. ¿Cómo, pues, siendo Hijo de Dios, estais aquí tan pobre y tan abatido? ¿quien os reconocerá en tal estado? ¿quien os respetará como mereceis? La santa fe, responde Jesus, me hará reconocer por quien soy, y hará que me amen las almas que yo he venido á redimir y á inflamar con mi divino amor. No he venido para hacerme temer, dice, sino para hacerme amar: y por esto he querido presentarme á vosotros por la primera vez en forma de un niño tan pobre y tan humilde, para que así me ameis mas, viendo á que extremo me ha reducido el mucho amor que os tengo. Pero decidme, ó Niño mio, ¿porqué volveis los ojos á todos lados? ¿que es lo que estais buscando? oigo que suspirais, ¿quereis decirme la causa? siento que llorais, y ¿podré yo saber el

motivo de vuestro llanto? Sí, responde Jesus; vuelvo mis ojos, porque estoy buscando alguna alma que me desee: suspiro, porque deseo ver á mi lado un corazon que arda en mi amor, como yo ardo en el suyo; y lloro, porque no veo, ó veo muy pocas almas, muy pocos corazones, que me busquen, y quieran abrasarse en mi amor.

COLOQUIO

PARA EL ACTO DE BESAR LOS PIÉS AL SANTO NIÑO, COMO ACOSTUMBRA PRACTICARSE EN ALGUNAS IGLESIAS.

Venid, venid pronto, ó almas devotas, á besar esta noche los piés al niño Jesus, pues el mismo os convida. Los pastores que fueron entonces á visitarlo en el pesebre de Belen, le trajeron sus presentes; menester es que tambien vosotros le lleveis los vuestros. ¿Qué le ofreceréis? ¡ah! el presente mas agradable que podeis ofrecerle es un corazon arrepentido y amante.

Cada uno, pues, antes de venir, que le diga: Señor, yo no me habria atrevido á presentarme delante de Vos, por verme manchado con tantos pecados; pero ya que Vos, ó Jesus mio, me invitais con tanto afecto, y me llamais con tanto amor, no quiero reusarlo. No quiero portarme con tanta grosería, que después de haberos vuelto tantas veces las espaldas, ahora por desconfianza de Vos, escuse admitir esta dulce invitacion que me haceis. Pero, añadidle; yo soy enteramente pobre, y nada tengo que ofreceros: solo tengo este corazon, y este vengo á consagraros. Verdad es que os ofendió en otro tiempo; pero ahora está arrepentido, y arrepentido os lo ofrezco. Sí, Niño mio amabilísimo, me arrepiento de haberos ofendido. Confieso que he sido el bárbaro, el traidor, el ingrato que tanto os ha hecho padecer, y verter tantas lágrimas en el pesebre de Belen; pero vuestras lágrimas, Jesus mio, son toda mi esperanza. Soy pecador, es verdad, y no merezco perdon; pero acu-

do á Vos, que siendo Dios, os habeis hecho niño para perdonarme. ¡O Eterno Padre! si yo merezco el infierno, fijad vuestros ojos en las lágrimas de este vuestro inocente Hijo, que os piden que me perdoneis. Ninguna cosa negais jamás á las súplicas de Jesucristo: oidlo, pues, ya que en esta noche os pide que me perdoneis, que es noche de alegría, noche de salud y de perdon.

¡Ah, niño mio Jesus! de Vos espero este perdon de mis pecados; pero solo no me basta. En esta noche Vos dispensais á las almas gracias especiales; tambien yo quiero que me concedais una grande gracia, y es la gracia de amaros. Ahora que vengo á vuestros piés, inflamadme todo con vuestro santo amor; unidme á Vos de tal manera, que ya no me separe mas de Vos. Yo os amo, ó mi Dios, hecho niño por mí, pero os amo muy poco; quiero amaros mas, y Vos sois el que lo habeis de hacer. Vengo á besaros los piés, y á ofreceros mi corazon; á Vos os lo dejo y no lo

quiero mas; mudadlo Vos y guardadlo siempre. No me lo devolvais mas, porque si lo haceis, me temo que os haré traicion de nuevo.

¡O santisima Maria! ya que sois la Madre de este grande Hijo, y sois al mismo tiempo madre mia, depongo en vuestras manos este mi corazon: ofrecedlo Vos á Jesus, porque si vuestras manos se lo presentan no sabrá reusarlo. Presentádselo pues Vos, y suplicadle que se digne aceptarlo.

DISCURSO UNDÉCIMO

PARA EL DIA DE NAVIDAD (*).

Del nombre de Jesus.

Vocatum est nomen ejus Jesus.

Al Hijo de Maria se le dió por nombre Jesus (*Luc.* II, 21).

Este grande nombre de Jesus no fué inventado por los hombres sino por el mismo Dios, y *fué el Padre el primero que pronunció este nombre*, dice san Bernardo. Fué un nombre nuevo, *que salió de la boca del Señor*, se dice en Isaías (LXII, 2),

(*) Tambien podrá servir para el dia de Circuncision.

(*Nota del traductor.*)

y que solo Dios podia darle al que destinaba por Salvador del mundo. Nombre nuevo y eterno: porque así como *ab æterno* fué dado el decreto de la redencion, así tambien *ab æterno* fué dado este nombre al Redentor. Sin embargo, no se dió este nombre al Redentor aquí en la tierra hasta el dia de la Circuncision *(Luc.* II, *21)*, queriendo el Eterno Padre remunerar la humildad de su Hijo, dándole un nombre tan grande y de tanto honor. En efecto, estaba muy puesto en razon que mientras se humilla Jesucristo, sujetándose en la circuncision á recibir la marca de pecador, le honrase su Padre, dándole un nombre que excede á todo otro nombre en dignidad y alteza *(Philip.* II, *9)*: y manda que sea adorado de los ángeles, que sea respetado de los hombres, y que al oirle se estremezcan y huyan los demonios *(ibid.)* Si todas las criaturas, pues, adoran este grande nombre, con mucha mas razon debemos adorarlo nosotros los pecadores, acordándonos que le fué impuesto

por nuestro respeto; que este dulcísimo nombre de Jesus, significa Salvador; *y que bajó de los cielos por salvar á los pecadores.* Debemos adorarlo, y al propio tiempo dar gracias á Dios, que se lo ha dado por nuestro bien, pues que este nombre nos consuela, nos defiende y nos inflama: y estos son los tres puntos que nos proponemos tratar en este discurso: y para lograrlo mejor, imploremos el auxilio de Jesus y de María.

En primer lugar el nombre de Jesus *nos consuela;* pues que invocando á Jesus, podemos hallar un alivio en todas nuestras aflicciones. Cuando recurrimos á Jesus, quiere consolarnos, porque nos ama; y lo puede hacer, porque no es un puro hombre, sino un Dios omnipotente: de otra suerte no se le podria dar propiamente el nombre grande de Salvador. El nombre de Jesus incluye un poder infinito, y al mismo tiempo una sabiduría y un amor infinitos; pues de lo contrario *no habria podido salvarnos*, dice S. Bernardo *(Serm. 2).*

De aqui es que hablando el mismo Santo de la Circuncision, *es circuncidado*, dice, *como hijo de Abrahan, y como Hijo de Dios es llamado Jesus* (Serm. 1 de Circunc.): recibe en su cuerpo como hombre la marca de pecador, por haber cargado con el peso de satisfacer por los pecadores, de manera que ya desde niño quiere empezar á satisfacer por sus delitos padeciendo y derramando su sangre: mas como á Hijo de Dios, se llama Jesus ó Salvador, porque el salvar compete á solo Dios.

El nombre de Jesus es llamado por el Espíritu santo *aceite derramado* (*Cant.* I, 3): y con mucha razon, dice san Bernardo, porque, al modo que el aceite sirve para darnos luz, para condimentar los alimentos, y para remedio de nuestros males; así tambien el nombre de Jesus en primer lugar sirve de luz, *lucet prædicatum.* Y ¿de dónde vino, dice el Santo, que tan pronto resplandeciese en toda la tierra la luz de la fe, de modo que tantos gentiles conociesen en tan corto tiempo al ver-

dadero Dios, y que siguiesen su doctrina, sino de oir predicar el nombre de Jesus? *(Serm. 15)*. Felices de nosotros que en este nombre hemos sido hechos hijos de la verdadera luz, esto es, de la santa Iglesia; pues que hemos tenido la fortuna de nacer en el seno de la Iglesia romana, y en paises cristianos y católicos: gracia y fortuna no concedida á la mayor parte de los hombres, que nacen entre los idólatras, mahometanos y herejes. Además, el nombre de Jesus es un alimento para nuestras almas, *pascit recogitatum*: y da fuerza á los fieles para hallar paz y consuelo aun en medio de las miserias y persecuciones de esta vida. Los santos apóstoles, maltratados y vilipendiados, estaban sin embargo llenos de júbilo y alegría, siendo confortados por el nombre de Jesus *(Act, v, 41)*. Es luz, alimento, y aun medicina para los que lo invocan, *invocatum lenit et ungit*: y como añade el santo Doctor: si nuestra alma se hallase afligida y angustiada, haced que pronuncie el

nombre de Jesus, y desaparecerá la tempestad y renacerá la paz. Si aconteciese que algun infeliz que hubiese caido en pecado, desconfiase de alcanzar el perdon, que pronuncie este nombre de vida, y sentirá renacer en breve la esperanza de alcanzarlo: que invoque á Jesus, á quien el Padre ha destinado por Salvador nuestro, para obtener á los pecadores el perdon de sus pecados. Dice Eutimio, que si Judas, cuando fué tentado de desesperacion, hubiese invocado el nombre de Jesus, no se habria desesperado *(in c.* XXVII *Math.)* Y por esto añade, que no llegará al fatal extremo de desesperarse ningun pecador, por malvado que sea, si invoca este santo nombre, que es nombre de esperanza y de salud.

Empero los pecadores dejan de invocar este nombre de salud, porque no quieren curar de sus dolencias. Está pronto Jesucristo á sanar todas nuestras llagas; mas si alguno desea tenerlas, y no quiere ser curado de ellas, ¿cómo podrá sanarlas

Jesucristo? La venerable sor Maria Crucifija de Sicilia, en cierta ocasion vió al Salvador, que estaba como dentro de un hospital, y que iba de una á otra parte con medicinas en la mano para sanar á los enfermos que en él se hallaban; mas aquellos ingratos, lejos de llamarle y de darle las gracias, lo vilipendiaban y echaban lejos de sí. ¿Y no es esto mismo lo que hacen muchos pecadores? después que voluntariamente se han puesto enfermos por el pecado, reusan la salud, esto es, la gracia que les ofrece Jesucristo, y así quedan miserablemente perdidos en su funesta enfermedad. Por el contrario ¿qué temor puede tener aquel pecador que acude á Jesus, cuando él mismo se ofrece á alcanzarle de su Padre el perdon, habiendo de antemano pagado con su muerte la pena debida á nuestros pecados? *Se constituyó intercesor*, dice san Lorenzo Justiniano, *el mismo que habia sido ofendido, pagando lo que á él mismo se debia*. (Serm. in Nat.) Por lo que, continua el mismo San-

lo: *si padeces alguna enfermedad, si te aqueja algun dolor, si algun temor te inquieta, pronuncia el nombre de Jesus*, y él te consolará. Bastará que en su nombre dirijamos nuestras súplicas al Eterno Padre, y nos será concedido todo cuanto pidamos como nos lo tiene prometido repetidas veces Jesucristo, y por consiguiente no puede faltar. Ved ahí las palabras del Salvador: *En verdad os digo, que os dará el Padre todo lo que le pidiereis en mi nombre* (Joan XVI, 23). *Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, yo lo haré* (Id. XIV, 13).

Hemos dicho en segundo lugar que el nombre de Jesus *nos defiende*: y en efecto nos defiende de todas las asechanzas y asaltos de nuestros enemigos. Por esto el Mesías fué llamado Dios fuerte, *Deus fortis*; y el Sabio llama su nombre *una torre fuertísima* (Prov. XVIII, 10): para que entendamos que no debe temer los insultos del infierno, quien se cubre con el escudo de este santísimo nombre. Jesucristo se

humilló obedeciendo á su Eterno Padre, hasta morir en el infame patíbulo de la cruz, como escribe san Pablo (*Philip.* II, 4), *esto es*, dice san Anselmo, *se humilló tanto, que no podia humillarse mas; y por esto su divino Padre, por el mérito de esta humildad y obediencia de su Hijo, lo sublimó tanto, que no pudo hacerlo mas.* Este fué el motivo de que el Padre le diese un nombre superior á todo otro nombre: nombre tan grande y tan poderoso, que es venerado en el cielo, en la tierra, y aun en los abismos infernales; nombre poderoso en el cielo, porque puede alcanzarnos todas las gracias; poderoso en la tierra, porque puede salvar á todos aquellos que lo invocan devotamente; y poderoso en el infierno, porque llena de terror y espanto á todas las potestades del abismo. Tiemblan aquellos ángeles rebeldes al eco de este nombre sacrosanto, porque se acuerdan que Jesucristo ha sido aquel varon fuerte que ha destruido el dominio y el poder que antes tenian ellos sobre los hom-

bres. Se extremecen, dice san Pedro Crisólogo, porque en este nombre deben adorar toda la majestad de un Dios (*Serm. 144*). El mismo Salvador dejó dicho á sus discípulos, que con este poderoso nombre arrojarian los demonios los que creerian en él (*Marc.* XVI, *17*): y realmente la santa Iglesia en los exorcismos se vale siempre de él para echar los espíritus infernales de los posesos. Y los sacerdotes que asisten á los moribundos, se valen tambien del nombre de Jesus para librar á sus enfermos de los mas terribles asaltos, que en aquel momento crítico de la muerte les da el infierno.

Léase la vida de san Bernardino de Sena, y se verá cuantos fueron los pecadores que convirtió este santo, cuantos los abusos que destruyó, y cuantas ciudades santificó con inculcar á los pueblos en sus sermones que invocasen el sacrosanto nombre de Jesus. Y el apóstol san Pedro dice, que no se ha dado otro nombre á los hombres debajo del cielo, en que de-

bamos ser salvos, que esto nombre dulcísimo de Jesus *(Act.* IV, *12)*. Y no es solo una vez que nos ha salvado Jesucristo, sino que con sus méritos nos salva continuamente del peligro de pecar, siempre que confiadamente le invocamos. De aquí viene que nos anima san Pablo diciéndonos á todos: que cualquiera que le invoque, será ciertamente salvo *(Rom.* x, *13)*: y yo añadiré con san Lorenzo Justiniano: que si alguno fuese tentado por el demonio, ó se viese oprimido por los hombres, invoque el dulce nombre de Jesus, y será salvo; y si continuan en afligirle las tentaciones, que siga tambien en invocar á Jesus, que por cierto nunca caerá; enseñando la experiencia, que todos cuantos practican esta grande devocion, se mantienen firmes y salen siempre victoriosos. Añadámosle asimismo el nombre de Maria, que tambien es el espanto del infierno, y estarémos siempre seguros. *Esta breve oracion*, «Jesus y Maria,» dice Tomás de Kempis, *es no menos fácil de retener en la*

memoria, que poderosa y eficaz para defendernos de todo insulto de los enemigos.

En tercer lugar, el nombre de Jesus no solo nos consuela en las aflicciones, y nos defiende de todo mal, sino que *inflama* tambien *en el santo amor* á todos aquellos que con devocion lo pronuncian. El nombre de Jesus, ó de Salvador, es un nombre que en sí mismo exprime amor al recordarnos cuanto ha hecho, y cuanto ha padecido Jesucristo por salvarnos, como dice san Bernardo (*Serm. 48*). Por este motivo un devoto autor le decia con gran ternura: *¡O mi buen Jesus! ¡cuanto os ha costado el ser Jesus!* esto es, ser mi Salvador.

Escribe san Mateo, hablando de la crucifixion de Jesucristo, que pusieron encima de su cabeza estas palabras, que denotaban la causa de su condenacion: *Este es Jesus, rey de los judios* (XXVII, 37). Dispuso, pues, el Eterno Padre, que en la cruz en que murió nuestro Redentor se leyese: esto es Jesus, salvador del mundo.

Pilatos lo escribió así, no por juzgarle reo á Jesucristo de haber tomado el título de rey, como le acusaban los judíos, pues que no hizo ningun caso de semejante acusacion, y tuvo gran cuidado en declararle inocente al mismo tiempo que le condenaba á morir en cruz, y protestó que no tenia parte en su muerte. ¿Porqué, pues, le dió el título de rey? Por serlo de los judíos no habia motivo para hacerle morir, sino para honrarle y prestarle vasallaje; pero la voluntad de Dios hizo que lo escribiese como para decirnos con ello: ¡ó hombres! ¿quereis saber porqué muere este mi Hijo, que hasta en la causa de su muerte se ve que es inocente? muere porque es vuestro salvador: es el pastor divino que muere sobre un infame madero, para salvaros á vosotros, que sois sus ovejas. Por esto se dijo en el libro de los Cantares, como hemos dicho arriba, que su nombre era un bálsamo derramado, y, como explica san Bernardo, una efusion de la divinidad: pues que en la redencion

por un exceso de su amor se nos dió todo, y se nos comunicó enteramente; para poderse comunicar con nosotros, se encargó de satisfacer por las penas que eran debidas á nuestros pecados *(Isa.* LIII, *4)*. Quiso, dice san Cirilo Alejandrino, borrar con aquel título el decreto de condenacion expedido anteriormente contra nosotros miserables pecadores (*Lib.* XII, *in Joan.*), como lo habia ya dicho antes el Apóstol con aquellas palabras: *cancelando la cédula del decreto que habia contra nosotros* (ad Colos. II, 14). Nuestro amante Redentor quiso librarnos de la maldicion merecida por nosotros, haciéndose objeto de la maldicion divina, y cargando sobre sí todos nuestros pecados (*ad Gal.* III, *13*).

De aquí viene que una alma fiel, al invocar á Jesus y al acordarse con ello de lo mucho que ha padecido Jesucristo por salvarla, no es posible que no se encienda toda en amor de quien tanto la ha amado. *Al pronunciar el dulce nombre de Jesus,* decia san Bernardo, ~~*se me figura ver un*~~

hombre manso, humilde, benigno, misericordioso, eminente en todo género de virtud, y que es al mismo tiempo Dios omnipotente, quien, para sanar nuestras heridas, y para fortificar nuestras flaquezas, ha querido ser llagado y herido hasta morir en una cruz traspasado de dolor. Séate, pues, siempre amable, ó cristiano, como te lo exhorta san Anselmo, el dulce nombre de Jesus: que esté siempre en tu corazon, y que sea tu único alimento, y el único consuelo de tu alma. Porque solamente el que lo experimenta, decia san Bernardo, puede comprender cuan dulce es, y cuan precioso sea aun en este valle de lágrimas el amar con ternura á Jesucristo. ¡Oh! ¡cuan dichosa experiencia de esto hizo santa Rosa de Lima, que al recibir la sagrada comunion arrojaba por la boca tales llamas de amor divino, que abrasaba la mano del que le daba á beber un poco de agua después de la comunion! Santa Maria Magdalena de Pazzis, que con un Crucifijo en la mano exclamaba toda

abrasada en amor: ¡ó Dios de amor! ¡ó Dios de amor! ¡ó Dios loco de amor! un san Felipe Neri, á quien no cabiendo el corazon en su pecho, se le rompieron las costillas, para dar lugar á su corazon á que inflamado en el divino amor, buscase lugar suficiente para palpitar: un san Estanislao de Koska, á quien fué necesario le bañasen con agua fria el pecho, para mitigar el grande ardor con que Jesus le abrasaba su interior: un san Francisco Javier, que por igual motivo desabrochaba su pecho, y decia: *O Señor, basta; no mas*: declarándose con ello incapaz de sufrir la grande llama que abrasaba su corazon.

Procuremos, pues, tambien nosotros, amando á Jesus, tenerle siempre, en cuanto nos sea posible, en el corazon, y tenerlo asimismo en la boca, pronunciando con frecuencia su santo nombre. Dice san Pablo, que *no puede pronunciarse devotamente el nombre santo de Jesus, sino por gracia del Espíritu santo* (I ad Cor.

XIII, 3), de modo que comunica el Espíritu santo su gracia á todos aquellos que pronuncian tan dulce nombre. Y sin embargo para algunos el nombre de Jesus es un nombre extraño, y la razon de ello es porque no aman á Jesus. Los santos han tenido continuamente en su boca este nombre de salud y de amor. En las cartas de san Pablo no hay página alguna en la que el Santo no nombre repetidas veces á Jesus; y san Juan lo nombra tambien con mucha frecuencia. El beato Enrique Suson, para abrasarse mas y mas en el amor de este santo nombre, un dia lo esculpió en su pecho encima del corazon con un cuchillo y con caractéres de sangre, y estando todo bañado en ella: Señor, dijo, bien querria escribir dentro de mi corazon vuestro santo nombre, mas ya veis que no me es posible: hacedlo Vos que todo lo podeis, pero de tal manera, que no pueda borrarse jamás de él ni vuestro nombre ni vuestro amor. La beata Juana de Chantal llegó á imprimirse sobre el corazon el nombre

de Jesus con una plancha candente. Pero que nadie se persuada que pida tanto de nosotros Jesucristo; porque se contenta con que le tengamos en nuestro corazon por el amor, y que frecuentemente lo invoquemos con afecto. Y así como todo cuanto él dijo y obró durante su vida, todo lo obró y lo dijo por nuestro amor; así tambien cuanto hagamos nosotros, hagámoslo, como es justo, en nombre y por amor de Jesucristo, como nos lo exhorta san Pablo en aquellas palabras de la carta á los Colosenses (III, 17): *Todo lo que hagais, sea de palabra ó de obra, hacedlo todo en el nombre de nuestro señor Jesucristo*. Y si Jesucristo murió por nosotros, estemos tambien prontos nosotros á morir gustosos por su santo nombre, como lo estaba el mismo apóstol cuando decia: *Yo estoy aparejado no solo para ser atado, sino tambien para morir en Jerusalen por el nombre de mi señor Jesucristo* (Act. XXI, 13).

Y por conclusion de este discurso, os

diré que si estamos afligidos, invoquemos á Jesus y él nos consolará: si somos tentados, invoquemos á Jesus, y él nos dará fuerzas para resistir á todos nuestros enemigos: si por fin nos halllásemos áridos y tibios en el amor divino, no dejemos de invocar á Jesus, que él nos inflamará. ¡Felices aquellas almas que tendrán siempre en su boca este santo y amabilísimo nombre! nombre de paz, nombre de esperanza, nombre de salud y de amor. ¡Oh, felices nosotros si tuviésemos la dichosa suerte de terminar nuestra vida y de exhalar el postrer aliento invocando á Jesus! Mas si deseamos morir teniendo en la boca un nombre tan dulce, es preciso que nos habituemos en vida á invocarlo con frecuencia, haciéndolo siempre con confianza y con amor. Juntemos tambien con él el hermoso nombre de Maria, que es asimismo un nombre bajado del cielo, y tan poderoso que hace temblar el infierno: nombre bien dulce por cierto, pues que nos recuerda aquella Reina, que sien-

do Madre de Dios, es tambien madre nuestra, madre de misericordia y madre de amor.

COLOQUIO.

¡O mi dulce Jesus! ya que sois Vos mi salvador, y que para salvarme habeis dado vuestra sangre y aun vuestra vida, grabad, os ruego, sobre mi pobre corazon vuestro adorable nombre, á fin de que teniéndolo yo siempre impreso en él por el amor, lo tenga asimismo siempre en la boca, y lo invoque en todas mis necesidades. Si el demonio me tienta, vuestro santo nombre me dará fuerzas para resistirle: si me ataca la desconfianza, vuestro nombre me animará á esperar: si me veo afligido, vuestro nombre me confortará, trayéndome á la memoria cuanto mas habeis estado afligido Vos por mí: y si me hallo tibio en vuestro amor, vuestro nombre me inflamará, acordándome el mucho afecto que me habeis demostrado. Hasta

ahora he caido en tantos pecados por no haberos invocado: en adelante vuestro nombre será mi defensa, mi refugio, mi esperanza, mi único consuelo y mi único amor. Espero vivir y morir, teniendo siempre en mi boca, ó Jesus, vuestro dulcísimo nombre. Vírgen santísima, alcanzadme la gracia de que en mis necesidades, invoque siempre el adorable nombre de vuestro hijo Jesus y el vuestro, ó Maria madre mia, y que los invoque con confianza y amor, de modo que pueda decir con el devoto Alfonso Rodriguez: O Jesus, ó Maria, que yo padezca y muera por vosotros; que en todo sea vuestro en adelante, y que absolutamente deje de pertenecerme á mí. O mi amado Jesus, ó Maria señora mia, concededme la gracia de que yo padezca y muera por vuestro amor; yo ya no quiero en adelante ser mas mio, solo quiero ser vuestro, y enteramente vuestro: vuestro en vida, y vuestro en muerte, en la que espero, con vuestro auxilio exhalar el último aliento, diciendo: Jesus

y Maria, ayudadme: Jesus y Maria, yo me encomiendo á vosotros; Jesus y Maria yo os amo y á vosotros entrego y doy el alma mia. Así sea.

FIN DE LOS ONCE DISCURSOS.

MEDITACIONES

DEL P. LUIS DE LA PUENTE

PARA LAS

FIESTAS DE NAVIDAD.

De la jornada de la Virgen nuestra Señora desde Nazaret á Belen.

MEDITACION PRIMERA.

PUNTO PRIMERO.

En primer lugar, consideraré por fundamento de las meditaciones siguientes, como el Verbo encarnado, estando en las entrañas de su Madre, quiso hacer una entrada en el mundo, la mas nueva, admirable y santa que jamás hubo ni habrá; penosa para sí y provechosa para nosotros, asentando los cimientos de la perfeccion evangélica que habia de predicar. De modo que, su primera entrada en el mun-

do, como dice san Cipriano *(Serm. de Nat.)*, fuese dechado de nuestra primera entrada en la Religion cristiana, para que entrasen sus discípulos por donde él entró, ejercitando las virtudes que ejercitó. Y para este fin dejó todo lo que el mundo ama y busca, y buscó todo lo que el mundo aborrece y huye. Y así, para nacer dió traza como salir de Nazaret por dejar las comodidades que pudiera tener, naciendo en casa de su Madre y entre sus deudos y conocidos, á donde no le faltara el abrigo de un aposento, y brizo y algun regalo, como no le faltó al Bautista, por nacer en casa de su padre; pero todo lo dejó, mostrando cuanto aborrece los regalos de la carne, y cuan amigo es de pobreza; pues deja lo poco que tiene su pobre Madre, y como peregrino quiere nacer en Belen, en tal coyuntura que todo le faltase. Con este ejemplo me confundiré, por verme tan amigo de mis comodidades y regalos que, no solamente no huyo de ellos, pero con ansia los busco; y si no los hallo, me afli-

jo. ¡O Jesus Nazareno, florido con flores de virtudes celestiales, que sales de Nazaret por huir las flores de los regalos terrenos! suplícote por esta salida favorezcas mi flaqueza, para que renuncie las flores y blanduras de mi carne, deseando solamente las flores de tus virtudes, con las cuales adornes mi alma, para que te digues nacer en ella. Amen.

PUNTO SEGUNDO.

En segundo lugar, consideraré la ocasion que tomó Cristo nuestro Señor para hacer esta jornada, y salir con su intento; *porque en aquellos dias salió un edicto de Augusto César, que todo el orbe se empadronase, acudiendo cada uno á la ciudad de donde tenia su origen. En cumplimiento de esto fué José desde Nazaret á Belen, para encabezarse allí con María su esposa, que estaba preñada.*

En este hecho ponderaré cuan diferentes son los pensamientos de Dios y los de

los hombres; los del rey del cielo de los del rey de la tierra: porque este edicto estaba fundado en soberbia, ambicion, jactancia y avaricia, mandando mas de lo que podia; esto es, que todo el orbe se encabezase, como si todo fuera suyo, y deseando que todos fuesen sus vasallos y le pagasen pecho, aunque fuesen pobres y necesitados. Pero al contrario el rey del cielo Jesucristo; todos sus pensamientos tenia puestos en humildad, pobreza y sujecion, y en hollar pompas, riquezas y vanidades. No viene á mandar ni á ser servido, sino á obedecer y servir á todo el mundo. Y en confirmacion de esto, quiere que su Madre y él en ella se encabecen, y profesen ser vasallos de Augusto César y le paguen tributo, para confundir con este ejemplo la soberbia y codicia del mundo; porque si el Rey de reyes, y Monarca de todo lo criado entra en el mundo humillándose, y prestando vasallaje á un rey terreno y malo, ¿qué mucho me humille yo, y *me sujete á toda humana*

criatura por su amor? (Pet. II, 13). Y ¿qué soberbia será no humillarme al mismo Dios, reconociéndome por su vasallo, y pagándole con obediencia el tributo que le debo? ¡O rey del cielo! no permitas en mí tal soberbia, pues te humillaste tanto para remediarla.

PUNTO TERCERO.

Lo segundo ponderaré, que aunque este edicto se fundaba en soberbia y codicia, quiere Dios que sea obedecido de los suyos, porque gusta *obedezcamos á nuestros superiores en todo lo lícito que nos mandaren* (Math. XXIII, 3), aunque lo manden por sus propios intereses y dañados fines, reconociendo en ellos á Dios, cuyo lugar tienen. Y así Cristo nuestro señor levantó de punto esta obediencia, haciendo esta jornada por cumplir la voluntad del Eterno Padre que habia ordenado *naciese su Hijo en Belen de Judá* (Mich. v, 2; Math. II, 6), aunque su providencia tomó

este edicto del emperador Augusto, como medio para conseguir su intento. Y como Cristo nuestro señor venia al mundo *á cumplir, no su voluntad, sino la del que le enviaba* (Joan VI, 38), quiso nacer en el lugar donde su Padre habia ordenado, y nacer obedeciendo, como murió obedeciendo, para que todos aprendamos á obedecer. ¡O Amado mio! pues mi vida está en hacer tu voluntad, mis entradas y salidas en cuanto hiciere, sean conformes á ella por siempre jamás. Amen.

MEDITACION SEGUNDA.

PUNTO PRIMERO.

En tercer lugar, se ha de considerar la jornada de la Vírgen, el modo como caminaba y las virtudes que ejercitaba con deseo de imitarla en ellas: ponderando como por ser ella pobre, el camino largo, y el tiempo del invierno riguroso, no la

faltaban trabajos; pero todos los llevaba con admirable paciencia y alegría. Iba con gran modestia de sus ojos, y el corazon puesto en Dios y en el Hijo que llevaba en sus entrañas, con quien tenia sus coloquios y entretenimientos como arriba se dijo: Si algun rato hablaba con su Esposo, todo era de Dios con gran dulzura; y no se cansaba, aunque iba preñada, porque el hijo no era cargoso, y la esperanza de verle presto nacido la daba grande alegría y gusto salir de Nazaret, porque con mayor quietud gozaria de su Hijo, nacien do fuera de ella. O Vírgen benditísima, no es menester deciros como á la Esposa (*Cant.* II, *10*, *11*, *12*): ...*Que os deis prisa á caminar, pues ya pasó el invierno y cesó la lluvia, y han salido las flores del verano;* porque las ganas de padecer y obedecer, os hacen caminar en el rigor del invierno, para que nazca la flor de Jesé, en quien está nuestro descanso. ¡Oh quien pudiera imitar las virtudes que en este camino ejercitasteis, acompañando

vuestros pasos con espíritu, ya que no me fué concedido hacerlo con el cuerpo!

PUNTO SEGUNDO.

En cuarto lugar, consideraré la entrada de la Vírgen en Belen, la cual fué en ocasion de tanto concurso de gente, que no halló quien la hospedase, ni en el meson hubo aposento donde estuviese; y así le fué forzoso recogerse á un pobre establo de animales, trazándolo así la divina Providencia, para que el Hijo de Dios entrase en el mundo mendigando y padeciendo, sin haber quien se compadeciese de su trabajo.

Sobre este paso se ha de ponderar la excelencia del Señor que busca posada para nacer y no la halla: la ceguedad de los hombres que no le conocen ni se la dan: los bienes de que se privan por no dársela: y como escoge para sí lo peor del mundo, sacando afectos y sentimientos tiernos de todo esto.

Lo primero ponderaré, como los hombres del mundo tienen palacios y casas muy acomodadas, y los ricos de Belen estaban muy abrigados y aposentados á su gusto; y el Hijo del Eterno Padre, *Señor de todo lo criado* (Joan. I, 3), viniendo á buscar posada, y en su propia ciudad donde era natural, y entre los de su tribu y familia, *no halla quien le hospede* (Joan. I, 11). ¡O Verbo eterno encarnado, cuan presto comienza el mundo á desecharte, habiendo tú venido á remediarle! Ya puedes decir, que *las raposas* del campo *tienen cuevas, y las aves del cielo nidos,* donde pongan sus huevos y crien sus hijuelos; *pero el Hijo del hombre,* y su pobre Madre, *no halla donde reclinar su cabeza* (Luc. IX, 58). Las raposas te echan de sus cuevas, porque los astutos y ricos de la tierra aborrecen tu simplicidad y pobreza. Las aves no te admiten en sus nidos, porque los nobles y soberbios del mundo desprecian tu humildad y bajeza; y así te vas al pobre y humilde establo,

donde *el buey conocerá á su poseedor, y el jumento dejará su pesebre por darle á su Señor* (Isai. I, 3). O Señor de los señores y poseedor de todo lo criado, echa de mi alma las raposerías astutas y las volaterías soberbias que la ocupan, para que tú halles posada dentro de ella.

PUNTO TERCERO.

De aquí subiré á considerar, como la causa de no hallar posada Cristo en Belen, era la ignorancia de aquella gente; porque llegando Dios á sus puertas, no le conocian, ni sabian el bien que les viniera si le admitieran, admitiendo otros huéspedes de quienes podian recibir poco ó ningun provecho. ¡O cuan dichoso fuera el que hospedara á este Señor para que naciera en su casa! ¡qué de riquezas espirituales le diera! ¡cuan bien le pagara el hospedaje como lo pagó á Marta y á Zaqueo! ¡O cuan dichosa seria mi alma si acertase á hospedar á este Señor y darle

lugar para que naciese espiritualmente en ella ! O Dios infinito, *que rodeas las puertas* de mi corazon, *llamando* con inspiraciones para que te abra, con deseo de entrar en él para enriquecerle con los dones de tu gracia (*Apoc.* III, *20*), no permitas que te cierre la puerta por no conocerte, ó te despida por no estimarte. Ven, Señor, ven y llama, que yo te oiré: toca á mi puerta, que yo te abriré y te daré la mejor pieza de mi casa que es mi corazon, para que descanses á tu voluntad en ella.

Finalmente tengo de ponderar la paciencia con que la Virgen y san José llevaron aquel trabajo y desamparo, y con cuanta alegría sufrieron los desvíos de los que los desechaban por ser pobres; y con qué gusto se recogieron al establo, tomando para sí el lugar mas desechado de la tierra. Con lo cual maravillosamente hermanaron humildad y pobreza con paciencia y alegría: á cuya imitacion procuraré desear para mí lo peor y mas despreciado del mundo, llevándolo con alegría cuan-

do me cupiere en suerte; pues que no hay suerte mejor que imitar á estos gloriosos Santos, como ellos imitaron á Cristo, al modo que luego verémos.

Del nacimiento de Jesucristo nuestro señor en el portal de Belen.

MEDITACION PRIMERA.

PUNTO PRIMERO.

Primeramente se ha de considerar lo que hizo el Verbo eterno encarnado en las entrañas de su Madre, cuando llegó la hora de salir de ellas.

Ponderando lo primero, que así como no quiso anticipar el tiempo de su nacimiento, tampoco quiso dilatarle, sino nacer puntualmente cumplidos los nueve meses, para manifestarse al mundo con un entrañable deseo de comenzar su carrera con gran fervor y alegría de corazon, cumpliéndose lo que dijo David: *Alegróse co-*

mo gigante para correr su carrera; de lo sumo del cielo es su salida, sin parar hasta el otro extremo (Ps. XVIII, 7): porque aunque sabia cuan áspera habia de ser la carrera desde su nacimiento hasta su muerte, se alegró con fortaleza para comenzarla, saliendo del vientre de la Vírgen, que era su cielo, poniendo luego los piés en el lugar mas vil y bajo que habia en la tierra: por lo cual debo darle gracias y suplicarle me dé luz para conocer y sentir lo que en esta su entrada pasa. O Niño mas fuerte que gigante: pues como nuevo sol resplandeciente quereis salir por el oriente á correr vuestra carrera hasta el occidente de la cruz, alumbrad mi entendimiento y encended mi voluntad, para que vea y contemple vuestra salida, y ame con gran fervor las virtudes que descubrís en ella.

PUNTO SEGUNDO.

Luego ponderaré, cuan liberal se mostró entonces con su Madre, á la manera

que un hombre poderoso y rico, cuando se ha hospedado en casa de un aldeano pobre, y le ha hecho buen hospedaje, no por interés sino por servirle, suele á la despedida pagárselo muy bien, y darle alguna preciosa dádiva, ó por agradecimiento ó por limosna: así tambien como la Virgen habia hecho á su Hijo tan buen hospedaje nueve meses, al tiempo que quiso salir de la posada, la dió dones riquísimos de gracia, una altísima contemplacion de aquel misterio, y unos júbilos de alegría extraordinarios, en lugar de los dolores que otras mujeres suelen sentir cuando están de parto; porque no era razon, que quien no tuvo deleite sensual en el concebir, tuviese dolor en el parir; y aunque consigo no dispensó en lo que era padecer dolores, quiso que su Madre en este caso no los padeciese. De la misma manera puedo considerar, que cuando entra Cristo nuestro señor sacramentalmente en nosotros, á la primera entrada nos da la gracia sacramental: y si le ha-

cemos buen hospedaje, antes de la salida nos da ricas joyas de afectos de devocion y contemplacion y júbilos de alegría, como quien paga el buen hospedaje que le hacemos. Por tanto, alma mia, mira como hospedas á este Huésped soberano, para que te deje rica y harta con los dones del cielo.

PUNTO TERCERO.

En tercer lugar ponderaré, como Cristo nuestro señor por la misma causa quiso salir del vientre de su Madre con un modo milagroso, sin que ella padeciese detrimento en su virginidad, porque no era razon saliese de la casa donde tan buen hospedaje le habian hecho con daño de la entereza que tenia, honrando con esto á su Madre, y avisándonos á todos, que por hospedarle y servirle no recibirémos detrimento, haciendo, si fuere menester, para ello algun milagro; porque quien no lo hizo para preservarse á sí de padecer,

suele hacerle para preservar de ello á sus escogidos cuando les conviene. ¡O Maestro soberano! cuan bien me enseñais con este ejemplo la condicion del verdadero amor, que es riguroso para sí y blando con otros: para sí quiere los rigores por afligirse, y para el prójimo los favores por regalarle: ayudadme con vuestra copiosa gracia, para que en ambas cosas imite vuestra encendida caridad.

MEDITACION SEGUNDA.

PUNTO PRIMERO.

Consideremos lo que hizo la Vírgen santísima, cuando, por júbilos que sentia su corazon, conoció que era llegada la hora del parto, ponderando sus afectos, sus obras y sus palabras.

Porque recogiéndose á un rincon del portal, puesta en altísima contemplacion, parió á su Hijo unigénito, y luego le tomó en sus brazos. ¡Oh qué contento y alegría

recibió con aquella primera vista, no parando en la hermosura que miraba por defuera en el cuerpo, sino pasando á la belleza del alma y de la divinidad! Por una parte le abrazaba y besaba con amor como á su hijo, y por otra se encogia y retiraba con humildad, mirando que era Dios, porque con estos dos brazos quiere Dios ser abrazado; esto es, con caridad y humildad, con amor y reverencia; y lo mismo tengo yo de hacer espiritualmente, tomándole como en mis brazos, amándole y reverenciándole, acercándome con amor y encogiéndome con humildad.

PUNTO SEGUNDO.

Hecho esto, la Vírgen envolvió á su Hijo en los pañales y mantillas que tenia aparejadas, y reclinóle en un pesebre con afecto de humildad, teniéndose por indigna de tenerle en sus brazos, é hincadas las rodillas le adoró como á Dios y Señor suyo, y hablaria con él amorosamente, porque estaba cierta que la entendia. Dió-

le gracias por la merced que habia hecho al género humano, en haber venido á redimirle. Tambien le dió gracias por haberla tomado por madre suya, sin sus merecimientos, y allí se ofreció de servirle con todo su cuerpo, alma y fuerzas, empleándolas todas en su servicio; y todo esto diria con unas palabras y afectos amorosísimos y tiernísimos, los cuales son mas para sentir que para poderse explicar.

PUNTO TERCERO.

Lo mismo haria el santo José adorando al Niño, agradeciéndole la merced que le hizo en tomarle por su ayo, y ófreciéndose á servirle muy de veras. Y lo mismo tengo que hacer yo en compañía de estos santos, con entrañable agradecimiento, ofreciéndole mi cuerpo y alma, con todas mis potencias. ¡O dulcísimo y soberanísimo Señor! ¿qué gracias os podré dar por tan gran merced como me habeis hecho,

en venir á remediarme hecho niño en tanta pobreza? ¡Oh quien se hallara presente en aquella hora, para serviros en vuestra niñez! Aquí me presento en espíritu delante de vuestra Majestad, y os ofrezco lo que soy, puedo y valgo, para emplearlo todo en vuestro servicio: aceptad esta buena voluntad, y dadme gracia para ponerla por obra.

MEDITACION TERCERA.

Considerarémos las grandezas milagrosas de aquel divino Niño puesto en el pesebre, ponderando la dignidad de su persona, las palabras que diria con el corazon, las obras que hacia y las cosas que padecia, y por quien y cómo, y las heroicas virtudes que allí ejercitaba. Todo esto he de ponderar, como lo ponderaria la Vírgen sacratísima, en esta forma.

PUNTO PRIMERO.

De la persona del Niño.

Primeramente miraré la persona de aquel Niño, haciendo comparacion de lo que tiene en cuanto Dios, á lo que tiene allí en cuanto hombre, con un afecto de admiracion y amor, el mayor que pudiere, ponderando como este Niño es aquel Dios de la majestad, cuya silla es el cielo, y cuyo trono son los querubines, y cuyos criados son las gerarquías de los ángeles, estando en medio de ellas como emperador, á quien todos adoran y reconocen vasallaje; y por otra parte, está puesto en vil pesebre en medio de dos torpes animales. Y el que es Verbo y palabra del Eterno Padre, por quien crió todas las cosas, y las sustenta con su virtud, está hecho infante sin hablar, y fajado de piés y manos, sin poderse menear. Y el que tiene por vestidura la lumbre infinita de la divinidad, por ser resplandor de la gloria de su

Padre, y viste de hermosura á sus criaturas, y las dá mantenimiento con mano larga para conservar su vida, ese está vestido de pobres pañales y mantillas, y tiene necesidad de ser sustentado con la leche de su Madre. ¡O Niño excelentísimo y abatidísimo, y en todo venerable, y en todo amable! pero *quantò pro me vilior, tantò mihi carior* (D. Ber. serm. 1 in Epip.), cuanto por mí estás mas despreciado, tanto eres mas digno de ser amado: y cuanto mas abatido, tanto mas ensalzado; porque en los abatimientos muestras las grandezas de tu inmensa caridad. ¡Oh quien te amase como tú mereces! ¡oh si me apocase y humillase como yo mismo merezco! porque apocarme en mí, será engrandecerme en ti. ¿Cómo no te confundes, ó alma mia, de ver esta persona tan grande y tan humillada, y la tuya tan vil y tan envanecida? Aprende de este Niño á humillarte; porque quien se humillare como él en la tierra, será por él engrandecido en el cielo.

PUNTO SEGUNDO.

De las palabras que diria.

En segundo lugar, ponderaré las palabras que diria este Niño, no con la lengua, sino con el espíritu: no con voces, sino con ejemplos. Con su Eterno Padre hablaria, dándole gracias por haber llegado aquella hora y haber querido que esté reclinado en aquel pesebre, ofreciéndole con grande amor todos los trabajos que habia de padecer en el mundo; y diciéndole otra vez aquello que pondera el Apóstol, que entrando en el mundo, dijo: *Veisme aquí, Señor, que he venido á cumplir tu voluntad* (Hebr. x, 9; Ps. xxxix, 9). Pero con los hombres hablaba tambien, y daba voces con sus ejemplos, diciendo desde aquel pesebre lo que después dijo predicando: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon; y si no os convirtiereis, y os hiciereis como niños, no entra-*

réis en el reino de los cielos: y el que se humillare como este niño, este será el mayor en el reino de los cielos (Mat. XI, 29: ibid. XVIII, 3). Estas y otras palabras está allí predicando con el ejemplo, las cuales tengo de oir con gran devocion, suplicándole abra los oidos de mi corazon, para entender este lenguaje y ponerle por obra. ¡O soberano Niño! que desde ese pesebre me estais convidando *á que me haga niño* (Marc. X, 14 et 16); ya que siempre fuisteis tan amigo de niños, que los *abrazabais con amor*, hacedme como Vos, niño en la inocencia, pequeñuelo en la humildad, infante en el silencio, y tierno en la caridad. En estas cuatro cosas consiste hacernos niños, para ser en los ojos de Dios grandes.

PUNTO TERCERO.

De las obras que hace.

Luego miraré las obras que hace, en lo cual hay una cosa maravillosa que ponde-

rar; porque siendo varon tan perfecto en el juicio, como cuando era de treinta años, hacia todas las obras, meneos y semblantes de niño, no contrahechos ni fingidos, sino real y verdaderamente como los demás niños, con una armonía admirable para quien sabe ponderar la reunion de estas dos cosas. En particular ahora ponderaré aquel llorar del Niño, y las causas de sus lágrimas: llora, no tanto de dolor por lo que padece, como los demás niños, cuanto por lo que nosotros padecemos por nuestros pecados, llorando con amor por ellos; y así con aquellas lágrimas juntaria interiormente oraciones fervorosísimas al Eterno Padre, haciendo lo que dijo san Pablo: *que en los dias de su carne ofreció ruegos y oraciones á Dios con gran clamor y lágrimas* (Hebr. v, 7). Y es de creer, que la Vírgen lloraria viendo llorar á su Hijo, y ponderando las causas por que lloraba. ¡O dulce Jesus! ¿porqué llorais tan amargamente mis miserias, olvidado de las vuestras? ¡O alma mia! ¡como no lloras

viendo llorar á este Niño, que así llora por ti! Llora tú de compasion por verle llorar: llora, porque eres causa de su llanto, y llora por tus pecados, que afligen su corazon; y si no lloras por esto, llora porque eres tan dura, que no sabes llorar, teniendo tanta razon de derramar copiosas lágrimas. ¡O Vírgen sacratísima! alcanzadme don de lágrimas, siquiera para acompañaros con ellas, por el consuelo de vuestro Hijo, que se consuela con vernos llorar, y dice: que son *bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados* (Mat. v, 5).

PUNTO CUARTO.

De las cosas que padece.

Ultimamente, miraré las cosas que padece este Niño; que son pobreza, desprecio, frio y dolor, con otras incomodidades. Todo lo cual padece, no por necesidad ó por fuerza, sino por voluntad y de

grado; porque como es Dios y varon en el juicio, él escogió todo lo que padece. Escogió nacer en el tiempo mas riguroso del invierno, en la hora mas fria de la media noche, en el portal mas vil y despreciado de toda la ciudad, con la mayor pobreza, desamparo y olvido de los hombres que era posible, y todo con tanto disfraz de humildad, que siendo voluntario parecia forzoso, y por consiguiente mas vil y abatido. Finalmente, desde el pesebre, como él mismo lo dijo en el salmo 87, tomó por compañeros inseparables hasta la muerte á la pobreza, desprecios, dolores y trabajos, y en todas estas cosas padeció mil géneros de aflicciones, escogiendo tal modo de vida, contraria á la del mundo, para descubrir con su ejemplo los engaños y errores de los mundanos que le siguen; pues, como dice san Bernardo, evidente cosa es que el mundo yerra, escogiendo por sus compañeros riquezas, honras y regalos; pues Cristo, sabiduría infinita, que ni puede engañarse ni engañarnos,

escoge sus contrarios. Con esta consideracion tengo de confundirme en la presencia de este Niño benditísimo, viendo cuan al revés he vivido de lo que él enseña, y proponer de imitarle de aquí adelante, escogiendo padecer lo que él padece, suplicándole me haga digno de padecer con él y como él, no por necesidad, sino por voluntad, de grado y por amor. ¡O Niño soberano! que, como otro David, eres *Príncipe sapientísimo entre tres (Reg.* XXIII, *8),* porque de las tres divinas Personas tú eres la segunda, á quien se atribuye la sabiduría; ¿qué haces sentado en esa cátedra del pesebre callando, sin decirnos nada? *Tú eres el gusanito tiernísimo del madero, que con tu ímpetu matas ochocientos,* porque con el desprecio y humillacion que tienes en el madero, carcomido de tu brizo, matas con el ímpetu de tu amor divino los innumerables ímpetus del amor mundano. ¡O Príncipe sapientísimo y fortísimo! que callando enseñas, y callando matas, enséñame á seguir con silencio

tus desprecios, y mata en mi corazon los afectos mundanos, para que, haciéndome gusano á imitacion tuya, merezca subir á verte en el trono de tu gloria. Amen.

Del regocijo de los ángeles en el Nacimiento del Hijo de Dios, y de la nueva que dieron á los pastores.

MEDITACION PRIMERA.

PUNTO PRIMERO.

Considerar lo que pasaria en el cielo al tiempo que nació Cristo nuestro señor en el suelo; porque las gerarquías de los ángeles, como veian claramente la infinita majestad y grandeza de Dios, y por otra parte le miraban tan humillado, arrinconado y desconocido de los hombres, quedaron admirados en extremo de tanta humildad, y con grandes ansias de que fuese honrado y venerado de todos, desean-

do, si Dios les diera licencia, bajar al mundo á manifestarle y darle á conocer. Entonces el Padre Eterno mandó á todos aquello que pondera san Pablo: *Cuando entró su Primogénito en el mundo, dijo: Adórenle todos sus ángeles* (Hebr. 1, 6), todos dice, sin faltar ninguno: y todos desde el cielo le adoraron con suma reverencia, viéndolo este Niño desde el suelo. Los serafines, encendidos en amor, mirándole, se tenian por helados, y con profunda humildad le reconocian por su Dios. Los querubines, llenos de ciencia, en presencia del Niño se tenian por ignorantes, y con grande temblor le adoraban y reverenciaban como á su Señor. Y lo mismo hacian los otros coros angelicales. Gózome, ó Bien mio, de veros adorado de vuestros ángeles, y pésame grandemente de veros tan olvidado y desconocido de los hombres. Yo, Señor, os adoro juntamente con estos espíritus bienaventurados, y deseo de corazon que todos los hombres os conozcan y adoren: y si valgo

para darles noticia de esto, *Ecce ego, mitte me : veisme aquí, enviadme* (Is. vi, 8); porque si me enviais, yo volaré con las alas que me diereis, y como los serafines daré voces por el mundo, diciendo: Santo, Santo, Santo eres, Dios de los ejércitos, llena está la tierra de tu gloria; aunque con el humo de la humillacion, que tienes en este pobre portal, parecé que está oscurecida.

PUNTO SEGUNDO.

Considerar, como el Padre Eterno quiso manifestar el Nacimiento de su Hijo á los pastores que estaban en la comarca de Belen, velando y guardando su ganado, enviando para esto un ángel, que se cree fué san Gabriel, vestido de un cuerpo resplandeciente, y rodeándoles con una luz celestial, les dijo: *Mirad que os traigo una nueva de grande gozo para todo el pueblo, porque ha nacido para vosotros el Salvador en la ciudad de David: esto ten-*

dréis por señal, que hallaréis al Infante envuelto en pañales y puesto en un pesebre.

Sobre este paso consideraré lo primero, como no quiso Dios manifestar este misterio, ni enviar este ángel á los sabios de Belen, porque eran soberbios; ni á los ricos, porque eran codiciosos; ni á los nobles, porque eran regalados, sino á los pastores, porque eran pobres, humildes, trabajadores, y estaban en vela atendiendo á su oficio; porque tales disposiciones como estas quiere Dios en aquellos á quien ha de dar parte de sus misterios; y si á mí no me la da, es porque me faltan; pues por esto dijo, que *los encubre á los sabios y prudentes, y los revela á los pequeñuelos y humildes* (Mat. XI, 25).

PUNTO TERCERO.

Considerar, como es materia de sumo gozo, que el Salvador nace para nosotros: no nace para sí, porque no viene á salvarse á sí mismo: ni nace para los ánge-

les, porque no viene á salvarlos; sino nace para los hombres y para mí porque viene á salvarme: para mí nace, y es circuncidado, y todo cuanto hizo y padeció, para mí es; y lo que pasa en el pesebre, todo es para perdonar mis pecados, para encenderme en amor de las virtudes, y para enriquecerme con aquellos merecimientos. O dulce Jesus, lo que para Vos es materia de dolor, es para mí materia de gozo. Gózome de que seais tan bueno, que abraceis mis dolores por darme vuestros gozos: *no sea yo, Señor, tan desdichado, que habiendo nacido para bien de todos los hombres, viva como si no hubierais nacido para mí, buscando con soberbia la grandeza, olvidado de vuestra pequeñez.* (D. Bern. serm. 4 de resurrec.)

PUNTO CUARTO.

Ponderar, como las señales para hallar al Salvador nacido, son infancia, pañales y pesebre. ¡O grandeza infinita de Dios!

¡quien tal pensara que cosas tan bajas habian de ser señas para hallar y conocer al Dios de la Majestad! Pero ya sé, Señor, que gustais de estas bajezas, y que estais en medio de ellas para moverme á procurarlas, enseñándome de camino, que las señales para conocer que habeis nacido en mí espiritualmente, son inocencia de niño en la vida, silencio en la lengua, pobreza en el traje y humildad en escoger para mí lo mas vil y desechado de la tierra. Imprimidlas, Salvador mio, en mi alma, para que sea semejante á Vos, y gusteis de nacer y morar en ella.

MEDITACION SEGUNDA.

PUNTO PRIMERO.

Sobre este punto se ha de considerar, quien envió á estos ángeles, y para qué fin, y el himno ó cántico que dicen. Quien les envia es el Padre Eterno para honrar á su Hijo, que tan humillado estaba por

su amor; porque siempre tuvo cuidado de ensalzarle cuando él se humillaba, y para que los ángeles enseñasen á los hombres con su ejemplo lo que habian de hacer en este caso. Gracias os doy, Eterno Padre, por este cuidado que teneis de honrar al que se humilla. Bien os tiene merecido que le honreis, pues se ha humillado por honrarnos; y pues es justo que yo le honre y le alabe, enseñadme á cantar este himno de los ángeles, con el espíritu que le cantaron ellos: *Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad* (Luc. II, 14).

Gloria á Dios en las alturas. Por esta palabra nos enseñan los ángeles que toda esta obra de la Encarnacion es gloria de Dios por excelencia: de modo, que ninguna de sus obras le da tanta gloria como esta, por la cual merece ser alabado de todos los que profesan alteza de vida, y en los cielos es por ella especialmente glorificado; y es razon que lo sea en nuestra tierra, pues por esta causa está llena de

la gloria de Dios, como lo dijeron los serafines, cuando Isaías vió la gloria de este Señor. ¡O Rey de la gloria de Dios! levantad mi corazon á las alturas, para que glorifique vuestro nombre en la tierra, como le glorifican los ángeles en el cielo. Cuanto hiciere y dijere, será para vuestra gloria, sin buscar la mia, y de mi boca no se apartará esta palabra, gloria sea á Dios trino y uno. Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu santo. Gloria al Padre, porque me dió á su Hijo: gloria al Hijo, porque se hizo hombre por mi remedio, y gloria al Espíritu santo, de cuyo amor esta obra procedió.

PUNTO SEGUNDO.

Y en la tierra paz; que es decir: Con esta insigne obra viene la paz á los moradores de la tierra, y no paz limitada sino muy cumplida: paz con Dios y con los ángeles: paz á cada uno consigo y con los demás hombres, porque este Salvador trae

la reconciliacion del mundo con su Padre, el perdon de los pecados, la victoria de los demonios, la sujecion de la carne al espíritu, la union y concordia de las voluntades entre sí y con Dios, de la cual procede la alegría de la conciencia, y la *paz que sobrepuja á todo sentido* (Philip. IV, 7). ¡O Príncipe de la paz! pues está escrito, que en tus dias naceria la justicia y la abundancia de la paz hasta que se acabe la luna; suplícote humildemente quites de mí toda la mutabilidad mundana, y me fortalezcas con la santidad y paz divina.

PUNTO TERCERO.

A los hombres de buena voluntad. En esta tercera palabra se ha de ponderar, que la paz, aunque originalmente nace de la buena voluntad que Dios nos tiene, con lo cual la ofrece á todos los hombres; pero con efecto solamente la gozan los que tienen buena voluntad bien intencionada,

conforme con la de Dios y sujeta á su divina ley. De suerte, que no se promete la paz á los hombres por ser de buen entendimiento ó agudo ingenio, ni de grandes fuerzas ó insignes talentos y dotes naturales; porque con todas estas cosas puede haber mucha guerra y discordia y enemistad de Dios: y aunque falten, no me faltará la paz si tengo buena voluntad, y así he de hacer mas caso de ella que de todo lo demás: porque como dice san Gregorio *(Hom. 5 in Evangel.)*: *Ninguna cosa hay mas rica*, ni mas amable, ni mas pacífica, *que la buena voluntad:* así como al contrario, ninguna cosa hay mas miserable, ni mas turbada, ni mas aborrecible, que la mala voluntad. Y por esto con gran fervor he de pedir al Salvador que nace, me libre de la mala, y me dé la buena, pues es dádiva suya. Y así dice otra letra: *A los hombres sea buena voluntad.* ¡O Salvador dulcísimo! dame esta buena voluntad que nos ofreces, para que niegue mi voluntad propia y siga la tuya,

buena, agradable, y muy perfecta (Rom. XII, 3); pues la tuya es principio de todos los bienes, y la mia, dejada á su albedrío, es raiz de todos los males.

PUNTO CUARTO.

Considerar como habiendo estado los ángeles un rato con los pastores, volviéronse al cielo; y puédese creer piadosamente que se irian por el portal de Belen sin ruido sensible, y que allí renovarian su cántico, de modo, que la Vírgen y san José le oyesen, y adorarian al Niño recien nacido con suma reverencia como á su Dios y á su rey. ¡Oh qué contento recibiria la Vírgen con esta música; y cuan agradecida quedaria al Padre Eterno por la honra que hacia á su Hijo, y cuan gozosa de ver tan gran ejército angelical, y cuan confirmada en la fe, acordándose de lo que está escrito, *adórenle todos sus ángeles* (Hebr. I, 6)! Yo, Dios mio, os adoro con ellos, y os canto la gloria en ese vues-

tro pesebre, y deseo que todo el mundo os la cante dentro de vuestra Iglesia, para que de todos seais glorificado por todos los siglos. Amen.

De la ida de los pastores á Belen, y de lo que allí les sucedió, y lo demás hasta la Circuncision.

MEDITACION PRIMERA.

Partidos los ángeles, exhortábanse los pastores unos á otros, diciendo: Vamos á Belen, y veamos con nuestros ojos lo que se nos ha dicho, y así con gran priesa comenzaron á caminar hasta el portal. (Luc. II, 15).

PUNTO PRIMERO.

Sobre este punto he de ponderar lo primero, como los pastores no echaron en

olvido la revelacion, sino con caridad se animaban unos á otros á esta jornada, porque las inspiraciones y mandatos de Dios no se han de olvidar, sino ejecutar, exhortándonos con palabras y ejemplos al cumplimiento de ellos: al modo que los santos cuatro animales, siguiendo el ímpetu del espíritu, se herian unos á otros con las alas, como quien se provocaba á seguirle con mas fervor. Lo segundo, tuvieron grande obediencia; porque aunque el ángel no les mandó expresamente ir á Belen, contentáronse con que mostró ser este gusto de Dios, pues para eso lo revelaba é inspiraba, y al perfecto obediente bástale tener cualquier significacion de la divina voluntad para ponerla luego por obra, aunque sea menester dejar por esto (como los pastores) el ganado y cuanto tiene.

PUNTO SEGUNDO.

Considerar como los pastores ejecutaron con grande fervor lo que Dios queria, y por esto se dice que iban aprisa, movidos del divino Espíritu, con deseo de ver la palabra que el ángel les dijo, que era la palabra eterna de Dios hecha carne por nosotros: y su fervor les hizo dignos de hallar lo que buscaban, guiándoles el ángel al lugar del pesebre donde estaba. ¡Oh quien pudiese imitar la obediencia y diligencia fervorosa de estos santos pastores para buscar y hallar al Salvador! O Pastor soberano, cuyas ovejas son los demás pastores, descúbreme con tu divina ilustracion el lugar donde estás recostado y te apacientas en tu santo nacimiento, para que te busque y halle de modo que te conozca y ame por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO.

Entraron los pastores en el portal de Belen, *y hallaron al Infante con su Madre* (Mat. II, 11). Aquí se ha de considerar lo que hicieron estos devotos pastores cuando hallaron lo que buscaban.

Lo primero es de creer, que en entrando, saldria del rostro del Niño benditísimo una luz y resplandor que penetraria sus entendimientos, y les descubriria con viva fe como el que allí estaba era Dios y hombre, salvador del mundo, y el Mesías prometido en la ley, y con esta luz, encendidos en amor suyo, con gran reverencia, postrándose en tierra, le adorarian y agradecerian su venida al mundo, suplicándole llevase adelante esta obra, y se compadeciese de su pueblo de Israel, y tambien se ofrecerian á servirle con palabras muy llenas de devocion.

Tambien es de creer, que le ofrecerian algo de lo que tuviesen, conforme á su po-

breza; porque nuestro Señor les traeria á la memoria aquello del Deuteronomio que dice: *No aparecerás vacío delante del Señor* (Deut. XVI, 16). ¡Oh, con qué afición se lo ofrecerian, y con qué amor lo aceptaria el Niño, y les volveria en retorno copiosos dones de su gracia, de modo, que no saliesen vacíos de su presencia!

Tambien es de creer, que la Virgen se lo agradeceria con humildad, y ellos la hablarian con gran respeto, admirados de la santidad que en ella resplandecia, y la contarian todo lo que les habia pasado con los ángeles, de lo cual recibiria grandísima alegría por la gloria de su Hijo. ¡O dulce Jesus! yo te adoro con estos santos pastores, y deseo adorarte con la devocion que ellos te adoraron; y por no venir á tu presencia vacío, te ofrezco mi corazon y libertad, y cuanto tengo. Suplícote, Dios mio, que no salga vacío de tu presencia, mas lléname de tu gracia, para que con ella te sirva y alcance la vida eterna. Amen.

MEDITACION SEGUNDA.

Los pastores se volvieron alabando y glorificando á Dios por lo que habian visto, y publicábanlo á cuantos topaban, causando grande admiracion en todos; pero María conservaba todas estas cosas, confiriéndolas en su corazon (Luc. II, 18, 19, 20).

PUNTO PRIMERO.

Acerca de esta verdad, es bien ponderar cuatro suertes de personas que hubo en Belen y su comarca, y el modo como se hubieron cerca de este nacimiento del Hijo de Dios, aplicándolo á mí mismo para mi provecho.

Unos no asomaron al portal de Belen; y aunque oyeron lo que decian los pastores, y se admiraban de oirlo, con todo eso no leemos que se moviesen á ir á verlo, em-

bebidos en sus ocupaciones y negocios, como muchos ahora no acuden á contemplar estos misterios por pereza y por acudir á otras cosas de su gusto.

Otros acaso entraban en aquel portal como de paso; pero ni conocian al Niño ni á la Madre, ni reparaban en mas de aquel exterior que veian, y pasaban adelante. Tales son los que asisten á estos misterios con fe muerta, sin reparar ni ahondar lo que hay en ellos, y así ningun provecho sacan.

PUNTO SEGUNDO.

Considerar que otros, como fueron los pastores, entraron movidos de Dios, y con viva fe adoraron al Niño, y sacaron grandes provechos; pero no se quedaron allí, sino volviéronse á su oficio, alabando á Dios y pregonando sus maravillas. Tales son los justos, que á tiempos se dan á la oracion y contemplacion de estos misterios, y de allí salen á cumplir sus obligaciones.

y predicar lo que han conocido de Dios, moviendo á otros para que le busquen y conozcan.

PUNTO TERCERO.

Considerar finalmente, como san José y la Vírgen siempre estuvieron en el portal asistiendo al Niño y sirviéndole con amor, y conservando en la memoria todo lo que veian y oian, confiriéndolo en su corazon. ¡Oh qué conferencia tan divina haria la Vírgen de todo esto! Conferia lo que era Dios en el cielo, con lo que tenia aquel Niño en la tierra; lo que dijeron los profetas, con lo que miraba con sus ojos; lo que el ángel y pastores le habian dicho, con lo que tenia presente en aquel pesebre: y esta conferencia no era seca, sino tierna, llena de grande admiracion y de afectos fervorosos de devocion, y en esto gastó los ocho dias hasta la circuncision. A esta Señora imitan los que se dedican despacio algunos dias á la contemplacion de

estos misterios, haciendo estas conferencias espirituales dentro de sus corazones. Dichosos los que de esta manera pueden y saben asistir al Niño en el pesebre. ¡O Vírgen soberana! enseñadme á conferir dentro de mí mismo lo que la fe me dice de vuestro Hijo, y lo que Vos conferiais de él en vuestro corazon, para que imprimiéndolo en mi espíritu, nunca me aparte de su presencia, ocupándome en conocerle, amarle y servirle por todos los siglos. Amen.

De la circuncision del Niño al octavo dia.

MEDITACION PRIMERA.

PUNTO PRIMERO.

Considerar, como al octavo dia del nacimiento, la Vírgen y san José determinaron de circuncidar al Niño, en cumpli-

miento de la Ley, que ponia precepto de ello á los padres (*Luc.* II, 21).

¿Quien no vé la obediencia de la Vírgen y de san José, tan puntual y pronta á este precepto, con saber que la ejecucion de él habia de ser penosa y dolorosa al Niño, que tanto amaban? Pero la voluntad de Dios ha de ser sobre todo, la cual estimaba tanto la Vírgen, que, si fuere menester, ella misma, como otra *Séfora, tomara el cuchillo, y circuncidara á su Hijo* (*Exod.* IV, 25). Algunos dicen que ella le circuncidó: otros que san José: lo cierto es, que estaban aparejados para hacer todo lo que juzgaran ser mas agradable á Dios.

PUNTO SEGUNDO.

Pondera la caridad y devocion de la Vírgen, la cual sin duda quiso hallarse presente á este espectáculo; lo uno, para acariciar á su Hijo y curarle la llaga, como quien tanto le amaba. Lo otro, para

recoger la preciosísima sangre, que allí se derramaba, y guardar el pedacico de carne que se cortaba, porque sabia que era sangre de Dios y de inmenso valor. ¡Oh con cuanta devocion la besaria con su boca, y la guardaria en su pecho! ¡Oh qué requiebros de amor diria á esta sangre preciosísima, y como pediria al Padre Eterno, que por ella perdonase al mundo, suplicándole, si era posible, se contentase con esta sola, pues tanto valía! Tambien haria sus coloquios con el Espíritu santo, cuya Esposa era, diciéndole lo que dijo Séfora á Moisés, estando en un meson con su Hijo. ¡O Espíritu santísimo! como *sois para mí esposo de sangre* (Exod. IV, 25), queriendo que se derrame la sangre de mi Hijo, bañando con ella sus sagrados piés, mas no por eso os dejaré yo, como Séfora dejó á Moisés, porque estimo mas vuestra voluntad que la mia, aunque sea menester derramar mi propia sangre por cumplirla.

PUNTO TERCERO.

Por otra parte estaria la Virgen atravesada de compasion y dolor por lo que su Hijo padecia. Lloraria con él por verle llorar, y por la causa que lloraba, diciendo: ¡O pecado original, cuan caro cuestas á mi Hijo! ¡ó culpa del Adan terreno, cuan amarga eres á este Adan celestial! O Virgen benditísima, ¡si pudiese yo acompañaros en este lloro, llorando mis culpas para alcanzar remedio de ellas, por virtud de la sangre de vuestro Hijo!

MEDITACION SEGUNDA.

PUNTO PRIMERO.

Considera los heroicos actos de virtud que Cristo nuestro señor ejercitó en su circuncision, la cual en él no fué ejercicio solo de padecer, como en los demás niños

que carecen de uso de razon, sino obra de virtud excelentísima.

La primera fué, obediencia á la ley: porque dado caso que, como Dios y supremo legislador, pudiera dispensar consigo en ella, y habia causa bastante para ello, ó de rigor no le obligaba, por no haber sido concebido por obra de varon, ni con deuda de contraer pecado original: con todo eso quiso de su voluntad obedecer á este precepto áspero y penoso, y juntamente protestar que guardaria toda la ley vieja; pues, como dice san Pablo, *quien se circuncidaba, era deudor, obligado á cumplir toda la ley* (Galat. v, 3), por mas cargosa que fuese: y así este benditísimo Niño se ofreció entonces á llevar esta carga, *poniendo toda esta ley en medio de su corazon* (Psal. 39, 9), como él mismo lo dice por David, á fin de darnos un perfecto dechado de obediencia. ¡O alma mia! ¡cómo no te ofreces á llevar la carga y el yugo suave de la Ley nueva, pues tu Salvador se ofrece á llevar por ti la carga

pesadísima y el yugo incomportable de la Ley antigua! Si él obedece por tu ejemplo en las cosas duras, á que no estaba obligado, ¿porqué huyes de obedecerle en las cosas fáciles que te ha mandado? Perdonad, Señor, mi desobediencia, y ayudadme á seguir el ejemplo que me disteis, guardando vuestra Ley, al modo que Vos siempre la guardasteis.

PUNTO SEGUNDO.

La segunda virtud fué humildad: porque ya que este Señor no podia tenerse por pecador, pues ni lo era, ni lo podia ser, quiso ser tenido por tal, sujetándose á la circuncision, que era señal de niños pecadores: y quien le viera circuncidar dijera de él, que tenia pecado; lo cual ordenó para confusion de los que, siendo pecadores, no queremos parecerlo, sino tomar disfraz de justos. Por tanto, alma mia, pues te humilla la verdad, humíllete tambien la caridad; y pues conoces ser

digna de la humillacion por tus pecados, desea, como tu Señor, ser humillada, aunque carecieras de ellos.

La tercera virtud fué paciencia: porque los demás niños, por carecer del uso de razon, no temen la circuncision, ni el cuchillo ni la herida; y hasta que descarga el golpe, no lo sienten; pero este Niño benditísimo, como varon perfecto, sabia lo que se trataba, y naturalmente temia el golpe y la herida; pero con todo eso se estuvo tan quedo y tan sin menearse, como si no lo supiera: y cuando sintió la herida, aunque lloró como niño, y le dolió grandemente por la delicadeza de su complexion; pero en su corazon se alegró por derramar su sangre con tanto dolor, gustando de este trabajo por cumplir la voluntad de su Padre para bien nuestro.

PUNTO TERCERO.

La cuarta virtud fué una caridad ardentísima, derramando aquella poca san-

gre con tanto amor, que si fuera menester derramarla toda luego, así lo hiciera: y si conviniera recibir luego otras muchas mas y mayores heridas, á todo se ofreciera por el amor de su Padre, y por el bien nuestro. ¡O caridad inmensa! ¡O paciencia invencible! ¡ó humildad profunda y obediencia perfecta de mi Redentor! ¡ó virtudes soberanas, de las cuales se teje la vestidura sacerdotal de nuestro sumo sacerdote Jesus, muy mas preciosa que de grana y púrpura, de jacinto y holanda retorcida! ¡ó Sumo Sacerdote, que os vestisteis hoy esta vestidura, para ofrecer el sacrificio de la mañana, y os la vestiréis después en la cruz, para ofrecer el sacrificio de la tarde! vestidme con otra tal, para que *ofrezca mi cuerpo y alma en hostia viva, santa y agradable á vuestra soberana majestad* (Rom. xii, 1). Avergonzado estoy, Señor, viéndome tan desnudo de estas cuatro virtudes; ayúdeme vuestra gracia, para que cubra mi desnudez, y me vista de ellas. Amen.

MEDITACION TERCERA.

PUNTO PRIMERO.

Considera la circuncision espiritual que me pide Cristo nuestro señor con el ejemplo de esta circuncision corporal, con el cual me mueve y enseña á que circuncide y corte de mí todas mis demasías en regalo, honra y comodidades de la carne, mortificando los vicios y aficiones desordenadas, en razon de cumplir la ley de Dios, aunque sea menester para esto derramar sangre, porque de esta manera se alcanza el verdadero espíritu. Y en este sentido decia un santo, que refiere san Doroteo (*serm. 10*): *Da sanguinem, et accipe spiritum*: da sangre, y recibirás espíritu; porque la perfeccion del espíritu no se alcanza sino es á costa de sangre, mortificando y circuncidando todas las aficiones de carne y sangre.

PUNTO SEGUNDO.

Demás de esto, he de llevar de buena gana que otros me circunciden y ayuden á quitar estas demasías, ora lo hagan con buena intencion, ora con mala y por injuriarme, llevando con paciencia cuando me circuncidaren y quitaren algo de mi regalo, de mi honra ó comodidad, aunque sea con derramamiento de sangre; pues como dijo san Pablo: *No hace mucho quien pelea contra el pecado, cuando no llega á resistir derramando su propia sangre* (Hebr. XII, 4), como Cristo derramó la suya; á quien he de decir: amado mio, *tú eres para mí esposo de sangre* (Exod. IV, 25), porque por tu causa quiero sufrir de buena gana cualquiera circuncision y mortificacion que me viniere, aunque sea derramando por ti mi sangre.

PUNTO TERCERO.

Para esto me ayudará el considerar que Cristo nuestro señor derramó su sangre preciosa en tres lugares, y á manos de tres fuertes personas. Lo primero, en la circuncision por el ministro de Dios, que la obraba con santo fin. Lo segundo, en el huerto por sí mismo, con la consideracion de los trabajos de su pasion, la cual le hizo sudar sangre. Lo tercero, en casa de Pilato, y en el monte Calvario por mano de los verdugos y ministros de Satanás; para que yo me persuada que tengo tambien de estar aparejado á dar mi sangre, y padecer de estas tres maneras. Lo primero, sujetándome á lo que los ministros de Dios ordenaren, aunque sea cortando y circuncidando lo que mucho amo. Lo segundo, siendo yo el verdugo de mí mismo, moviéndome con la consideracion á obras de penitencia y mortificacion, castigando mi carne, y quitándo-

me lo que me estorba servir á Dios, aunque duela. Lo tercero, sufriendo los dolores y daños que me vinieren por manos de mis enemigos, con dañado ánimo. ¡O buen Jesus! por la sangre que derramaste en estas tres ocasiones, te suplico alientes mi corazon, para que se ofrezca, si fuere menester, á derramarla en las mismas; y pues tiene tanto que circuncidar, y el amor propio le detiene para no hacerlo, tú, Señor, por tu mano circuncídale, y da traza como otros le circunciden, para que no haya en él cosa demasiada que desagrade á tu divina Majestad.

De la imposicion del nombre de Jesus.

MEDITACION PRIMERA.

PUNTO PRIMERO.

Considera quien pone este nombre al Niño, y por qué causa, y cómo le acepta.

Ponderando como el que principalmente puso este nombre, ni fué la Virgen, ni san José, ni el ángel, sino el Padre Eterno; porque es tan grande la excelencia de este Niño, que ninguna criatura de la tierra ni del cielo podia por sí misma ponerle nombre que le cuadrase, sino solo su Eterno Padre, que le conocia, y sabia el fin para que encarnaba, y el oficio que habia de hacer en cuanto hombre. Y á esta causa, entre muchos nombres que podia ponerle, quiso que se llamase Jesus, que quiere decir salvador; porque su venida al mundo fué principalmente para salvarnos, y este fué su oficio. Y aunque otros tuvieron este nombre, pero no fué mas que por figura y sombra de este soberano Niño; el cual, á boca llena, y por excelencia, merece ser llamado Jesus, Salvador y Libertador, no solamente de los cuerpos, sino tambien de las almas, lo cual hace con tres excelencias admirables.

La primera, que nos libra de toda suer-

te de males, de ignorancias y errores, de culpas y de penas, así temporales como eternas. De suerte, que ningun mal hay tan grave, del cual no pueda librarnos este Salvador.

La segunda, que no solamente nos libra de males, sino tambien nos concede excelentísimos bienes, para que nuestra salud y salvacion sea copiosa y muy perfecta; y así nos comunica la gracia y sabiduría celestial, las virtudes y dones del Espíritu santo, con abundancia de merecimientos para ganar la corona de la gloria, hasta entrarnos en la tierra de promision, no como Jesus Nave en la tierra, que mana leche y miel de regalos temporales, que recrean al cuerpo, sino *en la tierra que mana leche y miel* de regalos eternos, que recrean y hartan sin fin al alma *(Deut.* XXXI, *20)*.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la tercera excelencia es,

en el modo de salvarnos; por razon del cual este nombre de Jesus ni puede convenir al que fuere solo Dios, ni á puro hombre ó ángel de cuantos hay criados, sino solamente á Cristo, cuyo es propio, por razon de ser Dios y Hombre verdadero: porque solo hombre no puede salvarnos; solo Dios puede salvarnos con sola misericordia; pero Dios y Hombre nos salva tambien con rigor de justicia, ganando por punto de lanza y por sus merecimientos la salvacion que su nombre significa. Y así preguntándole á este Señor quien era, respondió: *Yo, que hago justicia, y soy fuerte guerrero para salvar* (Isa. LXIII, 1). ¡O dulcísimo Jesus! sea para bien el nombre tan glorioso que hoy os ponen. Gózome que no sea nombre vacío ni de sombra, como otros le han tenido, sino lleno de verdad y de toda perfeccion. Alégrate, ó alma mia, con las excelencias de este Salvador tan soberano, y di con el profeta Habacuch (III, *18, 19*): *Yo me gozaré en el Señor, y me alegraré*

en Dios, mi Jesus y mi Salvador, porque *él es mi fortaleza, y me dará piés como de ciervo*, para huir de los pecados, *y como vencedor me llevará* con sus santos *sobre los cielos, donde le alabe con cánticos y salmos* por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO.

Considera como la Vírgen nuestra señora declaró en la circuncision el nombre que su Hijo habia de tener, cuyas excelencias conoció perfectísimamente, después que el ángel se lo reveló, y en su corazon las rumiaba y conferia; y así en este dia con suma reverencia y devocion le tomó en su boca y dijo: Jesus será tu nombre. ¡Oh, qué alegría tan grande sintió la Vírgen santísima cuando esta primera vez pronunció este dulcísimo nombre de Jesus! y no sola ella, sino el glorioso san José y los demás que estaban presentes, y oyeron este nombre, sintieron una suavidad y fragancia celestial; porque enton-

ces comenzó á cumplirse lo que está escrito en los Cantares: *Su nombre es como oloroso ungüento derramado, y por esto las doncellas le amarán* (Cant. 1, 2). Hasta esta hora este suavísimo nombre no echaba olor de sí, por haber estado encerrado y encubierto: ahora que se manifestó, derramó suavísima fragancia, alegrando, confortando y aficionando las almas puras y castas que le pronunciaron ó le oyeron, las cuales se encendieron en amor de este Señor, por la dulzura de su santo nombre; pero mas que todas la Vírgen sacratísima nuestra señora, por ser mas pura y limpia, y conocer mejor los misterios soberanos de este nombre. ¡Oh! con qué gusto repetiria aquellas palabras de su cántico: Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios, mi Jesus y mi Salvador, porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso y su santo nombre. ¡O Vírgen soberana! suplicad á vuestro Hijo imprima en mi corazon la estima y amor de este santo nom-

bre, que imprimió en el vuestro. ¡O nombre dulcísimo! derrama sobre mí tu fragancia celestial, para que mi alma flaca, enferma y miserable se conforte y sane con ella, y sea libre de las miserias en que está, gozando el fruto de su copiosa salvacion. Lo último, se ha de ponderar, como este Niño benditísimo aceptó el nombre y oficio de Salvador, y se gozó con él, ofreciendo con sumo gusto á su Eterno Padre de volver por la honra de este dulcísimo nombre, y de cumplir enteramente todo lo que significaba para bien de los hombres. Gracias te doy, ó buen Jesus, por esta voluntad que tuviste de salvarnos, aceptando el oficio con el nombre de Salvador: cúmplela, Señor, en mí con eficacia; y pues eres Jesus, *esto mihi Jesus*, sé para mí Jesus, sé mi Salvador.

—

MEDITACION SEGUNDA.

PUNTO PRIMERO.

Considerar las causas porque le pusieron este nombre al octavo dia en la Circuncision, porque aunque el ángel le declaró antes de la Encarnacion á la Vírgen, y después á san José; pero en la Circuncision se manifestó por dos causas principales. La primera, para honra del Niño; porque viéndole su padre tan humillado y que tenia imágen de pecador, quiere que entonces sea ensalzado, dándole un nombre sobre todo nombre, que es el nombre de Jesus; para que se entienda, que no solo no tiene pecado, sino que es salvador de pecadores y perdonador de pecadores. Esto me ha de mover á dar muchas gracias al Padre Eterno, porque así honra á su Hijo cuando por él se humilla; con lo cual me da prendas ciertas, que si yo

me humillare, él me ensalzará y me dará un nombre nuevo, tan glorioso, que ninguno le sepa estimar como conviene, hasta que le reciba, y Dios comunique sus grandezas en la gloria.

PUNTO SEGUNDO.

La segunda causa es, para que se vea, que el nombre y oficio de Salvador le habia de costar derramamiento de sangre; porque *sin derramamiento de sangre,* dice el Apóstol (*Hebr.* IX, *22*), *no hay remision de pecados.* Y así nuestro dulce Jesus, en tomando el oficio de Redentor, da por señal del precio que ha de pagar en el rescate, una poca de sangre que derrama en su circuncision, con determinacion de pagar todo el precio enteramente en la pasion, derramando toda su sangre por nosotros. Verdad es, que esta poquita era bastante precio por todos los pecados del mundo, y de otros mil mundos que hubiera, por ser sangre de Dios, pero su ca-

ridad y liberalidad quiso que el precio fuese toda ella.

PUNTO TERCERO.

Considera que para satisfacer ese precio dió licencia á todos los instrumentos que hay en la tierra para derramar sangre, que sacasen la suya con gravísimo dolor y desprecio; es á saber, el cuchillo, los azotes, espinas, clavos y lanza. El cuchillo abrió hoy la primera fuente de sangre, pero luego se cerró. Los demás instrumentos abrieron después otras, las cuales no se cerraron hasta que salió toda. ¡O Salvador dulcísimo, cuyas fuentes, aunque son de sangre derramada con grande dolor, son tambien *fuentes de agua viva de inmensas gracias, que han de ser cogidas con grande gozo* y amor! *(Isai* XII, *3).* Alábete mi alma por esta infinita caridad con que abres estas fuentes, y me mandas que acuda con alegría á gozar del precio que derramas con tanta pena. O alma

mia, ¿qué será razon hagas tú por tu propia salvacion, si tanto hace tu Salvador por ella? Si á él le cuesta su sangre, ¿qué mucho que te cueste á ti la tuya? Veisme aquí, Señor, aparejado para derramar mi sangre por vuestro amor, con tal que me hagais participante de la vuestra. Amen.

MEDITACION TERCERA.

PUNTO PRIMERO.

Consideraré las grandezas de este dulce nombre, los provechos que por él nos vienen, y el modo como hemos de aprovecharnos de él; pero antes de entrar en esta consideracion, he de suplicar al Padre Eterno, que por la gloria de este santísimo nombre, me dé luz para conocer sus grandezas; porque si, como dice san Pablo, *ninguno puede decir debidamente Jesus, sino es en virtud del Espíritu santo* (1 Cor. XII, 3): tampoco podrá digna-

mente ponderar y sentir lo que está dentro del nombre de Jesus, si no fuere prevenido y ayudado del mismo Espíritu santo.

Presupuesto esto consideraré, como el nombre de Jesus es una suma y memorial de todas las grandezas que hay en Cristo nuestro señor, reduciéndolas á tres cabezas, porque es suma de todas las perfecciones que le convienen en cuanto Dios, y de todas las gracias y virtudes que tiene en cuanto hombre, y de todos los oficios que en cuanto Dios y hombre hace con los hombres. De suerte que puedo bien inferir, si es Jesus, luego es infinitamente bueno, santo, sabio, todopoderoso y misericordioso, y la misma bondad, santidad y sabiduría de Dios, porque todo esto es menester para cumplir con el nombre de Jesus; el cual, como dice san Pablo (*I Cor.* 1, *30*), *para nosotros es sabiduría, justicia, santificacion y redencion.* Tambien si es Jesus, luego es sumamente humilde, manso, paciente, fuerte, modesto, obediente y caritativo, porque de todas estas

virtudes ha de ser dechado, *y de su plenitud han de recibir todos las gracias y virtudes con que se han de salvar* (Joan. 1, 16). Item, si es Jesus, luego es maestro, médico, padre, juez, pastor, protector y abogado nuestro. De modo, que en solo Jesus tenemos todas las cosas, y así le puedo decir: *Jesus meus, et omnia*: ¡ó mi Jesus y todas mis cosas! Si estoy enfermo, tú eres mi salud: si hambriento, tú eres mi hartura: si estoy pobre, tú eres mis riquezas: si flaco, tú eres mi fortaleza: si soy ignorante, tú eres mi sabiduría: si soy pecador, tú eres mi justicia, mi santificacion y redencion. ¡O Jesus y todas mis cosas! concédeme que te ame sobre todas las cosas, y que en ti solo busque mi descanso y hartura perfecta, pues en ti solo está por junto todo lo que me puede hartar; porque tú solo eres mi único, sumo y todo bien, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO.

De aquí puedo tambien discurrir, como en este nombre dulcísimo están encerrados todos los nombres gloriosos que los profetas ponen al Mesías, cuales son aquellos que refiere Isaías (IX, 6), diciendo, que será llamado *Dios fuerte*, *admirable, consejero*, *padre del siglo futuro y príncipe de la paz*, ponderando como á Jesus conviene el nombre de Dios; porque si no fuera Dios, no pudiera remediarnos: y el nombre de fuerte, porque ha de pelear y vencer á los demonios: el nombre de admirable, porque todo lo que hay en él, su encarnacion, vida y muerte, fué nuevo y maravilloso. Tambien Jesus es consejero y ángel del gran consejo, porque su doctrina está llena de admirables consejos. Jesus es padre del siglo futuro, engendrándonos en el sér de gracia, y dándonos la herencia de la gloria. Es príncipe de la paz, pacificándonos con Dios y con

los hombres, con abundancia de toda paz. ¡O gran Jesus! cuan bien os cuadra la grandeza de estos nombres; y pues no son nombres vacíos, sino llenos, obrad en mí lo que todos significan, para que yo os glorifique por la gloria que os viene de ellos. Amen.

PUNTO TERCERO.

De aquí tengo de subir á ponderar los bienes que tengo en el dulcísimo nombre de Jesus, el cual es único medio para alcanzar perdon de todos mis pecados: es título para ser oido en mis oraciones: es medicina de todas mis enfermedades espirituales: es arma ofensiva y defensiva contra los demonios en todas las tentaciones: es amparo en todos mis peligros: es luz y guia en todas mis ignorancias: es para mí dechado y ejemplo de todas las virtudes: y finalmente es fuego y estímulo que me enciende y guia á procurarlas. De estas consideraciones he de

sacar un gran deseo de que este nombre santísimo esté fijo siempre en mi memoria para acordarme de él: en mi entendimiento, para pensar en él: en mi voluntad, para amarle y gozarme con él. Tengo de imprimirle en mi corazon para que esté siempre unido conmigo, y tenerle en mi lengua para alabarle y bendecirle, gustando de publicar sus grandezas, tomándole por principio y fin de mis pláticas, y nombrándole con suma reverencia interior y exterior; pues como dice el apóstol (*Philip.* I, *10*): *Al nombre de Jesus hincan la rodilla todos los moradores del cielo y de la tierra y del purgatorio; y aun los del infierno* mal de su grado le han de respetar. ¡O dulce Jesus! sed Jesus para mí en todas mis potencias, ejercitando en ellas el oficio de Jesus, para que ellas tambien se ejerciten en todo lo que es honra vuestra por todos los siglos. Amen.

De la salida de los reyes de Oriente para adorar al Niño, y de su entrada en Jerusalen.

MEDITACION PRIMERA.

PUNTO PRIMERO.

Considerar la aparicion de la estrella en Oriente, ponderando cuando apareció, por qué fin, y qué efectos obró en los tres reyes magos.

Primeramente ponderaré, como deseando el Padre Eterno que su Hijo recien nacido en Belen fuese conocido y adorado, no solamente de algunos judíos sino tambien de algunos gentiles, habiendo enviado un ángel que diese nueva de este nacimiento á los pastores, el mismo dia crió en el Oriente (*Num.* XXIV, *17*) *una estrella* hermosísima y muy resplandeciente, que fuese señal de haber nacido el Mesías

y rey de Israel que Balaan habia profetizado, con deseo de que acudiesen á reconocerle y adorarle, pues para bien de todos habia nacido. Gracias te doy, Padre soberano, por el cuidado que tienes de que tu Hijo sea conocido y adorado de las gentes, así por su gloria y honra, como tambien por el provecho de los mismos que le hān de conocer y venerar. ¡Oh si todos le reconociesen y adorasen, para que todos participasen el fruto de su venida!

PUNTO SEGUNDO.

Lo segundo ponderaré, como muchos del Oriente vieron aquella estrella, y se admiraron de su hermosura, y entendieron lo que significaba; pero solos tres reyes se movieron y determinaron de salir en busca de este Rey, cuya estrella habian visto. Los demás no quisieron, porque sentian dejar sus casas, haciendas, mujeres y amigos, y salir de su tierra pōr camino tan largo y trabajoso, y á tier-

ra de extranjeros, y á lugar incierto, aumentando la carne y el demonio todas estas dificultades para no comenzar esta jornada, cumpliéndose en ellos lo que está escrito; dijo el perezoso (*Prov.* xxii, *13*; xxvi, *13*): *Un leon y una leona están en los caminos en medio de las plazas, tengo de ser muerto*, no quiero salir de casa por huir este peligro. Pero los miserables (*Amos* v, *19*) *huyendo del leon encontraron con el oso*; y huyendo de la muerte temporal, cayeron en la eterna: porque es de creer, que de aquí resultó su eterna condenacion, permaneciendo en las tinieblas de su infidelidad. Esto tengo de aplicar á mí mismo, ponderando cuantas veces la estrella de la divina inspiracion aparece dentro de mi alma, solicitándome á que busque á Cristo y abrace su pobreza, humildad, y sus virtudes; y aunque entiendo lo que dice esta estrella, no quiero menearme ni dar un paso en su busca por no perder mis comodidades ni dejar las cosas que mucho amo; y por no padecer

un pequeño trabajo, fingiendo dificultades donde no las hay; y así como se dice en el libro de Job (VI, 16), *huyendo del hielo*, que es el trabajo de la tierra, *caerá sobre mí la nieve*, que es el castigo del cielo, dejándome Dios helado y desamparado; y la estrella que salió para mi salvacion, será testigo contra mí para mi condenacion.

PUNTO TERCERO.

Lo tercero ponderaré, la gran merced que hizo Dios á estos tres reyes en inspirarles con tanta eficacia y con tanta luz interior la resolucion que tomaron en dejar sus tierras y casas, y salir á buscar á Cristo dejando á los otros en su ceguedad y miseria; y por aquí conoceré la eficacia de la divina inspiracion, y suplicaré á nuestro Señor me prevenga con ella y me diga como dijo á Abrahan (*Genes*. XII, 1): *Sal de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y vé á la tierra que yo te mostraré*; pero si Dios ya me ha hecho tal

merced, que con luz de otra estrella eficazmente me haya sacado del mundo para que le busque en la Religion, dejando á otros en medio de aquellos tráfagos, tengo de darle muchas gracias, y suplicarle que á menudo envie dentro de mi alma semejantes estrellas é ilustraciones, que me muevan á dejar todo lo que me estorba el amarle y seguirle con perfeccion.

Ultimamente ponderaré, como se cumplió aquí la verdad de aquella temerosa sentencia (*Mat.* xx, *16*): *Muchos son los llamados, y pocos los escogidos*, pues entre tantos varones del Oriente, solos tres fueron escogidos para esta empresa, tomándolos la santísima Trinidad por primicias de los escogidos de la gentilidad. ¡O Trinidad beatísima! hazme del número de estos tres, para que siguiendo tu divino llamamiento, te confiese, adore y glorifique por todos los siglos. Amen.

MEDITACION SEGUNDA.

PUNTO PRIMERO.

Considera la salida de los reyes de Oriente, y su jornada hasta llegar á Jerusalen.

Pondera lo primero, como los reyes con la fe viva que tenian, arrojándose en las manos de Dios, comenzaron á caminar llevando consigo dones que ofrecer al Niño; y en entrando en el camino vieron á deshora moverse la estrella, como quien queria serles guia en aquella jornada; con lo cual se alegraron grandemente, alabando y glorificando á Dios por la providencia y cuidado que tenia de ellos: de donde sacaré, que si fiado de Dios, y estribando en la fe, comienzo á buscarle, su providencia acudirá á proveerme de guia y ayuda para proseguir mi jornada, y el Espíritu divino y la gracia de mi vocacion irá siempre delante como estrella, guiándome y enderezando mis pasos, al modo que guió á los israelitas por el desierto (*Exod.* XIII, *21*), *yendo delante de ellos,*

mostrándoles el camino de dia en una columna de nube que les defendia del sol, y de noche en una columna de fuego que les alumbraba para ser su guia en ambos tiempos. Así tambien nuestro Señor me guiará, amparándome en el dia de la prosperidad y en la noche de la adversidad, defendiéndome de los ardores de las tentaciones sensuales y mundanas; y tambien de las frialdades, tibiezas y pusilanimidades.

PUNTO SEGUNDO.

Lo segundo ponderaré, como visto esto, los reyes iban caminando, siguiendo siempre la estrella sin apartarse á un lado ni á otro, parando donde ella paraba, y andando cuando ella se movia, procurando no hacer cosa indigna del Señor, que en la estrella reconocian: y á esta imitacion he yo de tomar por estrella y guia de mi vida la lumbre de la razon y la lumbre de la fe, la inspiracion ó ilustracion del divino Espíritu, y la direccion de mis prelados ó confesores. Estas cuatro estrellas

se reducen á una, que es Dios, el cual nos guia por ellas; y á mi cuenta está seguirle derechamente sin torcer á un lado ni á otro de lo que esta estrella me dice, procurando no hacer cosa que ofenda sus ojos.

PUNTO TERCERO.

Lo tercero ponderaré, como prosiguiendo su camino los reyes, y llegando cerca de Jerusalen, de repente por ordenacion de Dios se les encubrió la estrella, quedando tristes y afligidos por esto; lo cual ordenó así la divina Providencia para probar su fe y lealtad, y para darles ocasion de ejercitar grandes virtudes en la entrada de Jerusalen; y para que faltando la guia del cielo buscasen la que Dios ha dejado en la tierra, que es la de los sabios y doctores de la ley, y de los prelados y superiores en su Iglesia. Y así los magos no desmayaron ni se dieron por engañados, ni dejaron su empresa volviéndose á su tierra, sino determinaron de entrar en Jerusalen á buscar lo que deseaban, en-

señándome con este ejemplo lo que yo debo hacer cuando se me esconde Dios, y cuando me falta la devocion sensible y me hallo en tinieblas y tentaciones; porque en tales casos no tengo de desconfiar ni volver atrás de lo comenzado, sino poner los medios que pudiere para buscar y hallar á Dios, acudiendo á sus ministros, al modo que se dice en el libro de los Cantares, que la esposa, esto es, el alma justa, cuando por la ausencia de su esposo está en tinieblas y oscuridad de noche (*Cant.* III, 2), *se levanta á buscarle por las calles y plazas de la ciudad*, ejercitándose en santas obras, y mirando los ejemplos que de ellas le dan los otros justos; y luego pregunta á los que velan guardando la ciudad, que son los prelados: *Si han visto al que su alma desea*, para que la informen y enseñen adónde y cómo le ha de hallar; y por este camino *le halló*, como tambien le hallaron los magos. ¡O Dios eterno! dame la fe y constancia de estos varones, para que te busque con la

lealtad y perseverancia que ellos te buscaron, acudiendo con humildad á tomar los medios humanos, cuando se me escondieren los divinos.

De la entrada de los reyes magos en Jerusalen.

MEDITACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera la entrada de los reyes en Jerusalen, y la pregunta que hicieron, diciendo: *¿Dónde está el que es nacido Rey de los judíos?* En la cual resplandecen grandes virtudes de estos varones.

Porque lo primero, mostraron grande fe, creyendo lo que no habian visto, confesando que habia nacido un Niño que era rey y Mesías, prometido á los judíos, y no dudaron de ello, sino solamente del lugar donde habia de nacer; porque quien les reveló lo primero, no les reveló lo segundo.

Tambien mostraron grande magnanimi-

dad y fortaleza, porque con adivinar el peligro á que se ponian de ser muertos por Herodes, preguntando en su tierra y corte por otro rey; con todo eso, no entraron á escondidas y preguntando por los rincones con secreto, sino públicamente y en su mismo palacio. ¡O heroica confianza y animosa fortaleza, inspirada por este mismo Rey recien nacido! el cual, aunque escondió á los magos la luz de la estrella visible, *no les escondió la luz invisible de la fe* (Hebr. XI, 27), con cuya virtud los santos vencen los reinos, obran justicia y alcanzan cumplimiento de todas sus promesas. ¡O alma mia! ten fe viva en tu Dios, *y en su virtud romperás los muros* (Ps. 17, 30): anímate á romper dificultades, no temas acometer peligros, que él te amparará y te sacará libre de ellos.

De esta fe y fortaleza de los magos procedió que, aunque *se turbó Herodes oyendo esta pregunta, y con él toda Jerusalen* (Mat. II, 3), no se turbaron ellos. En lo cual ponderaré, como se turbó Herodes,

porque era tirano y ambicioso, y así temia no hubiese nacido quien le quitase el reino. Pero lo que mas admira es, que tambien se turben los judíos por lo que debian holgarse, atendiendo mas á lisonjear y dar contento al rey tirano, que al Rey celestial, que les estaba prometido. Por donde echaré de ver cuan peligrosa cosa es tener estrecha amistad con personas poderosas y viciosas, que se turban facilmente con pasiones de odio, ira, venganza y ambicion, porque en turbándose, me turbaré yo con ellas; pero si confio en Dios, como los magos, no me turbaré, aunque se turben todos, antes diré con David: *El Señor es mi luz y mi salud, ¿á quien temeré? El Señor es guarda de mi vida, ¿quien me hará temblar? Si estuvieren contra mí huestes de enemigos, no temerá mi corazon: y si se levantare contra mí grande guerra, en él esperaré* (Ps. 26).

PUNTO SEGUNDO.

Considerar, *como Herodes, oida esta*

pregunta, consultó sobre ella á los sabios: y respondiéndole, que este rey habia de nacer en Belen de Judá, porque así lo habia dicho el profeta Micheas (v, 2), *dijo á los magos, que buscasen al Niño, y en hallándole, se lo avisasen* (Mat. II, 8). En lo cual resplandece la providencia de Dios por muchos caminos. Lo primero, en que se sirve de los malos para favorecer los intentos de los buenos, como se sirvió de Herodes para descubrir á los magos el lugar del nacimiento del Salvador, cumpliéndose lo que está escrito, que el necio servirá al sabio, y *á los que aman á Dios todas las cosas ayudan para su bien* (Rom. VIII, 28). Lo segundo, resplandece en que por medio de sus ministros, aunque sean malos, descubre la verdad de la divina Escritura á los que desean saberla para su provecho, como en este caso no consintió que los sacerdotes y doctores de la Ley encubriesen esta verdad á los magos: y si yo, con buen celo deseo saber la divina voluntad, Dios me la descubrirá por

medio de sus ministros; de los cuales dice por un profeta, que *sus labios guardan la ciencia* (Malac. II, 7), y la tienen como en arca de depósito, para enseñar las cosas dudosas de la ley á los que las preguntan; porque son ángeles y mensajeros del Señor, manifestadores de su voluntad.

PUNTO TERCERO.

Tambien resplandece la providencia de Dios en habernos dado la Escritura divina, en la cual hay bastantísima luz para conocer á Cristo, buscarle y hallarle, de suerte, que no es menester estrella milagrosa ni revelacion nueva, sino oracion fervorosa y meditacion profunda, conforme á lo que Cristo nuestro señor dijo á los judíos: *Escudriñad las Escrituras, en las cuales creeis que está la vida eterna; porque ellas os darán testimonio de quien yo soy* (Joan. v, 39). ¡O dulce Jesus! que dijiste: pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis: dame luz para que te busque en tus sagradas Escrituras de modo que te

halle; y para que escudriñe la vida eterna que está en ellas de modo que la alcance. Finalmente, me han de atemorizar y poner grima los secretos juicios de Dios, que en este caso resplandecen; porque viniendo los gentiles de tierras tan distantes y con tanto trabajo á buscar á Cristo, los judíos, que tantos años le habian esperado, con estar tan cerca, no se movieron á buscarle. Y aunque dieron aviso á los magos donde le hallarian, no le tomaron para sí, para que se vea la verdad de lo que después dijo este Señor: *Ninguno puede venir á mí si mi Padre no le trajere* (Joan. VI, 44). Pero estos miserables no fueron traidos del Padre, porque gustaron mas de placer al tirano; y dilatando esta ida para cuando los magos volviesen, nunca la hicieron. Por lo cual, escarmentando en cabeza ajena, quitaré los estorbos que pongo al Padre Eterno, para que con sus inspiraciones no me llame y junte con Cristo, no dilatando el obedecer á las que me diere para otro

tiempo, porque quizás la dilacion será causa de mi perdicion. ¡O Padre Eterno! *cuyos juicios sobre los hijos de los hombres son terribles* (Psal. 65, 5), pero justos; por el amor que tienes á tu Hijo te suplico, que, pues tienes tanto deseo de que sea conocido y adorado de todos, no me desampares por mis culpas y tibiezas, dejándome sumido en ellas, sino que con eficacia me arranques y traigas para que te busque y halle, conozca y adore para gloria tuya. Amen.

De la salida de los magos de Jerusalen, y entrada en el portal de Belen, y lo que allí les sucedió.

MEDITACION.

PUNTO PRIMERO.

Oida por los magos la respuesta de Herodes, salieron de Jerusalen camino de Belen en busca del rey nacido; y al mismo punto se les tornó á descubrir la estrella, con cuya vista se alegraron con gozo

muy grande: Gavisi sunt gaudio magno valde (Mat. II, 9, 10).

Aquí tengo que ponderar lo primero, el cuidado de estos reyes en proseguir su empresa, porque al mismo punto que supieron lo que deseaban, se salieron de Jerusalen y de la corte del rey Herodes, huyendo del bullicio que allí habia, con lo cual nos enseñan la puntualidad con que debemos acudir al negocio de nuestra salvacion, saliendo de los bullicios del mundo, y huyendo al lugar donde hemos de hallar á Dios, diciendo con David: ¡Oh quien me diese alas de paloma para volar y descansar! y en habiéndoselas dado, dice: mirad que luego huí y me alejé, y moré en la soledad, y en el lugar de la quietud y paz, donde suele Dios morar. Y si el rey David deseaba huir el tráfago de su propia corte, y los reyes magos el de la corte de Herodes ¿cuánta mas razon será que yo, si soy religioso, ó si deseo ser varon espiritual, huya de las cortes de los reyes y príncipes, si no es cuando la

precisa necesidad y voluntad de Dios me obligan á estar en ellas?

Lo segundo, ponderaré la providencia amorosa de nuestro Dios, y su fidelidad en premiar el trabajo de los que le buscan: porque dado caso que pudieran estos reyes, pues ya sabian el lugar donde nació el Niño, ir á Belen sin la estrella; pero quiso nuestro Señor que se les apareciese segunda vez, y que les causase gozo, no cualquiera, sino grandísimo, para premiarlos con esto los trabajos que pasaron en Jerusalen, los peligros á que se pusieron, las diligencias que hicieron para saber donde hallarian al rey que buscaban, y para convertir la tristeza pasada en grande gozo, cumpliéndose lo que David habia dicho (*Ps. 93, 19*), que *segun la muchedumbre de los dolores, fué la grandeza de los consuelos que alegraron su alma.* ¡O gran Dios, y amoroso Padre! ¿quien no te buscará con cuidado? ¿quien no sufrirá tus ausencias con paciencia? ¿quien no hará diligencias para hallarte,

pues así tratas con tanto amor á los que te buscan con perseverancia?

PUNTO SEGUNDO.

Llegando los magos á Belen, paró la estrella sobre el lugar donde habia nacido el Rey que buscaban; y entrando hallaron al Niño con su Madre.

En este suceso consideraré, lo primero, la novedad y admiracion grande que causó en los magos ver parar la estrella sobre un lugar tan pobre y vil como aquel establo; porque como hombres, y tan principales, pensarian que aquel rey habia nacido en algun palacio ó en la mejor casa de la ciudad, donde suelen aposentarse los demás reyes: pero, ilustrados con la luz interior, reconocieron que la grandeza de aquel rey no se mostraba en las cosas pomposas de este mundo, sino en el verdadero desprecio de ellas, y así rindieron su juicio al testimonio de la estrella exterior. ¡O Rey benditísimo! pues ya comenzais á triunfar del mundo, cautivan-

do los entendimientos de los sabios en servicio de vuestra fe, cautivad el mio con gran fuerza, para que yo triunfe del mundo, despreciando cuanto hay en él por vuestro amor.

Lo segundo, ponderaré el misterio de aquellas palabras, *hallaron al Niño con su Madre;* lo cual se dijo tambien de los pastores, para significar, que regularmente no se halla Jesus sin su Madre, ni su Madre sin Jesus; porque quien es amigo de Jesus, luego es devoto de su Madre, y quien es devoto de su Madre, alcanza la amistad con Jesus: y pues los dos andan tan unidos, tengo de señalarme en el amor y servicio de ambos, para que el amor del uno me confirme y perficione en el amor del otro.

PUNTO TERCERO.

Lo tercero, tengo de ponderar, como en el mismo punto que los magos vieron al Niño, salió de su divino rostro un rayo de luz celestial, que penetró sus corazo-

nes, y les descubrió como era Dios y Hombre, Rey y Mesías, prometido á los judíos, y Salvador del mundo, y les causó un gozo interior excesivo, que les llenó toda el alma; porque si la vista de la estrella material tan gran gozo les causó, ¿qué gozo causaria la vista de Jesus, estrella de la mañana y Señor de las estrellas? ¡Oh qué contentos y hartos quedarian con la vista de esta divina estrella! cumpliéndose en ellos en su tanto lo que dijo David: *Quedaré harto cuando apareciere tu gloria* (Ps. 16, 15). ¡O gloria del Padre, estrella resplandeciente de la mañana! ilústrame con tu luz, hártame con tu vista, alégrame con tu resplandor, y lléname de bienes con tu celestial influencia. Dichosos los que te hallan, aunque sea en el pesebre; porque la bajeza del lugar no oscurece la grandeza de tu gloria, antes templa la inmensidad de tu resplandor para que te contemplen con mas gusto.

Adoracion de los magos.

MEDITACION PRIMERA.

PUNTO PRIMERO.

Postráronse los magos en tierra, adoraron al Niño, y abriendo sus tesoros, le ofrecieron oro, incienso y mirra (Mat. II, 11).

Tres cosas señaladas hicieron aquí los magos en servicio del Niño, las cuales estaban profetizadas por David. La primera fué postrarse en tierra, en señal de la suma reverencia exterior é interior que le tenian; porque como el cuerpo se humilló lo mas que pudo, hasta postrarse y coserse con la tierra, así el alma se humilló delante de este Rey, reconociéndose en su presencia como polvo y nada. Comenzándose á cumplir aquí la profecia de David, que dice: *Delante de él se postrarán los de Etiopía; y los que antes eran sus enemigos, besarán la tierra* en señal de sumision *(Ps. 71, 9)*.

La segunda fué adorarle, no solo co-

mo se adoran los reyes de la tierra, sino con la suprema adoracion que se da á solo Dios, y se llamá *latría*, reconociendo con viva fe, que aquel Niño era su verdadero Dios y Criador, que habia nacido para remedio de todo el mundo: y con esta fe hablarian con él, y le darian gracias por la merced que les habia hecho en haber venido á remediarlos; y en especial el haberles traido con su estrella para que le conociesen, y allí se ofrecieron por sus vasallos perpetuos, con determinacion de servirle para siempre, cumpliéndose lo de David: todos los reyes de la tierra le adorarán, y le servirán todas las gentes. ¡O Rey de reyes y Señor de señores! gózome de veros tan reverenciado y adorado de estos reyes y sabios de la tierra. ¡Oh si todos los demás os reverenciasen y adorasen como ellos! Haced, Señor, que se cumpla luego lo que dijisteis por los profetas, que todos hincarian las rodillas delante de Vos (*Ps. 85, 9*): vengan, vengan *todas las gentes que hicisteis, y postradas*

os adoren, y glorifiquen vuestro santo Nombre. Amen.

PUNTO SEGUNDO.

La tercera cosa que hicieron los magos, fué abrir los cofres de sus tesoros, que habian traido cerrados por todo el camino, y ofrecer dones al Niño en señal de su vasallaje, y en protestacion de que le servirian con sus personas y con todas sus cosas: y con los mismos dones protestaron la fe que tenian, porque le ofrecieron oro como á rey, incienso como á Dios y Sumo Sacerdote, y mirra como á hombre mortal. Pero mucho mayores fueron los dones interiores con que acompañaron los exteriores, ofreciéndoselos con oro de amor, y con incienso de devocion y con mirra de mortificacion de sí mismos, por servir á su Señor, cumpliéndose lo que habian dicho los profetas, que *los reyes de Arabia y de Sabá le ofrecerian dones y presentes de incienso, mirra y oro, con alabanzas del Señor* (Ps. 71, 10; Isai. LX, 6).

PUNTO TERCERO.

Luego puedo ponderar, cuan agradable fué al niño Jesus la ofrenda de estos varones, viendo la fe, devocion y amor con que se le daban; porque si tanto le agradó la *viuda que ofreció dos moneditas* (Marc. XII, 42), por la voluntad con que las ofrecia, ¿cuánto mas le agradarian estos reyes, que con tanta voluntad le ofrecieron, como Abel, de lo mas precioso que tenian? ¡Oh qué agradecido se les mostraria, no con palabras exteriores, porque no hablaba, sino con palabras interiores de inspiraciones, comunicándoles grandes dones celestiales! Piamente puedo considerar, que en retorno de estos tres dones les dió otros tres, aumentándoles grandemente el oro de la sabiduría y caridad, y el incienso de la oracion y devocion, y concediéndoles la mirra de la incorrupcion, preservándoles de caer en culpas graves, con perseverancia en su amor. A imitacion de estos santos reyes tengo de

postrarme delante del niño Jesus con la humildad posible, y *adorarle como él quiere ser adorado en espíritu y en verdad* (Joan. IV, 23), y abrir los tesoros de mi corazon, no en presencia de los hombres por agradarlos, sino en la presencia de Dios, por solo darle contento y ofrecerle oro encendido y acendrado de caridad y amor para con Dios y para con mis prójimos, incienso muy oloroso de oracion con afectos muy levantados de devocion, y mirra muy escogida de perfecta mortificacion de mí mismo, ejercitando obras virtuosas, sin abrir los tesoros de modo que me los roben los ladrones de la soberbia y vanagloria: y en particular cada obra exterior que hiciere ha de llevar estos tres dones por compañeros, haciéndola por amor, con oracion y devocion, y con la mortificacion necesaria para que vaya bien hecha, confiando en la liberalidad de este Señor que tambien premiará esta mi ofrenda, volviéndome en retorno grande aumento de estos dones: pues por esto, dice

el Espíritu santo (*Eclesiastic.* XXXI, *27; Prov.* XXII, *29)*, que *quien es veloz y diligente en sus obras, no tendrá enfermedad, y alcanzará privanza con los reyes.*

Además de esto, si soy religioso, tengo de ofrecerle de nuevo los tres votos, el de la castidad con la mirra de las mortificaciones de la carne; el de la pobreza con el oro de todas las cosas temporales que hay en el mundo, deseando dárselas todas si fueran mias, y el voto de obediencia, negándome á mí mismo y deshaciéndome como incienso en el fuego del divino amor, para darme todo á Dios. Ea, alma mia, ofrece tus votos y presentes al Señor, mirándole, no como David (*Psal. 75, 13), en cuanto es terrible* y espantoso, *que quita el espíritu y vida á los príncipes y reyes de la tierra*, sino en cuanto es Niño amable, que dá á los mismos reyes el espíritu divino, quitando de ellos el mundano. ¡O Rey del cielo! aceptad los votos y dones que os he ofrecido, qui-

tando de mí el espíritu propio que me engaña, y dándome vuestro espíritu que me aviva.

MEDITACION SEGUNDA.

PUNTO PRIMERO.

Luego tengo de considerar el coloquio tan dulce que tuvieron los reyes con la Vírgen, dándola cuenta de la estrella que habian visto en Oriente, y de lo que les habia pasado en Jerusalen; ponderando como se ofrecerian á su servicio, cuan admirados estarian de ver la santidad que en aquella Señora resplandecia, y de ver la pobreza del lugar en que estaba. Y aunque san José no estuvo presente á la primera entrada, para que entendiesen los magos que el Niño no tenia padre en la tierra; pero poco despues vendria y tratarian con él de las mismas cosas. ¡Oh qué contenta estaria la Vírgen oyéndolas! y ¡cómo las conservaria en su memoria pa-

ra conferirlas á sus solas! ¡cómo agradeceria á los magos el trabajo que habian tomado en venir á adorar á su Hijo, y qué cosas tan divinas les diria para confirmarlos en la fe! O Reina de Sabá, que en persona de estos reyes hijos tuyos, vienes de nuevo con dones á ver al verdadero Salomon, ¡cuan admirada quedaste contemplando la infinita sabiduría que resplandecia en su pobre casa y en su pobre compañía! ¡oh con qué afecto dirias, mirando á la Vírgen y á José *(III. Reg. 10, 8)*: *Bienaventurados son, Señor, estos siervos tuyos que asisten siempre delante de ti, aprendiendo de tu infinita sabiduría!* O Vírgen soberana, mas sabia que la Reina de Sabá, que como maestra enseñabais hoy á los sabios la sabiduría del cielo que no alcanza el mundo: enseñádmela para que acierte á servir á vuestro Hijo, como estos nuevos discípulos suyos y vuestros le sirvieron.

PUNTO SEGUNDO.

Finalmente consideraré, como estando los magos dudosos, si volverian á Herodes por la palabra que le habian dado de ello; y deseando saber la divina voluntad, se echaron á dormir con este cuidado (*Mat.* II, *12*): *Y en sueños tuvieron respuesta de nuestro Señor, que no volviesen á Herodes; y así se volvieron á su tierra por otro camino*. En lo cual resplandece la providencia y cuidado que tiene Dios de los que le sirven, avisando á estos magos de lo que les convenia, no solo por librar al Niño de la persecucion de Herodes, sino por librarles á ellos de las vejaciones que aquel tirano cruel les hiciera si volvieran á él. Por donde puedo ver, cuan dichoso seré si me fio de Dios; pues no me faltará su providencia en los trabajos, atajando los peligros antes de caer en ellos.

PUNTO TERCERO.

Oido este mandato, luego le cumplieron los reyes, queriendo mas obedecer á Dios que á los hombres, estimando en mas oir la palabra que les decia Dios, que guardar la que ellos habian dado al hombre: porque no hay mayor cordura ni acierto que oir la voz de Dios y estar por su gobierno; pues como el mismo Señor dijo por Isaías, todo va ordenado para nuestra justicia y abundante paz. ¡Oh cuan contentos volverian los reyes por su camino, y por cuan bien empleados darian los trabajos que habian padecido! porque las cosas de Dios, aunque son trabajosas en los principios, tienen buenos resultados; y así es gran prudencia comenzar por el trabajo, cuyo fin será descanso temporal y eterno, gozando de Dios por todos los siglos. Amen.

FIN DE LAS MEDITACIONES.

con especialidad por las necesidades, exaltacion y fines piadosos de nuestra santa madre la Iglesia. Oid, Padre amorosísimo, nuestras súplicas, y concedednos estas gracias, particularmente la de adoraros eternamente en la gloria, por los ruegos de Maria y por los méritos de vuestro unigénito hijo y señor nuestro Jesucristo, que con Vos vive y reina en unidad del Espiritu santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amen.

Llegada la vigilia del santo Nacimiento, al anochecer después de tocadas las oraciones, ó cuando se comienza á tocar á misa, se rezará la primera parte del Rosario con los misterios gozosos; inmediatamente se ofrecerán á la Vírgen santísima las mil rezadas Ave Marias junto con las mil bendiciones, suplicándola que, con su autoridad de Madre del nacido Niño, nos alcance en recompensa de mil, dos solas bendiciones, una en vida y otra en muerte: la primera, para que nos sea dada la gracia de verdaderamente arrepentirnos; la segunda, de felizmente salvarnos, diciendo á este fin con grande fervor la siguiente

ORACION.

Poderosísima reina de los ángeles, dignísima Madre de Dios, y mi dulcísima y

benignísima Señora; yo indigna criatura, humildemente postrada á vuestros santísimos piés os ruego, que os digneis recibir de mí, pobre pecador, la memoria de estos cinco misterios gozosos de vuestro santísimo Rosario que os ofrezco, y juntamente las mil Ave Marias de mí rezadas junto con otras tantas bendiciones; rogándoos, clementísima Señora mia, por aquella autoridad de Madre del nacido Niño, me alcanceis en recompensa de mil, dos solas bendiciones: la primera en vida, consiguiéndome gracia de un verdadero arrepentimiento, y la segunda en la muerte, intercediendo por mi eterna salvacion. Amen.

La Santidad de N. SS. Padre Pio VII en 27 de noviembre de 1804 se dignó conceder indulgencia plenaria, cual puede ganarse por una sola vez, confesando y comulgando en uno de los 25 dias de esta espiritual preparacion. En el referido dia concedió Su Santidad 200 dias de indulgencia y remision de pecados, cuales se pueden ganar en todos los sobredichos dias.

Los Exmos. é Ilmos. Sres. D. Fr. Sebastian Malvar, arzobispo de Santiago y D. Agustin de Lezo Palomece, arzobispo de Zaragoza, concedieron 80 dias por cada Ave

Maria, y 80 por cada bendito. D. Isidro de Carvajal, obispo de Cuenca, 40 por cada Ave Maria y por cada bendito. D. Agustin Rubin de Ceballos, obispo de Jaen, concede 40 dias por cada Ave Maria rezada delante de la imágen del devocionario en cualquier tiempo. D. Antonio de Sentmanat, patriarca de las Indias, D. Felipe Beltran, obispo de Salamanca, D. Fr. Tomás del Valle, obispo de Cadiz, D. Fr. Antonio Lopez, obispo de Astorga, D. Ascensio Sales, obispo de Barcelona, D. Bernardo Velarde, obispo de Tortosa, D. Francisco José Rodriguez, obispo de Teruel, D. Andrés Mayoral, arzobispo de Valencia, D. Fr. Blas Arganda, obispo de Segorbe, D. José Tormo, obispo de Orihuela y D. Francisco Anguriano, obispo de Tagaste, auxiliar de Toledo, han concedido 40 dias por cada Ave Maria y otros 40 por cada bendito; y así pueden ganarse en el ejercicio de cada dia cincuenta y dos mil y ochocientos dias de indulgencia, que suman al cabo de los veinte y cinco dias, un millon, trescientos y veinte mil dias. Como consta por los decretos que dichos Exmos. é Ilmos. señores han firmado al pié de cada memorial.

A LA MAYOR GLORIA DE DIOS.